

Z-466



Leviatán

REVISTA DE HECHOS E IDEAS

Invierno 1991

42

II Época

EL CONFLICTO
DEL GOLFO
Raimon Obiols

SOCIALISTAS Y
MEDIO AMBIENTE
Alejandro Cercas

EL DOCUMENTO
DE LOS OBISPOS
Joan Manuel del Pozo

LOS COMUNISTAS
ITALIANOS
Lucio Colletti

LAS DEMOCRACIAS
DEL ESTE
Carmen González

LATINOAMERICA Y
LA GUERRA FRIA
Jorge G. Castañeda

EL ECLIPSE
DEL MARXISMO
Juan Nuño

LA DISGREGACION
COMUNISTA
François Furet

E D I T O R I A L

FABIO IGLESIAS


Siglo veintiuno
de España
Editores, sa



MANIFIESTO POR UNA NUEVA IZQUIERDA EUROPEA

Peter Glotz

Prólogo de Felipe González

91 págs.

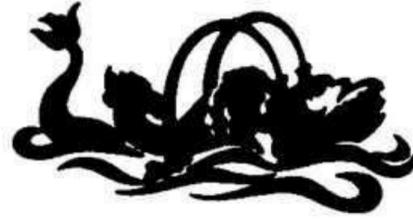
540 ptas. (IVA)

«Este *Manifiesto* es un folleto publicístico que entronca bien con la vieja tradición de la agitación (de ideas) de la izquierda. No sería tan raro que con la perspectiva de algunos años descubriéramos que el pensamiento progresista, tras largos años de dogmatismo y parálisis, fue capaz de ponerse a la cabeza de la investigación y de las nuevas ideas en los años setenta, precisamente cuando se nos hacía creer que la ideología neoliberal (conservadora a secas, si hemos de ser precisos) estaba enterrando los valores de la izquierda en todo el mundo. Si así fuera, y yo creo que así es, con manifiestos como éste las ideas de progreso podrían comenzar a regresar del limbo de la investigación de vanguardia al mundo de la vida real. Y reconquistar la calle.»

FELIPE GONZALEZ

Pedidos:
Monte Esquinza, 30, 2.ª dcha.
Tels. 410 46 96 y 410 47 98

Forma de pago: talón bancario
o giro postal



Leviatán

Revista de hechos e ideas

ACTUALIDAD

El conflicto del Golfo, Raimon Obiols.....	5
Los socialistas y el medio ambiente, Alejandro Cercas.	25
Una lectura crítica del documento «La verdad os hará libres», Joan Manuel del Pozo.....	35
Los desafíos de las nuevas democracias del Este. El caso húngaro, Carmen González Enríquez.....	45
Los comunistas italianos, Lucio Colletti	61

ANÁLISIS Y DEBATE

Latinoamérica y el final de la Guerra Fría, Jorge G. Castañeda.....	67
La gran desilusión: el eclipse del marxismo, Juan Nuño	91
El enigma de la disgregación comunista, François Furet.....	103

LIBROS

Miguel Porta, Juan Ramón Iraeta.....	119
---	------------

Leviatán

REVISTA DE HECHOS E IDEAS

Fundada en 1934 por Luis Araquistain

Director:

Salvador Clotas

Coordinador:

Manuel Ortuño Armas

Comité de Dirección:

Antonio G. Santesmases
Ludolfo Paramio
M. Reyes Mate
Ramón Vargas-Machuca
Julio R. Aramberri
Santiago Roldán
Miguel Satrústegui

Comité Asesor:

Pedro Altares
Joaquín Arango
Carlota Bustelo
J. María Castellet
Elías Díaz
M. A. Fernández Ordóñez
X. Rubert de Ventós
F. Fernández Santos
Salvador Giner
Enrique Gomáriz
J. A. González Casanova
E. Haro Tecglen
Francisco Laporta
Marta Mata
J. Martínez Reverte

Secretaria de Redacción:

Mary Carbone

Editada por la Fundación Pablo Iglesias.

Las ideas vertidas en cada artículo son responsabilidad de sus autores. LEVIATAN no se identifica necesariamente con sus contenidos. LEVIATAN no se compromete a devolver los artículos que no hayan sido solicitados, ni a mantener correspondencia sobre los mismos.

Redacción y Administración: Monte Esquinza, 30.
28010 Madrid. Tel.: 410 46 96.

D. Legal: SE. 446-1978. I.S.S.N. 0210-6337.

Distribuye: Siglo XXI de España, S.A. - C/. Plaza, 5 - 28043 Madrid.

Realización Gráfica: Carácter, S.A. - C/. Fernández de la Hoz, 60 - 28010 Madrid.

Esta Revista es miembro de ASEI.



ACTUALIDAD

1

EL CONFLICTO DEL GOLFO

Raimon OBIOLS

El 13 de enero de 1991, dos días antes del límite fijado por las Naciones Unidas para que las tropas iraquíes abandonasen Kuwait, me dirigía al 7º Congreso de la Juventud Socialista de Cataluña, a propósito de la crisis del Golfo:

«**M**anifestamos nuestra profunda inquietud, nuestra grave preocupación: somos conscientes de las consecuencias terribles de una eventual acción armada en el Golfo. La guerra siempre es la manera más bárbara e ineficaz de afrontar los conflictos. Todavía está reciente el insensato conflicto armado entre Irak e Irán, que causó centenares de miles de muertos y sacrificó inútilmente a tres generaciones de jóvenes iraquíes e iraníes. Pero somos conscientes también de que no es posible resignarse y transigir ante las violaciones del derecho internacional, y de que en interés no sólo del derecho sino de la paz, del establecimiento

de un nuevo orden mundial de paz, la ocupación militar y la anexión de Kuwait, país soberano y miembro de las Naciones Unidas, por parte del régimen iraquí, no puede continuar.»

«Los socialistas creemos que el camino de paz que debe seguirse ante la crisis del Golfo —camino difícil, ciertamente, pero el único que ofrece en estos momentos difícilísimos una esperanza, es el apoyo más decidido y enérgico a las resoluciones de las Naciones Unidas, y a su aplicación concreta, que comporta la presencia de fuerzas en el Golfo, y el apoyo a las iniciativas de negociación en curso.»

No estamos de acuerdo con iniciativas que se oponen de hecho a la aplicación de los acuerdos de Naciones Unidas.

«Por este motivo, deseando tan fervientemente como cualquier persona humana una solución pacífica a la crisis, hemos manifestado que no estábamos de acuerdo con iniciativas que, reclamando genéricamente la paz, se oponen de hecho, con su consigna 'ningún soldado en el Golfo', a la aplicación de los acuerdos de las Naciones Unidas, que son la base que sustenta una vía de presión para la negociación.»

«Sólo insistiendo sin fisuras en la enérgica aplicación de los acuerdos de las Naciones Unidas pueden reforzarse y no debilitarse las iniciativas políticas y diplomáticas en curso y puede aún mantenerse la perspectiva de una salida negociada que implique la retirada de las tropas invasoras, impida la guerra, y garantice la posibilidad de nuevos avances en la solución de los otros graves problemas de la región, especialmente la justa solución del derecho del pueblo palestino a la autodeterminación y a un Estado propio».

Los acontecimientos posteriores son conocidos. Después del fracaso de todos los intentos para evitar el conflicto, éste estalló finalmente. «Esta noche ha comenzado la operación militar contra las tropas iraquíes, con el objetivo de conseguir su retirada de Kuwait», decía un comunicado del PSC, la mañana del 17 de enero. Añadía: «Se trata, pues, de la guerra, con todo lo que implica de desgracias» (comunicado del PSC, 17 de enero de 1991).

Como ha señalado con posterioridad Jordi Solé Tura: «Si la guerra del Golfo ha

estallado, es evidente que todos los que queríamos evitarla hemos fracasado. Y dado que yo no sé de ninguna fuerza política ni social española mínimamente representativa que haya preconizado la guerra por principio, la conclusión es evidente: en nuestro país no han ganado los partidos de la guerra, sino que hemos perdido todos. Como consecuencia, creo que los intentos de presentar la discusión política en España como la confrontación entre los partidarios de la paz y los partidarios de la guerra no sólo falsean la realidad, sino que conducen a peligrosas conclusiones políticas (...) Creo que buena parte del debate público que se ha realizado sobre el asunto, si bien ha expresado las legítimas inquietudes de unos y las naturales perplejidades de otros, los más, ha aportado muy poco al análisis de lo que ha sucedido, y menos aún a la previsión de lo que puede suceder» (*El País*, 5 de febrero de 1991).

Ante la guerra, el deber de todos aquellos que queremos la paz consiste en contribuir, en la medida de nuestras posibilidades, a ayudar en todos los procesos concretos de solución, todas las vías de negociación posibles, por difíciles o casi inexistentes que parezcan en los peores momentos. El presente texto, forzosamente un texto de urgencia, es nuestra modesta aportación al objetivo de la paz. A la paz de hoy y de mañana. Pretendemos resumir los análisis y discusiones que los socialistas catalanes hemos realizado en estos días de preocupación y de pesar. Y concretar las posiciones y propuestas políticas que mantenemos.

Pretendemos contribuir así a un debate público que gane en concreción y claridad. Un debate en el que todos —en primer lugar las fuerzas políticas— asuman sus posiciones con plena responsabilidad y sin simplificaciones ni demagogia. Esta, que siempre es condenable, lo es más aún cuando se viven momentos tan graves como los actuales.

El detonante del conflicto y sus causas inmediatas

El detonante de este conflicto ha sido una acción inaceptable del régimen iraquí de Sadam Husein: la ocupación militar de Kuwait por las tropas iraquíes iniciada el pasado día 2 de agosto de 1990, y la anexión de este país, con una clara amenaza de expansión militar posterior hacia Arabia Saudí y otros Estados del área petrolera del Golfo. Era lógico, en esta situación, que se produjese una reacción inmediata de condena, no sólo por parte de los países más directamente amenazados o afectados, sino también de toda la comunidad internacional.

Se trataba, y esto hay que subrayarlo, de un hecho inédito. Por primera vez después del término de la II Guerra Mundial y de la constitución de la ONU, se producía una situación consumada de invasión y de anexión de un Estado soberano e independiente, miembro de las Naciones Unidas, por parte de otro Estado miembro y firmante de la carta de las Naciones Unidas. Se trataba, pues, de una gravísima violación del derecho internacional y de la propia carta de las Naciones Unidas.

Se trataba también de una muy grave amenaza para la paz. Porque si la anexión de Kuwait se convertía en un hecho consumado y sin respuesta efectiva, eso significaría, de hecho, que un dictador muy potentemente armado, poseedor de armas químicas y biológicas (y eventualmente, en un plazo relativamente corto, del arma nuclear y sus correspondientes derivados), podría desarrollar nuevas fases de una acción militar expansionista en una región convulsa y que dispone del 66% de la producción mundial de petróleo. De tal manera que, si el comienzo de este proceso militar expansionista no encontrase más respuestas que las condenas morales o las declaraciones verbales, eso significaría una amenaza muy grave no sólo para la región, sino para todo el mundo.

Por otra parte, la crisis abierta por la invasión armada y la anexión de Kuwait se situaba en un contexto internacional particularmente delicado. La comunidad internacional se enfrentaba con la superación del viejo orden internacional, al final de la guerra fría, con nuevas perspectivas y esperanzas, pero también con graves problemas. Los acuerdos suscritos y en preparación para el desarme, las transformaciones democráticas en curso en la Unión Soviética y en los países comunistas de la Europa central y oriental, abrían la perspectiva de una nueva era de distensión, de paz y de cooperación internacional.

La dimisión del ministro soviético de Asuntos Exteriores, Edvard Shevardnadze, el reforzamiento de las posiciones involucionistas en la Unión Soviética y la represión en el Báltico, constituyen una cadena de efectos inducidos no sólo por las dificultades intrínsecas de la *perestroika*, sino también, de manera explícitamente reconocida, por la crisis del Golfo.

Así, el conflicto del Golfo se convierte en un factor muy importante de configuración del nuevo equilibrio internacional, después de los extraordinarios cambios producidos en los años 1989 y 1990. Este elemento contribuye a agravar todavía más la crisis abierta por la invasión de Kuwait el pasado 2 de agosto.

Las reacciones de las Naciones Unidas

Desde el comienzo de la crisis, el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas ha aprobado doce resoluciones.

***El deber de todos aquellos que
queremos la paz consiste en
contribuir a ayudar en todos los
procesos concretos de solución.***

El mismo día de la invasión (2 de agosto), se exigió «la retirada inmediata e incondicional de todas las fuerzas iraquíes» (*resolución 660*).

El día 6 de agosto se propugnó el «embargo comercial, financiero y militar de Irak», por 13 votos a favor y dos abstenciones (Cuba y Yemen) (*resolución 661*).

El 9 de agosto se declaró por unanimidad la anexión sin ningún fundamento jurídico y nula de pleno derecho (*resolución 662*).

El 18 de agosto, por unanimidad, se exigió que Irak autorizase y facilitase la salida de Kuwait y de Irak de los miembros de países terceros (*resolución 664*).

El 25 de agosto se autorizó el uso de la fuerza para hacer respetar el embargo (13 votos a favor y dos abstenciones, Cuba y Yemen) (*resolución 665*).

El 14 de septiembre se solicitó que la ayuda alimentaria fuese canalizada por las Naciones Unidas, el CICR y otras organizaciones internacionales (*resolución 666*).

El 16 de septiembre se condenó por unanimidad a Irak por sus «actos agresivos contra locales y personal diplomático» y «el secuestro de súbditos extranjeros», y se pidió la liberación inmediata de todos los rehenes (*resolución 667*).

El 24 de septiembre, por unanimidad, se pidió al «Comité de Sanciones» que exa-

minase las peticiones de asistencia formuladas por los países afectados por el embargo (*resolución 669*).

El 25 de septiembre se decretó el embargo aéreo (por 14 votos contra 1, Cuba) (*resolución 670*).

El 29 de octubre se condenó la acción de las autoridades y fuerzas de ocupación iraquíes (*resolución 674*).

El 29 de noviembre, por unanimidad, se condenaron las tentativas iraquíes de modificar la demografía de Kuwait (*resolución 677*).

Finalmente, el 29 de noviembre, por 12 votos contra 2 (Cuba y Yemen) y una abstención (China), se autorizó a «los Estados miembros que cooperan con el Gobierno de Kuwait, si el 15 de enero de 1991 Irak no ha aplicado plenamente las resoluciones precedentes, a emplear todos los medios necesarios con tal de hacer respetar y aplicar la resolución 660 del Consejo de Seguridad y todas las resoluciones pertinentes posteriores» (es la resolución «histórica» 678, que legitima el uso de la fuerza).

La actuación de las Naciones Unidas como precedente

Ante la acción de las Naciones Unidas en el conflicto, y especialmente en lo concerniente a la aprobación de la resolución 678 por una amplísima mayoría del Consejo de Seguridad, se han planteado tres tipos de objeciones.

La primera puede concretarse en la pregunta: «¿Por qué no se había hecho antes?» Es decir: ¿por qué es ahora justamente, y no en casos anteriores, cuando se hace uso de esta posibilidad prevista en el capítulo séptimo del estatuto de las Naciones Unidas (posibilidad y legitimación del uso de la fuerza), cuando no se había hecho en pro-

El conflicto del Golfo se convierte en un factor muy importante de configuración del nuevo equilibrio internacional.

blemas anteriores, igualmente dramáticos, como por ejemplo la situación del Líbano, martirizado durante años, o en el propio conflicto árabe-israelí?

Nosotros, que queremos desarrollar una política realista de búsqueda de un orden internacional pacífico y democrático, creemos que es mejor invertir esta argumentación. Si realmente estamos interesados en la consolidación de un orden de paz, de derecho y de democracia en las relaciones internacionales, no podemos evocar la herencia del pasado, o las faltas del presente, con tal de invalidar este esfuerzo unitario y serio que han hecho las Naciones Unidas. Al contrario, hemos de considerarlo como un precedente positivo que establece la vía de procedimientos efectivos en otros casos.

La segunda objeción ha consistido en afirmar que las Naciones Unidas no disponen de los instrumentos efectivos para aplicar sus resoluciones y que estas resoluciones, por lo tanto, han legitimado una acción unilateral de los Estados Unidos. Hay que decir, en este sentido, que ante la magnitud de la fuerza militar iraquí, y la línea militar expansionista de Sadam Husein, cualquier apelación a un papel de los «cascos azules» ha sido, en el terreno de la realidad concreta de las cosas, un simple «brindis al sol». Ante un ejército de más de un millón de hombres, que dispone de material muy potente, que se ha anexionado un país y que puede ocupar algunos otros, no se improvisa en pocas semanas o meses un dispositivo militar eficiente de las Naciones Unidas.

Así, unas Naciones Unidas reforzadas no sólo han de serlo en su papel diplomático, político y preventivo. Han de serlo también en su eventual poder sancionador, cosa que implica disponer de un brazo armado multinacional. Esto implicaría la constitución operativa del «Joint Military Committee», prevista en la carta constitucional de las Naciones Unidas.

Si este proceso militar expansionista no encontrara más respuestas que las condenas morales, sería una amenaza muy grave para todo el mundo.

El rechazo de principio a la guerra

Una tercera objeción que se ha formulado contra la resolución 678 de las Naciones Unidas (que autoriza «todos los medios necesarios») es afirmación según la cual «nunca nada justifica una guerra» y que aquella resolución, si bien no declara que la guerra es justa, sí que la legitima legalmente.

Todos compartimos esta exclamación que resuena estos días en diversos ámbitos, y que también oímos resonar con fuerza en nuestros corazones: «¡La guerra nunca!». Pero creemos que este criterio, que ha de inspirar la acción de toda la humanidad responsable, no puede ponerse hoy, desgraciadamente, de una manera estricta y total en la base del derecho internacional y de las relaciones internacionales, mientras existan Estados fuertemente armados y regímenes no democráticos.

Estaríamos aceptando, de esta manera, que la agresión militar, el expansionismo o la violencia como método de resolución de los conflictos internacionales quedasen impunes y fuesen, por lo tanto, premiados. Sólo sería posible la aplicación política permanente de esta norma moral en un sistema mundial estructuralmente pacífico, que obviamente hoy no existe. Este sistema habría de reunir, como mínimo, tres condiciones:

- 1) unas instituciones internacionales, multipolares y democráticas que aseguren la resolución política de los conflictos;
- 2) Estados en gran medida desarmados;
- 3) Sociedades prósperas en todo el mundo.

***Ante un ejército como el de Hussein
no se improvisa en pocas semanas
un dispositivo militar eficiente de las
Naciones Unidas.***

Es evidente que estos objetivos —que pueden encuadrar el ideal socialista de una humanidad reconciliada— son objetivos difíciles y lejanos.

No son, sin embargo, objetivos imposibles. Por eso, cuando la izquierda y el socialismo internacional persiguen estos objetivos han de hacerlo con realismo, sin falsas ilusiones, pero también sin dejarse llevar por la falsa conciencia de que un sistema mundial pacífico es irrealizable.

Sabemos que la conquista de este objetivo de un mundo reconciliado no será el fruto de un proceso ineluctable: sólo si los hombres y las mujeres lo queremos, y actuamos de manera decidida e inteligente, avanzaremos en su consecución. Ninguna ley de la historia nos dará como regalo una humanidad reconciliada. Sabemos también que la conquista de este objetivo es un proceso lento, difícil y contradictorio. Sabemos que nosotros, las generaciones que hoy vivimos, no llegaremos a verlo realizado. Sin embargo, a pesar de todo, es un objetivo posible, realizable. La prosecución de este objetivo da sentido a nuestra acción presente.

Por eso creemos los socialistas que una cultura de la paz que quiera asentarse en el terreno de la política concreta, y de una cultura de gobierno, se vincula forzosamente con una visión socialista de un futuro del mundo donde la democracia, la prosperidad y la igualdad sean los garantes de un sistema estructuralmente pacífico que haga impen-sable la guerra (como lo es ya hoy, de hecho,

en las áreas actualmente prósperas del mundo).

**Los decantamientos previos
al conflicto armado**

Nunca se sabrá, por razones obvias, si los decantamientos que se han perfilado durante estos meses (desde la invasión de Kuwait, en agosto de 1990, hasta mediados de enero de 1991) habrían permitido conseguir resultados concretos para hacer aplicar la política prácticamente unánime de la comunidad internacional sin hacer uso de la intervención militar.

Conviene recordar, para hacernos una idea cabal de la situación, las posiciones y los debates producidos en Europa y en los Estados Unidos. Las posiciones propugnadas no pueden reducirse a una confrontación simple y genérica entre una línea de guerra y una línea de paz. La discusión sería no ha sido entre aquellos que preconizaban una línea de sanciones y embargo (una línea de presión punitiva continuada) y aquellos que, en un momento dado (a finales de noviembre, coincidiendo con la aprobación por el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas de la resolución 678), se decantaron por la intervención militar en cuanto terminase el plazo del 15 de enero.

Las posiciones pueden resumirse de la manera siguiente:

1) El argumento principal de los partidarios de la intervención militar ha sido: «si intervenimos ahora, el conflicto podrá acortarse en el tiempo, en el espacio, en el número de víctimas. Si, por el contrario, no intervenimos, el conflicto se producirá inevitablemente más adelante y será más largo, más costoso en vidas humanas, más incontrolado». La argumentación se basaba en la creencia de que Sadam Husein quería la guerra, en la comprobación de que reforzaba espectacularmente su dispositivo militar en

Kuwait, y en el temor de que en un término relativamente breve de tiempo dispusiese de bombas nucleares.

2) La argumentación de los partidarios de explorar todas las posibilidades de un embargo continuado han señalado que las experiencias de Vietnam o de Afganistán han mostrado que muy difícilmente puede creerse en la eventualidad de una guerra «pequeña». «La tecnología disponible no permite confiar en la eficacia quirúrgica de un conflicto de dimensiones reducidas». La conclusión es la siguiente: «si todos somos contrarios a una guerra no acotada, y si una guerra así no es posible, hemos de decir no a la guerra y jugar a fondo la presión punitiva de un embargo continuado, y emplear a fondo las armas de la diplomacia y de la política».

Con matices y posiciones intermedias pueden definirse así dos posiciones con un común denominador: pararle los pies a la política aventurera y militar expansionista de Sadam Husein. Una, liderada por los gobiernos de Estados Unidos y Gran Bretaña, que se decanta en un momento determinado por la ineluctabilidad de la confrontación armada. La otra, representada por los gobiernos de los países del sur de la Comunidad —entre ellos el nuestro—, a favor de apurar hasta el límite los efectos económicos y políticos del embargo y de la presión política y diplomática.

La simple constatación de estos decantamientos y de los protagonistas de su expresión muestra claramente hasta qué punto no ha existido una posición europea. Simplemente no ha existido una política europea común en relación al conflicto.

Sobre la eficacia del embargo

Hemos señalado que ya es imposible dilucidar esta cuestión una vez comenzado el conflicto bélico. Hay que decir, sin embargo, que los argumentos a favor de seguir una línea de embargo y de presión punitiva no

bélica eran sólidos, y recordar que todos, inclusive los que después se decantaron hacia la intervención (básicamente como consecuencia del impresionante aumento de tropas y de fortificaciones iraquíes en Kuwait), habían defendido inicialmente que el embargo podía ser perfectamente eficaz. Hay que recordar en este sentido las palabras del presidente Bush, a finales de agosto: «Las sanciones económicas en este caso, si se aplican plenamente, pueden ser muy eficaces. Nadie puede resistir infinitamente la privación económica total».

En el momento de la votación de la resolución 678 del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas (29 de noviembre) el balance del embargo se cifraba en un 100% por lo que respecta a las exportaciones, y en un 90% en cuanto a las importaciones. Así se estableció, por ejemplo, en el debate del Senado norteamericano previo al estallido del conflicto¹. Todo el mundo afirmaba, y es razonable, que los resultados de una línea de embargo y de presión punitiva continuada comenzarían a hacerse sentir en un término como mínimo de seis meses. Hay que recordar también que el embargo en cuestión tenía poco que ver con la confusa casuística del embargo «antiparthoid» en Sudáfrica, que a pesar de sus límites ha conseguido unos resultados en la línea de desbloquear la situación en ese país. Por primera vez las sanciones se aprobaban unánimemente y se aplicaban unánimemente.

Pero la estrategia del embargo jugaba con largos plazos, difícilmente compatibles con un régimen militar expansionista, porque re-

***Unas Naciones Unidas reforzadas
han de serlo también en su eventual
poder sancionador.***

quería como condición el mantenimiento durante un largo periodo de una gran fuerza multinacional estable en la región.

En todo caso esta discusión deja de tener sentido operativo a partir del estallido bélico. Pero recordarla es necesario para pensar en el escenario posterior a la guerra, para mantener la idea de que el arma de las sanciones no puede desautorizarse con vistas al futuro, y de que, al contrario, ha de mantenerse como criterio esencial de un futuro reforzamiento del papel de las Naciones Unidas.

También es importante para entender cuál ha sido la posición del Gobierno español, y desde nuestro punto de vista, darle validez y pleno apoyo.

La posición del Gobierno y las tentativas de salida pacífica

Desde el comienzo de la crisis, la acción del Gobierno estuvo orientada a aplicar de manera coherente las resoluciones de las Naciones Unidas, y a desarrollar un esfuerzo continuado y tenaz a favor de una salida pacífica de la crisis. Este activo papel se desarrolló a través de una actividad diplomática llevada a cabo tanto a nivel bilateral como en el marco de la Comunidad Europea. El *Documento de los nueve puntos* resume la posición oficial del Gobierno sobre el conflicto².

Hasta el último momento del plazo fijado por las Naciones Unidas, el Gobierno actuó en una línea de paz y dio su apoyo a todos los intentos realizados en esa línea. Apoyó todos

Las posiciones propugnadas no pueden reducirse a una confrontación simple y genérica entre una línea de guerra y una línea de paz.

los llamamientos por la paz, hasta el dramático último llamamiento, expirado en plazo, del Secretario General de las Naciones Unidas, Pérez de Cuellar.

Son sobradamente conocidas las últimas tentativas, especialmente las iniciativas del presidente francés Mitterrand, y de las diplomacias italiana y española. Hay que recordar el fracaso de la reunión de Ginebra el 9 de enero entre Baker y Tarek Aziz, la negativa iraquí al diálogo con la Comunidad y la visita del secretario de las Naciones Unidas a Bagdad, para comprender hasta qué punto estábamos, en los últimos días, en una lógica de guerra deseada por el presidente iraquí. A pesar de todo, las tentativas se desarrollaron hasta el último momento.

Bettino Craxi ha explicado ante el Parlamento italiano que «algunas horas antes de ser asesinado, el líder palestino Abu Iyad se había entrevistado con el embajador Claudio Moreno. Había escuchado las propuestas contenidas en un mensaje del Gobierno italiano, las había comentado favorablemente, había declarado que las compartía y se había puesto inmediatamente a trabajar para establecer los contactos necesarios. La OLP habría pedido la retirada iraquí de Kuwait. Lo habría hecho en interés de la paz y poniendo de relieve el interés vital del pueblo palestino para colocar su propia 'cuestión' en una cumbre por la paz».

Si hemos comprendido bien el sentido de las últimas iniciativas, forzosamente no publicadas, se apuntaba a conseguir un gesto de retirada de Sadam Husein por medio de la iniciativa de la OLP ante Irak y una iniciativa concomitante de miembros árabes de la coalición ante los Estados Unidos. El asesinato de Abu Iyad y otros dos dirigentes de la OLP es, pues, obra de los que deseaban el enfrentamiento militar, y son posibles aquí diversas interpretaciones.

En todo caso, la política del Gobierno no sólo ha sido coherente con nuestras opciones

básicas de política internacional y con la fidelidad a los compromisos internacionales, sino también, hasta el último minuto, favorable a apurar a fondo los efectos del embargo, y muy activo en la participación y el apoyo a todas las iniciativas solventes con tal de impedir el desencadenamiento del conflicto.

Ha sido también, lógicamente, una política de apoyo coherente a las resoluciones de las Naciones Unidas, asumiendo, en el marco de sus responsabilidades y de sus compromisos internacionales, el papel que debía desempeñar, y ello sin una participación de las Fuerzas Armadas en la acción militar en curso.

Difícilmente podría encontrarse una línea de optimización mejor en la orientación del Gobierno, tal como se han producido los acontecimientos. El consenso mayoritario que se ha establecido en la opinión pública y el amplio espectro político de apoyo a la acción del Gobierno son un reflejo, desde nuestro punto de vista, de acierto de esta política. Es testimonio el debate y la votación en el Congreso de los Diputados del pasado 18 de enero, en el que un 94% de los diputados aprobó una resolución que apoyaba la acción del Gobierno³.

Se ha afirmado que las posiciones gubernamentales no habían sido suficientemente entendidas o asimiladas por la opinión pública. A ello puede responderse que las posiciones correctas, que asumen forzosamente un cierto nivel de complejidad, no son tan fáciles de transmitir como las posiciones taxativamente simplistas. Las horas trágicas de un conflicto hacen siempre más cómodos los mensajes simples y contundentes («paremos la guerra», «esta guerra es injusta», etc.). Otra cosa es que por motivos precisamente morales hay que afirmar que esos mensajes no son suficientes.

En nuestro país existe hoy, no podría ser de otra forma, una gran preocupación por el conflicto, y un consenso mayoritario a favor de la política llevada a cabo por el Gobierno,

La estrategia del embargo jugaba con largos plazos, difícilmente compatibles con un régimen militar expansionista.

que es también, evidentemente, un consenso por la paz, a favor de un camino real y concreto para conseguir la paz en el plazo más breve posible.

La auténtica discusión política consiste ahora en ver cómo se acaba la guerra en el plazo más breve posible, cosa que implica también discutir cómo resolver los problemas que la han generado y los problemas que se plantearán después de que finalice.

Las movilizaciones por la paz y los partidos

Se han producido manifestaciones y movilizaciones diversas por la paz, no sólo totalmente legítimas, sino que han reflejado unas posiciones de principio contra la guerra y por la paz que los socialistas defendemos y compartimos plenamente.

Por el contrario, también ha habido intentos, por parte de algún partido o grupo político, bien de limitarse a una simple toma de postura propagandística a favor de la paz, bien de adentrarse en una vía oportunista —que debemos denunciar de manera contundente— que consiste en instrumentalizar los legítimos anhelos de paz que todos compartimos, o la acción de las organizaciones y movimientos que desarrollan la cultura de la paz, con tal de extraer unos hipotéticos beneficios políticos o electorales.

En este terreno debemos ser al mismo tiempo muy cuidadosos y muy enérgicos. El hecho de que las posiciones que defendemos

La acción del Gobierno ha estado orientada a aplicar de manera coherente las resoluciones de las Naciones Unidas.

no puedan concretarse en fórmulas simplistas, blanco o negro, no puede significar de ninguna manera que nos situemos en actitudes defensivas. Hemos de considerar positivas las tomas de posición a favor de la paz, pero al mismo tiempo hemos de ser conscientes de dos cosas importantes: primero, que expresar una voluntad de paz es una condición necesaria pero no suficiente para resolver el problema clave (cómo se consigue la paz en el momento que estamos); segundo, que no es aceptable la demagogia de los grupos políticos que con proclamas y actitudes incoherentes pretenden arrinconar a los otros en «el partido de la guerra».

Desde esta perspectiva, hemos de manifestar no sólo respeto por las movilizaciones por la paz, sino también manifestar claramente nuestro acuerdo con las tomas de posición de las generaciones más jóvenes, las movilizaciones de estudiantes que ponen de manifiesto el germen de una toma de conciencia política en un sentido progresista, así como el enraizamiento de los valores de la cultura de la paz y del rechazo de la violencia entre los más jóvenes.

En todo caso, deberíamos lamentar (y esto es también una autocrítica) una excesiva despolitización de las generaciones juveniles y una falta de información, sensibilización y movilización antes de la actual toma de conciencia, si tenemos presente que según el Departamento de investigaciones sobre la paz y conflictos de la Universidad de Upsala (Suecia), entre 1988 y 1989 se han desarrollado 36 conflictos armados en el mundo, al-

gunos de los cuales aún continúan, en los que han perdido la vida 5 millones de personas, la mayoría civiles, y otros 32 millones han resultado heridas, apresadas, encarceladas, separadas de sus familias u obligadas al exilio. Lamentablemente, y prácticamente hasta pocos días antes del 15 de enero, la insensibilidad de la mayoría ha sido la norma ante esta terrible situación.

Nosotros, como fuerza política responsable, no podemos en ningún caso limitarnos a la simple afirmación de principio «no a la guerra, sí a la paz». Creemos que ningún partido puede hacerlo. A los partidos se les exige, y es necesario que así sea, que se pronuncien de una manera coherente y creíble, no demagógica ni propagandística, sobre los caminos concretos de la paz. A los partidos se nos pide que nos definamos en el terreno de lo concreto, de lo real, de lo posible, no sólo en el terreno de los grandes principios, por respetables y compartibles que éstos sean.

Por eso no es aceptable la actitud oportunista que consiste en instrumentalizar los mejores sentimientos de la gente diciendo «nosotros sí que queremos la paz», y añadiendo: «nuestros adversarios no la quieren». Si a eso se añade la propaganda electoralista (el demagógico «acordaos en las próximas elecciones» que escuchamos en el Congreso de los Diputados), lo único que aparece es, en definitiva, un oportunismo a la desesperada y sin escrúpulos.

Las posiciones de Izquierda Unida (IU-IC) se han caracterizado, en este sentido, por la incongruencia. Han defendido las resoluciones de las Naciones Unidas, han dicho que el embargo no podía dejarse en manos del ejército de los Estados Unidos y, al mismo tiempo, han reclamado el retorno inmediato de los soldados del Golfo. Un partido responsable no puede tomar posiciones contradictorias. Si se estaba a favor del embargo no se podían organizar manifestaciones con el lema

«Ningún soldado en el Golfo». No se puede repicar y andar en la procesión cuando se plantean cuestiones de esta enorme gravedad.

Más dura ha de ser nuestra crítica a grupos políticos minoritarios que muestran su complacencia con el terrorismo y que se han descubierto, a última hora, un alma pacifista. Podemos recordar aquí las palabras del director de *El País*, Joaquín Estefanía, cuando escribía hace algunos días, a propósito del centenario de Gramsci, que la postura de éste habría sido radicalmente contraria a «la que postulan algunos pseudopacifistas de nueva planta, surgidos de la nada, que amparándose en los mejores sentimientos de los ciudadanos y en los movimientos sociales tradicionales contra la guerra se parecen, por su ideología, por la demagogia de sus argumentos, por la radicalidad de sus palabras, más a Alejandro Lerroux que a Bertrand Rusell».

Y añadía: «Atacar al Gobierno español por su supuesto belicismo en la guerra del Golfo no refleja nada más que miopía política en unos casos y desvergüenza ideológica en otros. En cualquiera de las dos circunstancias no se corresponden con la realidad (...) Utilizar las sólidas raíces del pacifismo español y sus canales orgánicos para hacer antigubernamentalismo es el 'oportunismo honorable' (en la más irónica acepción de este concepto)» (*El País*, 24 de enero de 1991).

Las causas de fondo: la crisis de Oriente Próximo

Un elemento decisivo para un futuro escenario de paz es el avance en la solución de los gravísimos y complejos problemas de la región. El conflicto actual se ha encargado de poner brutalmente de manifiesto que el término del bipolarismo Estados Unidos-Unión Soviética y la distensión en Europa no crean automáticamente las condiciones de una paz general. Parece como si, por el contrario, el final de la competición entre el Este y el Oeste (el final de la guerra fría), incluso

abriendo posibilidades inéditas de cooperación internacional, hubiese también desencadenado nuevas lógicas regionales. Como si hubiese roto una constricción, como si hubiese liberado una situación de tensiones contenidas. Esta visión puede estar influida por el hecho de que, en la situación anterior, muchos de los conflictos regionales eran vistos como una simple manifestación de la competición entre la Unión Soviética y los Estados Unidos en diversas áreas del Sur.

La actual situación hace aflorar más claramente las causas locales de estas crisis, y permite evaluar las insuficiencias de los procesos políticos de solución previos al conflicto. Así, en lo que respecta al papel de Europa, de la Europa Comunitaria, hay que recordar que con posterioridad a la «Declaración de Venecia» que reconocía el derecho a la existencia y la seguridad de todos los Estados de la región del Oriente Próximo (con el derecho del pueblo palestino a la autodeterminación), la acción política y diplomática emprendida, sobre todo a partir de 1986, consiguió resultados positivos en algunos campos (por ejemplo en la última fase de la guerra Irán-Irak), pero no consiguió implementar una vía efectiva hacia una conferencia de paz que abordase como núcleo central el conflicto árabe-israelí.

El Gobierno español, sin aceptar, a lo largo de la crisis abierta por la invasión iraquí de Kuwait, la tesis de una relación directa (el *linkage*) entre una retirada iraquí y la negociación de la cuestión palestina (cosa que habría significado una especie de premio in-

Difícilmente podrá encontrarse una línea de optimización mejor en la orientación del Gobierno, tal como se han producido los acontecimientos.

directo a la invasión), se ha mantenido, sin embargo, siempre coherente en la defensa de todas las resoluciones de las Naciones Unidas y de la Comunidad Europea sobre la región, y muy activo en el estímulo de una acción europea para ayudar a resolver el cuadro del conflicto del Oriente Próximo.

En la situación posterior al término del conflicto es imprescindible un proceso negociador, en el que la propuesta hispano-italiana de un proceso de Conferencia de Seguridad y Cooperación del Mediterráneo (CSCM), inspirada en la experiencia de la CSCE, puede llegar a ser muy fructífera.

En este proceso negociador, que puede revestir el marco de una conferencia de paz, pero que no debería quedar supeditado a su celebración, deben abordarse los núcleos estructurales del conflicto de Oriente Próximo: cuestión palestina, crisis libanesa, reconocimiento de Israel, desequilibrios económicos, desarme regional, entre otros.

Las causas de fondo: las armas

No puede comprenderse la situación actual si se hace abstracción de otro problema subyacente de extraordinaria gravedad. El régimen iraquí de Sadam Husein se ha gastado, en los últimos diez años, cincuenta mil millones de dólares (cinco billones de pesetas) en compras de armamento.

Estas compras han sido en buena parte a la Unión Soviética y a China. Pero también —y en cantidades espectaculares— a diversos

países occidentales. Más de dos centenares de empresas occidentales han percibido una cantidad que puede oscilar alrededor de los veinte mil millones de dólares. Esto incluye armamento convencional, pero también lo que eufemísticamente se define a veces como «armamento no convencional», es decir, tecnología química y nuclear.

Irak ha fabricado, con tecnología y productos occidentales, de 1.400 a 2.500 toneladas de gases de guerra. Ha dispuesto también de importantes facilidades para el desarrollo de tecnología de tratamiento del plutonio que hace posible la producción de armas nucleares. De hecho, portavoces del Pentágono se han referido, durante los días del conflicto, al ejército iraquí como el «cuarto ejército del mundo».

Estos hechos demuestran con la máxima crudeza uno de los aspectos más brutalmente irracionales y peligrosos de lo que Willy Brandt denomina «la locura organizada» de nuestro mundo actual. O la crisis actual implica poner fin a esta situación, o se impondrá la lógica ineluctable del armamentismo, de tal manera que situaciones como la presente podrán ir repitiéndose de manera intermitente, propiciadas por las políticas miopes de algunos Estados o por los egoísmos desatados y sin escrúpulos de unas corporaciones industriales.

A pesar de que los datos del SIPRI señalan una reducción del gasto militar global en los países del Tercer Mundo durante el bienio 1989-1990, el superconsumo de armas y el nexo entre desarme y desarrollo continúan siendo dos cuestiones absolutamente fundamentales.

Hay que plantearse, pues, el objetivo de un desarme consistente de la región hoy en conflicto. Pero esto no servirá de gran cosa si no se instauran los mecanismos de control efectivos sobre la fabricación y el comercio de armas y de tecnología de uso potencialmente bélico. Un acuerdo en este sentido de los países de la UEO, los Estados Unidos y la

Las posiciones correctas no son tan fáciles de transmitir como las posiciones taxativamente simplistas.

Unión Soviética, englobaría un volumen del 87% de todo el comercio mundial de armas.

El establecimiento de unos acuerdos en esta dirección se ha convertido en una cuestión vital para la humanidad. La única —y triste— ventaja de las guerras es que restituyen el verdadero sentido a algunas palabras. Hay que, pues, repetirlas: reducir el número de armas, controlar su tráfico, establecer nuevos mecanismos y nuevas autoridades para hacer efectivas estas metas no son hoy ideas bien intencionadas sino problemas vitales para todos.

Las perspectivas: mundo unipolar o comunidad internacional democrática

La guerra del Golfo se ha producido en una fase de la política internacional que está caracterizada por algunos rasgos fundamentales:

1. Hemos asistido al final de la confrontación entre los Estados Unidos y la Unión Soviética con todo lo que ello comporta de nuevas posibilidades de cooperación, de distensión en Europa y de unidad europea.

2. Asistimos a una grave crisis de transición en la Unión Soviética, y al despliegue de múltiples problemas económicos, políticos y nacionalistas en toda su área de influencia.

3. Asistimos al incremento de la competencia entre los tres grandes polos del mundo desarrollado: los Estados Unidos, Japón y Europa. En este marco, la posición económica de los Estados Unidos conoce un relativo debilitamiento. Esta competición, por otra parte, estimula un proceso de integración de grandes áreas regionales. De una u otra forma, este proceso tendrá que reflejarse en la renovación y el reforzamiento de la estructura de las Naciones Unidas.

4. La década de los 80 ha mantenido y en ciertos casos agravado las extremas desigual-

Expresar una voluntad de paz es una condición necesaria pero no suficiente para resolver el problema clave.

dades entre los países prósperos y los países pobres, aunque sería un error un excesivo esquematismo en este punto: ni el Norte es una realidad homogénea, como indicamos en el punto anterior, ni lo es el Sur; hay grandes distancias entre la trágica situación de algunos países africanos y los nuevos países industriales asiáticos, por ejemplo.

5. Estos desequilibrios entre áreas y países se entremezclan con los problemas globales que configuran graves amenazas para la situación mundial: los problemas bélicos, ambientales, demográficos, migratorios, y de convivencia entre civilizaciones y culturas diversas.

En el marco de la situación general, en la que se sitúa el actual conflicto del Golfo, dos visiones tienden a formularse en el ámbito de la izquierda.

Por una parte, la posición de los que hablan de un proceso prácticamente imparable —del que el actual conflicto sería la demostración— hacia la sustitución de la lógica bipolar de la competición Estados Unidos-Unión Soviética, por el unipolarismo. Cuando la Unión Soviética se esfuma como la superpotencia que «equilibraba» la hegemonía de los Estados Unidos, se produciría, de hecho, la consolidación alrededor de la potencia norteamericana de un «polo norte» estructuralmente y militarmente agresivo hacia los países del Sur.

Una segunda posición, menos esquemática, considera que el bipolarismo entre los Estados Unidos y la Unión Soviética (netamente dese-

A los partidos se nos pide que nos definamos en el terreno de lo concreto, de lo real, de lo posible.

quilibrado de hecho desde hace un par de décadas) no da paso a una situación caracterizada por el hegemonismo indiscutible de los Estados Unidos, sino a un panorama más contradictorio, donde puede producirse una tendencia hacia un «imperialismo defensivo sobredimensionado», por utilizar una expresión de Ernest Lluch en un reciente artículo que retoma el hilo de determinada tesis de Paul Kennedy y otros (*Cinco Días*, 30 de enero de 1991): «Tendrán la tentación», dice Ernest Lluch en este artículo, «de gastar y actuar como si estuviesen unas décadas atrás».

Sin embargo, por otra parte, las posiciones más marcadamente unilateralistas de la administración Reagan (hay que recordar la época, no tan lejana, en la que Jean Kirkpatrick evocaba la posibilidad de que los Estados Unidos hiciesen en las Naciones Unidas lo que habían hecho en la UNESCO, retirarse) ha dado paso a una nueva orientación en busca de un mayor consenso internacional. Asistimos, en todo caso, en el campo político-diplomático, a una vuelta al papel de las Naciones Unidas (y por lo tanto a un marco que posibilita un mayor multilateralismo), y en el terreno económico a una situación de relativo declive económico de los Estados Unidos (descenso en el porcentaje de la producción mundial y del comercio internacional, fuerte endeudamiento y déficit exterior financiado en parte por capital japonés y europeo, pérdida de peso del dólar en relación con el marco alemán y el yen, etc.). Declive relativo que podría justamente comportar el riesgo (y este aspecto muestra de nuevo el carácter contradictorio de la actual

situación) de una tendencia a reforzar la lógica militar en las relaciones internacionales del futuro, a pesar de la superación de la confrontación Este-Oeste.

Una doble conclusión: más protagonismo de las Naciones Unidas, más unidad en Europa.

Las conclusiones que deben extraerse de la crisis actual, en forma de líneas de fuerza para los socialistas en el terreno internacional (además de los esfuerzos de paz en Oriente Próximo en los momentos actuales y el objetivo de unas iniciativas efectivas en el terreno del desarme y del control del comercio mundial de armas), son las siguientes:

1. *Hay que trabajar por unas Naciones Unidas renovadas y reforzadas.*

Es necesaria una mayor capacidad de intervención diplomática, política y económica de las Naciones Unidas, de su Consejo de Seguridad (que aún no refleja el equilibrio de Yalta y debería ser, por lo tanto, en el momento oportuno, objeto de mejora) y de sus organismos especializados. El hecho de que las iniciativas de paz en el actual conflicto no hayan podido vencer la voluntad de guerra de una de las partes, no ha de llevar, de ninguna manera, a la conclusión de que las Naciones Unidas han fracasado. De hecho asistimos a una tendencia al reforzamiento de esta institución mundial, que hay que estimular hasta el límite de lo posible (hay que recordar que, con anterioridad a la crisis del Golfo, las Naciones Unidas habían actuado eficazmente en la conclusión del conflicto Irán-Irak, en la superación del problema de Namibia, en el desarme de la «contra» en Nicaragua, en la definición de un plan de paz en Camboya, etc.). Creemos que hoy un objetivo específico de la izquierda europea ha de ser la potenciación del papel de las Naciones Unidas, no sólo en la sanción de los conflictos (cosa que implica un papel activo contra los actos de agresión, y por lo tanto un refuerzo de la capacidad de

enforcement de las Naciones Unidas), sino fundamentalmente en la prevención de estos conflictos (cosa que implica una mayor capacidad de intervención política y económica). El problema de fondo es el siguiente: no hay duda de que vamos rápidamente (por la interrelación creciente de las relaciones mundiales y de los problemas que se derivan) hacia la realidad objetiva de un gobierno del sistema internacional. Hay que conseguir, pues, que este sistema sea lo más democrático posible, que sea por lo tanto multipolar, que asegure un papel efectivo y autónomo de Europa y que permita un reequilibrio Norte-Sur.

2. Hay que acentuar el proceso de la Unión Europea.

Por lo que respecta a Europa, la constatación de que en la crisis presente no ha podido desempeñar un papel político único, nos ha de llevar justamente a la conclusión de que es necesario avanzar en la unión política de Europa. La Comunidad no dispone todavía de unos mecanismos de articulación de una política exterior común, y ello ha tenido un reflejo ostensible en la crisis actual. El presidente Felipe González ha comentado, en ese sentido, que «han obrado más los reflejos de cada nación que los reflejos europeos comunes». Y ha añadido: «Sin embargo no hemos de coger el látigo y flagelarnos» (*La Vanguardia*, 6 de febrero de 1991). Lo que hay que hacer es trabajar para una situación futura en la que el papel de Europa pueda afirmarse de una manera coherente y unida. Esta afirmación del papel internacional de Europa implica plantearse la cuestión de la seguridad y de la defensa europea, y el objetivo de una estructura militar integrada en Europa. Hemos de ser conscientes de que Europa se encuentra en la encrucijada de las relaciones Este-Oeste y de las relaciones Norte-Sur. Su afirmación efectiva y autónoma, en un sentido de distensión, paz y cooperación internacionales no es para ella una cuestión menor; es una cuestión de vital importancia. Lo es, muy especialmente, en lo que respecta a una reforma

efectiva de las relaciones entre países desarrollados y no desarrollados. Y más especialmente en lo que respecta a un reequilibrio en las dos riberas del Mediterráneo.

El futuro de Europa se juega, simplemente, en la solución positiva de estos retos.

A manera de resumen: nuestra posición

Los trece puntos que aprobó el Consejo Nacional del PSC en su reunión del 3 de febrero de 1991 resumen nuestro análisis y fijan nuestra posición en aquella fecha:

Primero. El desencadenamiento del conflicto tiene un origen y un responsable. Son la anexión militar de Kuwait, la política militar expansionista del régimen dictatorial de Sadam Husein, y su actitud, de negativa total a la exigencia unánime de la comunidad internacional. Sadám Husein ha querido la guerra.

Segundo: Hay claras responsabilidades mediatas. No es posible separar el hecho hoy trágicamente ostensible de un régimen dictatorial superarmado (portavoces del Pentágono hablan ahora del ejército iraquí como el cuarto ejército en importancia en todo el mundo), de la actuación irresponsable de diversos gobiernos (no sólo de la Unión Soviética, sino también de Occidente) y del fenómeno escandaloso e intolerable del comercio de armas desarrollado con impunidad.

Tercero: Las tomas de postura de las Naciones Unidas desde el mes de agosto han sido correctas, y aunque hayan fracasado las

Un elemento decisivo para un futuro escenario de paz es el avance en la solución de los gravísimos problemas de la región.

tentativas de encontrar una salida pacífica al conflicto, no es riguroso decir que las Naciones Unidas han fracasado. Si tenemos en cuenta cuál era la situación de las Naciones Unidas hace apenas unos años (cuando se hablaba hasta de la posibilidad de que algunas potencias se saliesen), podemos concluir que, con contradicciones y limitaciones, las Naciones Unidas han desempeñado un papel, y deben continuar desempeñándolo con fuerza y eficacia crecientes, si queremos un nuevo orden de paz y libertad en el mundo.

Cuarto: No es correcto afirmar que «el embargo ha fracasado». La carta de un embargo riguroso y continuado, de una política de aislamiento y de continua presión punitiva no bélica no ha podido hacer sentir plenamente sus efectos. Los cálculos más solventes apuntaban a una reducción del 70% del PIB iraquí, una práctica desaparición de los ingresos y un deterioro irreversible de la economía y el potencial militar de Irak en un periodo de tiempo superior al plazo del 15 de enero. En todo caso, esta vía no puede considerarse *a priori* como ineficaz y sigue siendo la más plausible en futuros escenarios.

Quinto: Hasta el momento del comienzo del conflicto armado y posteriormente, las posiciones adoptadas por el Gobierno español han sido responsables y realistas, y han apuntado en todo momento a una salida negociada y pacífica del conflicto. Sin aceptar la idea del *linkage* (la conexión directa entre la anexión de Kuwait y la cuestión palestina), el Gobierno ha puesto énfasis especial (reconocido por los sindicatos) en la necesidad de

abordar el conjunto de problemas de la región y en especial el problema palestino. En la correlación real establecida durante la crisis, el papel internacional del Gobierno español se ha situado por delante de lo que era *a priori* plausible. En todo caso, la posibilidad de que España puede pesar en las futuras soluciones pasa imprescindiblemente por su coherencia en asumir sus compromisos internacionales con dignidad y sin entrar en guerra. Es decir, haciendo lo que está haciendo.

Sexto: En este momento son las armas las que hablan. Nuestra postura no puede ser otra que la de continuar dando un pleno apoyo a las resoluciones de las Naciones Unidas y a la acción de nuestro Gobierno. Estamos seguros de que éste hace todo lo que está a su alcance para contribuir a poner fin al horror de la guerra. Para alcanzar la paz en el plazo más breve, ahorrar el sacrificio de más vidas y limitar los costes políticos y ecológicos del conflicto, hay que buscar insistentemente los caminos de la paz, del diálogo y de las soluciones negociadas a los dramáticos problemas de la región.

Séptimo: En Europa, las fuerzas de la izquierda y las fuerzas de la paz han de tomar claramente la opción de trabajar por un nuevo orden mundial en el que acontecimientos como los actuales no pueden repetirse. Muchas y muy diversas cuestiones se plantean en esta perspectiva, desde el mismo proceso de unidad política europea hasta el final drástico del escándalo del comercio de armas y de tecnología con finalidades bélicas. El problema actual de la Europa comunitaria es su incapacidad para definir una política común. Pero más que escandalizarnos o lamentarnos por esta situación, lo que hace falta es trabajar activamente para superarla, conscientes de que esto no se conseguirá fácilmente, pero es necesario si no queremos instalarnos en un escenario donde se imponga una lógica creciente de distanciamiento entre países prósperos y países pobres y, en consecuencia, una lógica de violencia creciente.

El Gobierno español se ha mantenido siempre coherente en la defensa de todas las resoluciones de las Naciones Unidas sobre la región.

Octavo: El escenario posbélico habrá generado (todavía es difícil prever en qué grado) un incremento de las tensiones entre los países occidentales y el mundo árabe e islámico. La inestabilidad en Oriente Próximo, el nacionalismo árabe y el populismo islámico, integrista y laico, el antiamericanismo y el terrorismo pueden verse incrementados en buena medida como consecuencia de la guerra. Es evidente que es responsabilidad de todos, en la situación posterior al conflicto armado, trabajar para la solución de los graves problemas pendientes. Será necesario abordar los problemas gravísimos, complejísimos, de la zona, en la perspectiva que siempre hemos sostenido, de negociación y reconocimiento del derecho de todos los pueblos de la región. Aparecen en este contexto dos problemas especialmente agudos: el derecho a la autodeterminación y a un Estado propio para el pueblo palestino (cuestión ligada al reconocimiento del Estado de Israel y a su seguridad) y el problema de la paz y de la soberanía del Líbano, demasiado a menudo olvidado o considerado como el resultado fatalmente inevitable de una situación de entrecruce inabordable de conflictos. Apoyamos la fórmula de una conferencia de paz para Oriente Próximo, pero alertamos contra el riesgo de que esta propuesta se convierta en un símbolo ritual. La propuesta de una conferencia, que cuenta, entre otros, con el apoyo de la Comunidad Europea, es una gran consigna; indica una línea justa. Pero hemos de ser conscientes de las dificultades de la propuesta. Habrá que ver qué nuevo orden se establece en la zona, quién lo garantiza, qué autoridades avalan los eventuales acuerdos. En todo caso, la idea de una conferencia internacional no ha de paralizar o retardar las iniciativas positivas que puedan plantearse previamente. En este sentido, son válidos los objetivos de la iniciativa hispano-italiana de la CSCM, y los puntos para el establecimiento de un sistema de seguridad, paz y cooperación para el Mediterráneo, el Norte de África y Oriente Próximo, aprobados por el Congreso de los Diputados en su resolución del 18 de enero.

El superconsumismo de armas y el nexo entre desarme y desarrollo continúan siendo dos cuestiones absolutamente fundamentales.

Noveno: Hay que oponerse al hecho de que una salida del actual conflicto tome la lógica de un orden unipolar, de tal manera que el nuevo orden en gestación esté unilateralmente dominado por la hegemonía militar de los Estados Unidos. La tendencia a un «imperialismo defensivo sobredimensionado» norteamericano —que se ha señalado en ocasión del conflicto actual— tendría efectos muy negativos. Por eso hay que reafirmar la necesidad de un objetivo, a pesar de todos los obstáculos, de la unidad europea, unidad no sólo en su propia construcción sino en su papel en el mundo, y también el papel de unas Naciones Unidas renovadas y reforzadas. Europa ha de ser un elemento activo de estabilidad, de paz y de cooperación internacional. Es necesario que se plantee la cuestión de su unión política con nuevos parámetros. Los acontecimientos actuales —no sólo la guerra del Golfo sino también las convulsiones en la Unión Soviética— nos indican que sería ingenuo esperar un periodo en el que las tensiones militares desaparezcan súbitamente: Europa debiera plantearse seriamente el problema de una defensa europea, de una estructura militar integrada, como cuestión ineludible si quiere volver a poner en su lugar su papel internacional. De la misma forma, en la situación actual, la apelación a un papel militar de los «casco azules» de la ONU en el conflicto del Golfo es un expediente irreal. Ello no quiere decir, sin embargo, que una de las conclusiones del conflicto en curso ha de ser un planteamiento serio de constitución de una verdadera fuerza internacional de las Naciones Unidas. En esta perspectiva es evidente que la evolución y las

La década de los 80 ha mantenido y en ciertos casos agravado las extremas desigualdades entre los países prósperos y los países pobres.

posiciones que sustente la Unión Soviética sobre esta cuestión son prácticamente decisivas.

Décimo: Ha de ser un especial motivo de atención el riesgo de nuevos brotes de racismo y xenofobia en Europa y en nuestro país. Hemos desarrollado diversas iniciativas con el fin de hacer frente a este peligro y combatir todas las manifestaciones de racismo abierto o encubierto. El Ayuntamiento de Barcelona ha mantenido contactos positivos con la asociación *Bayt al Zaqafa*. Consideramos satisfactorio un documento publicado en Barcelona por la asociación *Dar al Magreb*, el Comité de Solidaridad Cataluña-Líbano y la asociación Comunidad Palestina de Cataluña, con los que mantenemos un contacto que consideramos muy positivo.

Undécimo: En el trasfondo del conflicto se encuentra, entre otros factores, un problema de relación entre civilizaciones, culturas, religiones. Las posiciones avanzadas en relación con esta cuestión por la Alcaldía de Barcelona han de ser estimuladas y han de recibir el apoyo de la sociedad y de los Gobiernos de la Generalidad y Central. El Centro Abraham que se está construyendo en la Villa Olímpica, con el triple símbolo de la cruz, la media luna y el candelabro de siete brazos, en representación de las tres grandes religiones monoteístas del Mediterráneo, ha de ser el comienzo de una acción paciente y continuada de reencuentro y diálogo. Barcelona, que es la ciudad más grande del Mediterráneo, debe saber desempeñar este papel

de encuentro entre las civilizaciones y las religiones de nuestro mar común, con una fuerte voluntad de diálogo, cooperación y paz.

Duodécimo: Una cuestión prioritaria es el establecimiento de nuevos mecanismos de control y drástica reducción de armamento, tanto en Oriente Próximo como a escala mundial. No es hoy un objetivo utópico. Si la UEO establece unas bases de acuerdo, extensibles a un entendimiento con la Unión Soviética y con los Estados Unidos, ello implicaría su control estricto, y la reducción drástica, de un 87% de todo el comercio mundial de armas. La exigencia de que no se vuelva a repetir una situación como la que ha dado origen al actual conflicto implica como premisa indispensable el combate sin piedad contra el negocio de la guerra y el comercio clandestino de armas, negociaciones inmediatas para la drástica reducción de armamento, y el establecimiento de controles extremadamente estrictos para impedir el comercio de tecnología apta para usos militares, en especial en lo tocante a armas químicas, biológicas o nucleares.

Decimotercero: Estamos por el término de la guerra. Esta ha sido deseada por Sadam Husein. El puede pararla. Pero en todo caso es preciso que en el momento presente no sea solamente la voz de las armas la que se escuche. En este sentido hay que considerar positiva la declaración hecha pública por los Estados Unidos y la Unión Soviética el 30 de enero, después de la visita a Washington del ministro de Asuntos Exteriores de la Unión Soviética, Alexander Bessmertnij, en la que se señala que «un cese de hostilidades» es posible «si Irak se compromete públicamente a retirarse de Kuwait» y se evoca la necesidad de una iniciativa de solución al conflicto árabe-israelí.

Los Gobiernos del mundo, especialmente los más directamente implicados en el conflicto, los Gobiernos de los países árabes e is-

lámicos, la OLP, la Comunidad Europea, las Naciones Unidas, han de hacer en estas horas difíciles todo lo posible y con los menores costes para preparar una nueva situación en la que el diálogo, la negociación y la paz prevalezcan sobre la violencia.

¹ En todo caso, como recordó el senador demócrata Sam Nunn en el debate del Senado de los Estados Unidos (12 de enero de 1991): «En agosto, cuando se decidió el embargo, con éxito y diría que con una gran habilidad del presidente Bush, con una gran demostración de capacidad de liderazgo, nadie pensaba o preveía que el embargo acabaría en enero (...). Ningún experto o ningún informe de los servicios de inteligencia afirmaba que el embargo hiciese sentir sus efectos antes de abril o mayo de 1991.».

² El «*documento de los nueve puntos*» dice así:

1. El objetivo fundamental de las resoluciones del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas es la retirada iraquí de Kuwait y el restablecimiento de la soberanía e integridad territorial de este Estado miembro de la Comunidad de Naciones. Esta actitud tiene una base jurídica internacional indiscutible y es coherente con los principios establecidos en la Carta de las Naciones Unidas.
2. Para conseguir este objetivo, el uso de la fuerza se tiene en cuenta como último recurso; es decir, cuando exista la evidencia de que el agresor no se retirará por otros medios. La justificación del uso de la fuerza en apoyo de la ley es precisamente el no quedar sometidos a la fuerza ilegítimamente utilizada.
3. La actitud iraquí ha sido contundente en el rechazo de la aceptación del objetivo de las Naciones Unidas. Hasta este momento, la posición oficial es tajante: no abandono de Kuwait y consideración de la anexión como irreversible.
4. La agresión no puede ser premiada. Por lo tanto es imposible imaginar una compensación por la retirada. La comunidad internacional, a pesar de ello, ha hecho esfuerzos para que el cumplimiento de las resoluciones de las Naciones Unidas no signifique una humillación para Irak.
5. Si el Gobierno iraquí acepta las resoluciones del Consejo de Seguridad y declara su decisión de cumplirlas, ha de obtener garantías de: no ser atacado, levantamiento del embargo, y facilitar una solución negociada de sus diferencias con Kuwait, respetando el derecho internacional.
6. Las Naciones Unidas contribuirán a facilitar una solución: supervisando la retirada iraquí de Kuwait

por medio de observadores; vigilando posteriormente las fronteras; desplegando una fuerza de paz cuando se retiren las fuerzas extranjeras.

7. La crisis del Golfo, originada por la acción iraquí, ha cambiado el cuadro de relaciones y de equilibrio en la zona, agravando los factores de incertidumbre. Por lo tanto:

—Es necesario un plan de estabilidad regional en una zona especialmente sensible, cuyos objetivos sean: Políticos: normalizar las relaciones entre los países de la zona y resolver los problemas pendientes. Estratégicos: disminuir el nivel de armamentos y eliminar los de destrucción masiva, de forma que todos los países de la región se sientan seguros y libres de amenazas. Económicos: establecer un marco de cooperación para el desarrollo, que tienda a disminuir las abrumadoras diferencias entre países y sectores de población.

—La comunidad internacional ha de impulsar la solución del problema palestino, dando cumplimiento a las resoluciones de las Naciones Unidas que lo afrontan. Una conferencia internacional de paz aparece como el instrumento que ha suscitado un mayor consenso internacional y la vía más adecuada para avanzar decididamente hacia la solución. Por lo tanto, esta conferencia ha de ser convocada en el momento oportuno y con la estructura apropiada, como reclama la CEE y consta en la declaración del presidente del Consejo de Seguridad del 20 de diciembre de 1990.

8. Hay que recordar que una respuesta árabe al actual conflicto del Golfo, en el marco de las resoluciones del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, parece la vía más eficaz para una salida pacífica de la crisis.

9. A pesar de ello, las exigencias de la seguridad regional desbordan el marco estrictamente árabe, en la medida en que afectan a países de la región que no son árabes y a los intereses vitales de todo el mundo. Por lo tanto, en los futuros acuerdos de seguridad de la zona tendrán que participar, además de los países árabes de la región, otros países como Irán e Israel, los miembros permanentes del Consejo de Seguridad y la CEE.

Es esencial el desarrollo en la región de Oriente Próximo de medidas de confianza que refuercen la

Las posiciones más unilateralistas de Reagan han dado paso a una nueva orientación en busca de un mayor consenso internacional.

seguridad y la cooperación y contribuyan a la creación de un clima de distensión. Los principios y la metodología que han inspirado el proceso de la Conferencia de Seguridad y Cooperación en Europa podrían ser útiles en este sentido.»

³ La resolución del Congreso de los Diputados, del 18 de enero de 1991, además de apoyar las resoluciones de las Naciones Unidas y las medidas adoptadas por el Gobierno «en el marco de las directivas aprobadas por la UEO en aplicación de la resolución 678 del Consejo de Seguridad» y «en apoyo a las fuerzas multinacionales que actúan en aplicación del párrafo 2 de la resolución 678», añade:

«El pleno del Congreso expresa su preocupación por los últimos acontecimientos del Golfo, producidos como consecuencia de la negativa del Gobierno iraquí a cumplir las resoluciones de las Naciones Unidas.

—El Congreso reitera que la paz sólo será posible si el Gobierno de Irak cumple estas resoluciones, cuyo objetivo es la retirada iraquí de Kuwait y el restablecimiento de la soberanía e integridad territorial de este Estado, miembro de la Comunidad de Naciones.

—El Congreso manifiesta su voluntad de que la paz sea restablecida, en un contexto de responsabilidad y preocupación que comparte la inmensa mayoría del pueblo español. La comunidad internacional ha hecho esfuerzos para que el cumplimiento de las resoluciones de las Naciones Unidas, incluso dentro del principio de que la agresión no puede ser premiada, no signifique tampoco la humillación para Irak.

Por eso, el Pleno del Congreso considera deseable, después de la superación de la crisis, el establecimiento de un sistema de seguridad, paz y cooperación en el Mediterráneo, el Norte de Africa y Oriente Próximo. El interés nacional exige que España participe directa o indirectamente en la elaboración de esas propuestas». Finalmente, la resolución define unos objetivos para ese plan de estabilidad regional coincidentes con los fijados en la «*declaración de los nueve puntos*» del Gobierno.

Traducción: Alberto Gómez Font



ACTUALIDAD

2

LOS SOCIALISTAS Y EL MEDIO AMBIENTE

Alejandro CERCAS

Las resoluciones del XXXII Congreso del PSOE, y muy señaladamente el capítulo correspondiente al Programa 2000, suponen un salto cualitativo de enorme significado en el compromiso socialista con las políticas medioambientales. La reflexión y propuestas realizadas, tanto cuantitativa como cualitativamente, tienen una importancia sin parangón con ningún otro pronunciamiento anterior.

Las referencias al medio ambiente se extienden a múltiples ámbitos del proyecto socialista, y este elevado número de propuestas, lejos de constituir un conjunto incoherente, se configuran como la plena y definitiva interiorización de un discurso medioambiental, específicamente socialista, en todas y cada una de las facetas de nuestro proyecto político. El compromiso medioambiental impregna así la totalidad de las políticas definidas, al ser considerado

como una de las señas de identidad del socialismo democrático en este fin de siglo.

De esta forma, la propuesta medioambiental que obliga a todos los socialistas quiebra con las formas sectoriales o estancas de congresos y programas electorales anteriores y, al incrementar su importancia estratégica y permeabilizar todo el proyecto con esta cuestión, sitúa en una nueva dimensión a todo el proyecto de nuestro partido, a nuestra

El compromiso medioambiental es considerado como una de las señas de identidad del socialismo en este fin de siglo.

concepción de la economía y el desarrollo, a las políticas de bienestar, al papel del Estado y a la dimensión internacional de nuestra acción de partido y de Gobierno.

El Congreso ha empleado conceptos muy precisos para enfatizar esta nueva óptica del socialismo de nuestros días, en cuya virtud lo ambiental pasa de ser un simple acompañamiento a las políticas socialdemócratas clásicas y empieza a contemplarse, en su dimensión ética y estratégica, en la misma centralidad del proyecto de progreso y solidaridad que nosotros representamos y respecto al modelo de sociedad que impulsa nuestra ideología y nuestra práctica política.

No es cuestión ahora de releer los documentos congresuales. Están a disposición de todos. Quiero sólo recordar algunas reflexiones de nuestro Congreso.

«La crisis de medio ambiente es un problema a escala mundial. Las agresiones al entorno tienen implicaciones transnacionales que amenazan a toda la humanidad, al futuro de la vida en nuestro planeta tal y como la conocemos». «Se ha de caminar hacia un orden ecológico internacional que se fundamente en un crecimiento económico selectivo, compartido y solidario». «Pretendemos completar nuestro modelo de desarrollo económico teniendo en cuenta el equilibrio ecológico. En el periodo que ahora afrontamos debemos situar la preocupación por la ecología y los esfuerzos preservadores del medio ambiente en el lugar central de nuestra acción política. Es un compromiso de solidaridad con los

países menos desarrollados y con las generaciones futuras.»

No quiero concluir este apartado sobre el lugar estratégico en que ha situado nuestro Congreso el compromiso medioambiental sin hacer una llamada de atención sobre el riesgo que correríamos si hiciéramos de estos textos una lectura dogmática, y nos alejáramos del plano de la racionalidad que es también una seña de identidad de nuestro proyecto socialista. Apunto simplemente en este momento que el cultivo monotemático y cuasi religioso de la crisis medioambiental, que es la perspectiva reduccionista y estrecha propia de los ecologistas fundamentalistas, ni es ni debe ser nuestra perspectiva ni nuestro horizonte. Nuestra reflexión es más rica y nuestros compromisos son más amplios. El centro de nuestra política sigue siendo el desarrollo integral de las capacidades y del nivel de vida de todos los hombres y de todos los países. Por ello nada más lejos de nuestro pensamiento que el concebir el compromiso ambiental como un freno para el desarrollo de nuestro país o de los países en vías de desarrollo.

Nuestro compromiso va indisolublemente unido a la idea de lograr la necesaria compatibilización de los factores de desarrollo y los factores de medio ambiente, porque ello no solamente es posible sino altamente deseable. El modelo de desarrollo cualitativo y sostenible que defendemos es además condición indispensable para la protección del medio ambiente.

Como se ha cuidado de señalar el informe Brundtland, el uso tecnológico actual podrá retardar la imposibilidad de obtener nuevos recursos, pero no podrá por sí sólo impedir su agotamiento. Por tanto la respuesta a los interrogantes ambientales se encuentra, en primer término, en activar nuestras capacidades de desarrollo compatible con la protección del medio y, en segundo lugar, en dirigir el desarrollo a cubrir las necesidades básicas, basándolo en un mejor reparto y en la solida-

ridad internacional. Concepto este último, el de la solidaridad internacional, que nos introduce en una doble reflexión: primero, que nuestro país tiene ya, como país desarrollado, que asumir la parte que le corresponde respecto a los países del Tercer Mundo; y segundo, que nuestro país como socio retrasado del club europeo tiene que exigir de sus socios comunitarios las compensaciones y el tratamiento específico que demandan la singularidad de nuestros problemas ambientales y de nuestras necesidades de desarrollo, en el marco de una comunidad que debe ser armónica y cohesionada en lo ambiental pero también en lo económico y en lo social.

Pero antes de entrar con mayor detenimiento en algunas otras cuestiones del debate y de las perspectivas de futuro, quiero detenerme en un repaso previo sobre los acontecimientos y circunstancias que han precedido a estos posicionamientos de nuestro Congreso. Creo que puede ser útil enmarcarlos en la dinámica histórica y política que les ha precedido, para explicar con mayor racionalidad los matices de la posición que tenemos en la actualidad los socialistas españoles.

El crecimiento de la demanda medioambiental

El medio ambiente se ha ido cristalizando a lo largo de estos últimos 15 años en un argumento político de primera magnitud. Las preocupaciones ambientales, que estaban recluidas en un reducido círculo de científicos o cual bandera política de pequeños grupos extraparlamentarios o alternativos, toman una nueva dimensión por el efecto combinado de dos factores que se interrelacionan y potencian mutuamente.

De una parte, el avance científico ofrece un diagnóstico global y alarmante del deterioro de equilibrios biológicos que son vitales para la humanidad entera. Por primera vez en la historia cobra carta de naturaleza científica, en esta última década, la conclusión de la fra-

gilidad del planeta y la gravedad de las agresiones que sufre el medio natural por una población en constante crecimiento y por unos modelos de crecimiento depredadores y esquiladores de recursos no renovables.

De otra parte, la sociedad actual interioriza el medio ambiente como un elemento sustancial de su demanda sobre la calidad de vida. La opinión pública de los países desarrollados, a la que llegan crecientes y detalladas noticias sobre las más variadas catástrofes o amenazas de una crisis ambiental generalizada, se orienta mayoritariamente, aunque a veces sea retóricamente, en una decidida línea proteccionista, identificando al medio ambiente como uno de sus paradigmas más deseados. Este fenómeno es especialmente intenso entre las generaciones jóvenes y en las capas de población identificadas con posiciones de izquierda, aún cuando ciertos elementos románticos del ecologismo, como subproducto de rancios ruralismos, prenden también en el pensamiento conservador.

La dimensión que ha ido cobrando la preocupación ambiental ha hecho de ésta un elemento determinante en la aparición de nuevos valores y demandas sociales que han afectado y condicionado el discurso y las prácticas políticas de las principales ideologías. En muchos parlamentos de países europeos han irrumpido representaciones ecologistas, casi siempre a costa de debilitar a las formaciones clásicas de la izquierda, produciendo el paradójico efecto de un cambio favorable a la derecha en la correlación de fuerzas políticas de estos países.

Se ha de caminar hacia un orden ecológico internacional que se fundamenta en un crecimiento económico selectivo, compartido y solidario.

Nuestro país, y también nuestro partido, ocupado en otras cuestiones no resueltas en nuestra historia, llegó tarde y deficientemente a este debate que, se ha caracterizado en España por los siguientes datos:

1º Su limitación a las manifestaciones más externas y visibles que la problemática ambiental comporta.

2º Su utilización superficial y oportunista en muchas ocasiones.

3º Su escasa interiorización por parte de los agentes económicos y sociales.

En nuestro partido, heredero de una rica tradición, pesaban fuertemente las inercias históricas y era difícil que la cuestión medioambiental se abriera un hueco en nuestra centralidad política, ligada históricamente a los problemas relativos a la distribución de la renta. Por si esto fuera poco (y fue la razón suficiente que dificultó su toma en consideración por todos los partidos europeos) nos tocó llegar a las responsabilidades de gobierno en el epicentro de la crisis económica y con otros muchos déficits infraestructurales, en un país con unos problemáticos servicios públicos, como la salud, la educación, las pensiones, y con retrasos históricos en parámetros tan sensibles y estratégicos como la vivienda y las comunicaciones.

No obstante estos inconvenientes, el balance de nuestra gestión ambiental arroja un saldo positivo y sensiblemente superior al de los anteriores gobiernos democráticos.

El cultivo monotemático y cuasi religioso de la crisis medioambiental ni es ni debe ser nuestra perspectiva ni nuestro horizonte.

La experiencia socialista en la gestión medioambiental

Los años 1979, en el ámbito local, y 1982 en el de la Administración del Estado, marcan simbólicamente las fronteras entre el discurso teórico y la experiencia práctica de la gestión, en la que aflorarán inmediatamente los límites, las posibilidades y las contradicciones de toda acción de gobierno.

La tarea de gobernar está generalmente situada en la difícil encrucijada de hacer posible lo deseable, contando con la limitación de medios y recursos y con el arduo problema de elegir entre objetivos alternativos o incluso contradictorios.

La primera evidencia, en ambas esferas de responsabilidad, fue la necesidad de articular una estrategia para la solución de estos problemas, teniendo en cuenta las características propias de la problemática de nuestro país. En definitiva, asumir y operar en consecuencia, con un cuadro específico que tenía singularidades notables respecto a los países avanzados de la Europa comunitaria. Entre estos elementos específicos cabe señalar que en España:

1º Existía un déficit ambiental superior al resto de los países comunitarios. El crecimiento cuantitativo de nuestra economía desde los años 60 no había tenido el contrapeso de una intervención decidida del Estado para aminorar los efectos sobre el medio ambiente y no existieron, tan siquiera, los mecanismos democráticos y de control social que en otros países ordenaban los procesos de desarrollo económico y de industrialización.

2º Teníamos una estructura administrativa y competencial sumamente compleja y preñada de ambigüedades y solapamientos. La creación por tanto de una administración ambiental, ya compleja de por sí, acumulaba en nuestro país dificultades añadidas en el

contexto de un país que estaba inventando el nuevo Estado de las Autonomías.

3° Se dibujaba en el horizonte la fecha cierta y el compromiso de adaptación a la nueva realidad del mercado único y la Europa sin fronteras de 1993.

4° Existía una ausencia total de cultura empresarial sobre los impactos ambientales y sobre la internalización de costes, pese a estar abocados a un nuevo reto de inciertas consecuencias y a concurrir con sus competidores extranjeros en los nuevos espacios económicos proteccionistas que se estaban constituyendo en Europa con el argumento medioambiental.

5° Nuestros más fuertes problemas ambientales, que son los ligados a las especiales condiciones climáticas y edafológicas del país, son totalmente asimétricos con las prioridades ambientales de los otros socios comunitarios, que tratarían de exportarnos las soluciones a sus problemas sin ser sensibles a los específicamente españoles.

6.° La ineludible necesidad de atender en nuestro país a una rápida extensión de infraestructuras que nos permitiera erradicar los cuellos de botella que impedían el desarrollo del país y la lucha eficaz contra el desempleo.

En este marco, sumamente complicado para el abordaje de la política medioambiental que nuestra conciencia solidaria y progresista demandaba, la acción de los socialistas en las instituciones ha sabido avanzar sorteando dificultades y contradicciones.

En un resumen apresurado cabe decir que la acción de Gobierno se ha centrado en combatir las causas y los efectos de la degradación ambiental, bajo el impulso de que esto era imprescindible para alcanzar nuestro objetivo de mejorar la calidad de vida de los españoles.

El avance científico ofrece un diagnóstico global y alarmante del deterioro de equilibrios biológicos que son vitales para la humanidad.

Al servicio de esta estrategia se ha realizado un esfuerzo urgente de actividad legislativa, en la planificación y coordinación de acciones y en el plano de la gestión.

En el campo legislativo, partiendo prácticamente de cero, se ha instrumentalizado un cuerpo legislativo con normas específicas para cada variable ambiental que ha incrementado apreciablemente la capacidad planificadora y de gestión. A fuer de sinceros, en el camino se quedó una hipotética Ley General del Medio Ambiente, que fue demandada por tantos, también por muchos de nosotros, como la pieza mágica que resolviera todos los problemas. Lamentablemente, la dispersión y heterogeneidad de éstos no hizo posible ni practicable encontrar en un solo acto normativo la solución simultánea de todos ellos. La realidad ha ido por un camino distinto aunque no menos trascendental para nuestro *corpus* normativo: la integración de España en la CEE nos ha supuesto un hercúleo esfuerzo de adaptación legislativa, habiéndose trasladado al derecho interno un centenar de actos normativos de la Comunidad en sólo cuatro años. Puede decirse que en este momento la integración es plena y que el cuerpo legislativo español responde perfectamente al del conjunto comunitario.

En otro orden de cuestiones, la distribución competencial de nuestra Constitución ha exigido una compleja coordinación con el conjunto de las administraciones públicas para hacer posible una política ambiental articulada homogéneamente en el conjunto del Estado. En materia medioambiental corres-

Nos tocó llegar a las responsabilidades de gobierno en el epicentro de la crisis económica y otros muchos déficits infraestructurales.

ponde a la Administración central la elaboración de proyectos legislativos básicos y la planificación general, siendo totalmente responsables las CC.AA. de la gestión directa de lo legislado y planificado. Esta relación de complementariedad introduce elementos de ida y vuelta que han hecho necesaria una estrecha colaboración, no exenta de los problemas lógicos de un proceso novedoso y tan complejo como el del Estado Autonómico.

Aún con estos condicionantes se ha conseguido articular una política ambiental estatal apoyada en un cuerpo legislativo moderno y sofisticado y en unos aparatos administrativos que han demostrado una creciente capacidad de planificación y gestión. La inversión de la Administración central en el periodo 83-88 ha sido superior a ciento cincuenta mil millones en programas directos y en más de un billón en programas relacionados con el medio ambiente, contribuyendo así a una situación en la que se han corregido múltiples déficits existentes y se han impulsado un gran número de medidas preventivas. Estas intervenciones se refieren a la protección de la atmósfera y de las aguas, el control de residuos urbanos e industriales, la lucha contra la erosión y la conservación de espacios naturales, flora y fauna, la información y la investigación, la cooperación internacional.

En este breve relato histórico, cabe reseñar que el año 1989, tan significativo en acontecimientos y avances para las políticas del medio ambiente a nivel internacional, tuvo una especial significación para nosotros al haber desempeñado España la Presidencia de la Co-

munidad Europea, y que este periodo haya sido, como es generalmente aceptado, uno de los más importantes en el avance de los temas pendientes en la Comunidad, contrastando así nuestra capacidad para hacer funcionar la máquina comunitaria a pleno rendimiento.

Mirando al futuro: por el pacto ambiental

Es razonable pensar que en los próximos años las líneas de tendencia observadas en la década de los 80 se acrecentarán y obligarán a una intensificación de las políticas medioambientales, en un marco definitivamente más amplio que el de las fronteras nacionales y aún continentales. Esta dimensión planetaria de la cuestión obligará a un definitivo replanteamiento de las relaciones Norte-Sur y al reforzamiento de las instituciones internacionales, para encontrar caminos practicables a fin de que la problemática ambiental se aborde en todas sus dimensiones sin que sea otro factor de acentuación de la distancia entre el Norte y el Sur.

La necesaria intensificación de estos vectores en el mundo desarrollado aparejará la creación de una potente industria acorde con el creciente mercado medioambiental. Se multiplicarán las iniciativas y el protagonismo de la Comunidad Europea que deberá desempeñar un papel fundamental, acorde con el dinamismo de sus instituciones, el acervo técnico y cultural acumulado y su situación privilegiada para el diálogo con otras áreas del mundo, entre las que se singularizará por su problemática la anteriormente Europa oriental.

España, plenamente integrada en la Europa del mercado único y la unión política, tendrá que seguir recuperando el retraso acumulado y atender con rigor y con urgencia las siguientes exigencias:

— Considerar la política ambiental como una política básica de desarrollo y creación de empleo.

— Mejorar el sistema productivo español a través de la aplicación de políticas de corrección ambiental y potenciando los equipamientos necesarios.

— Adecuar la administración española a los nuevos retos de gestión ambiental, incrementando su potencialidad de planificación, vigilancia y control e intensificando su intervención en la solución de los problemas ambientales.

Ahora bien, va a ser difícil que la intensificación de la política ambiental se produzca sin una clara aceptación de la política de medio ambiente por los agentes económicos y sociales. Estamos en una encrucijada con algunos paralelismos con la situación que se vivió a principios de siglo, una vez desveladas y conocidas las contradicciones sociales derivadas de la primera revolución industrial. En aquella situación las contradicciones entre capital y trabajo se mitigaron o resolvieron satisfactoriamente a través de un pacto social, reformista y pragmático.

Las dificultades que se observan para lograr asentar un modelo de desarrollo sostenible y compatible con las exigencias del mundo económico y del medio ambiente sólo podrán ser suficientemente superadas a través de lo que se puede llamar el Pacto Social Ambiental. Este pacto requiere tres elementos o tiene, dicho en otras palabras, varios agentes: *las fuerzas políticas, las instituciones y los agentes económicos y sociales.*

Las fuerzas políticas, los partidos políticos, son los intermediarios de la voluntad popular. Su acción determina en primer término la aceptación y las líneas a seguir en proyectos concretos. Algunas actuaciones ambientales son conflictivas y fácilmente rentabilizables políticamente desde la simple opción a las mismas. Esta situación debe resolverse con el más amplio consenso en la consideración de un proyecto estratégico que debe tener en su evolución el menor número

posible de desviaciones y paralizaciones. España necesita equipamientos ambientales, entre otras cosas para garantizar e incrementar su nivel de desarrollo, y necesita también políticas a largo plazo que deben definirse y aplicarse con un alto grado de estabilidad. Este factor precisa igualmente de un amplio consenso que garantice su continuidad a lo largo del tiempo.

La articulación de esas políticas ambientales estratégicas necesita instrumentos de consenso basados en una programación ajustada de las actuaciones a desarrollar. La evaluación de los problemas de contaminación y degradación, el control de las situaciones de mayor conflictividad ambiental, la cuantificación económica necesaria para su resolución, la articulación de incentivos y los sistemas operativos precisos, son parte del proceso racional que hay que acometer —en algunos casos ya se ha recorrido— y constituyen elementos sustanciales del consenso. Buena parte de la cuantificación de los déficits ambientales y de la dinámica para resolverlos pasa por su estructuración en planes nacionales como instrumentos de trabajo eficaces, ajustando las necesidades en recuperación ambiental al conjunto de necesidades y recursos del país. Estos planes nacionales deben ser aceptados por el conjunto de las fuerzas políticas. Esto permitiría un acuerdo amplio sobre las políticas a largo plazo y sobre los equipamientos necesarios permitiría, en suma, una articulación de acuerdos al más alto nivel que limitaría las asperezas que el desarrollo ambiental conlleva.

En España existía una ausencia total de cultura empresarial sobre los impactos ambientales y sobre la internacionalización de costes.

El pacto ambiental en nuestro país exige también un amplio acuerdo institucional, es decir, el acuerdo entre las administraciones públicas españolas con competencias en material medioambiental. La formulación de políticas nacionales ambientales que atiendan a la realidad de los problemas que superan en muchos casos límites administrativos o que al menos están sometidos a políticas transnacionales, precisa en primer lugar una estabilización de órganos de cooperación y seguimiento de las actuaciones entre las distintas administraciones públicas. El reparto de cargas y beneficios que conlleva el mercado ambiental exige una consideración de política regional solidaria, la articulación de sistemas eficaces de información ambiental y la toma de decisiones coordinada y participada en organismos capaces de su impulso.

El tercer elemento lo constituyen los agentes económicos y sociales, es decir, los empresarios, los sindicatos y el movimiento social representativo.

La política de medio ambiente viene definida en el contexto comunitario como un conjunto de medidas basadas en la limitación y condicionamiento de actividades industriales y de obras y proyectos de infraestructuras, configurando asimismo un esquema de protección activa en el mantenimiento de espacios de singular interés ambiental. Por tanto, el conjunto de la política ambiental tiene un impacto socioeconómico evidente en el mercado de trabajo, en variables macroestructurales, al derivar buena

parte del coste de su implantación en incremento de precios de los productos finales y repercutir todo ello en el conjunto de la actividad económica.

La modificación de procesos y equipos en instalaciones industriales para llegar a límites de tolerancia ambiental tiene, por lo general, efectos inmediatos en los balances económicos y adquiere en el caso español un valor inusitado por la rapidez e intensidad con que ha de desarrollarse el proceso del mercado interior de 1993.

Es difícilmente pensable que las modificaciones requeridas sean llevadas a cabo sin una participación activa de empresarios y trabajadores, de tal forma que la necesaria negociación pueda introducir factores de flexibilidad en la articulación de una respuesta a los efectos positivos y negativos de la política ambiental desde la perspectiva socioeconómica. Por citar un ejemplo basado en la experiencia de otros países, el mercado de trabajo debe sufrir variaciones que equilibren la previsible pérdida de puestos de trabajo en sectores afectados por una modificación ambiental intensa con la creación de nuevos empleos en el desarrollo de una industria de corrección y de gestión ambiental.

Las alternativas posibles, el mantenimiento de un análisis equilibrado de cargas y beneficios y el régimen de intervención pública en el proceso, debe permitir la incorporación de estos elementos a los procesos de concertación social entre otras cuestiones por la renovación tecnológica y de formación profesional que exige su puesta en práctica.

Por último, la formulación de un pacto social ambiental implica la participación de un movimiento asociativo con creciente presencia en la sociedad y que refleja un incremento de las preocupaciones ciudadanas en ámbitos no recogidos en las actividades políticas tradicionales. Ahora bien, esta participación debe reflejar el conjunto de perspec-

Nuestros más fuertes problemas ambientales son totalmente asimétricos con las prioridades ambientales de los otros socios comunitarios.

tivas sobre las que se puede analizar los problemas ambientales. En otras palabras, las transformaciones sociales y económicas que conlleva dar respuesta a los intereses de tutela del medio ambiente deben ser asumidas globalmente y no separar los objetivos de protección ambiental del objetivo de desarrollo económico en el que finalmente se encuentra la posibilidad de protección del medio. Por tanto, la articulación de un diálogo con el movimiento social no es separable de la negociación entre los agentes económicos y sociales, ni entre éstos y la Administración. Se trata, en definitiva, de resolver la problemática ambiental con el conjunto de factores en el que aquella se inscribe.

Concluyo ya diciendo que hemos recorrido sólo una parte del camino. Es aún mayor la que queda por recorrer y ésta es la más complicada. Las contradicciones, antes veladas, del proceso de desarrollo industrial son ya visibles y están aún sin resolver. Podemos situarnos sólo a la defensiva (posición de muchos ecologistas) o podemos abordarla con la carga utópica y humanista del socialismo democrático. Tenemos mucho que aprender y debatir con el movimiento ecologista hasta hacer posible lo que consideramos deseable: el gran pacto socialismo-ecologismo que no puede articularse más que con la mutua comprensión de que el desarrollo necesario se oriente por las pautas cualitativas y sostenibles que he esbozado en este trabajo.

E D I T O R I A L

PABLO IGLESIAS

LA PERESTROIKA

¿A DONDE VA LA UNION SOVIETICA?

Fernando Claudín (comp.)

A. Adamovich, A. Butenko, V. Chalidze, E. Etkind,
F. Fernández-Ordóñez, F. Iskander, Y. Kariakin, L. Kopelev,
V. Korotich, M. Lavigne, K. Liubarski, Z. Mlynar, A. Nove,
A. Nuikin, R. Orlova, L. Paramio, G. Popov, M. Reiman,
J. Sapir, L. Shelley, N. Shmeliov, V. Strada, A. Streliani,
C. Urjewicz, L. Vosnesenski.

316 págs.

2.000 ptas.

En este libro se recogen las ponencias presentadas en la Conferencia Internacional «La perestroika: ¿a dónde va la Unión Soviética?», que tuvo lugar en Barcelona. Destacadas personalidades venidas de la URSS discutieron, junto con disidentes y soviólogos occidentales, los problemas más candentes de la gran transformación que está produciéndose en el «mundo soviético».

Pedidos:
EDITORIAL PABLO IGLESIAS
Monte Esquinza, 30 - 2.º
28010 Madrid

Forma de Pago:
Talón bancario o
Giro postal



ACTUALIDAD

3

«LA VERDAD OS HARÁ LIBRES»

Una lectura crítica del documento episcopal

Joan Manuel DEL POZO

El documento episcopal que ha sido presentado, más que con el título (1), bajo el lema «La verdad os hará libres», no es un trabajo ni breve ni superficial; como se encargaron de difundir sus autores, fue objeto de una larga elaboración —aproximadamente durante un año— y, ciertamente, de una seria reflexión que lo convierte en algo más que una simple recomendación moral o pastoral rutinaria y de alcance menor.

Por esta razón, una lectura crítica completa obligaría —si no necesariamente a igual tiempo de elaboración— cuando menos a una extensión igual o incluso mayor que la del propio documento analizado; pero, al no disponer de ella, hemos optado por descartar un larguísimo análisis pormenorizado o de detalle e intentar, al menos con el mismo esfuerzo de seriedad y

reflexión que sus redactores, una crítica globalizada o de síntesis que no sólo no excluirá, sino que buscará su fundamento en una permanente alusión a las ideas y expresiones literales del texto.

Aunque por obvia pudiéramos ahorrar la consideración que sigue, parece conveniente explicitar para esta singular ocasión que el

La simplificación más dolorosa del documento es que todo el mal sociopolítico y moral en nuestra sociedad deriva del abandono de la moral católica.

concepto de *lectura crítica* debe entenderse tan alejado del ciego combate entre dogmas de distinto signo como de la aceptación resignada una vez más del argumento de autoridad —religiosa para quien crea, o simplemente de arraigo histórico o rango social para el no creyente— que tan a menudo invistió al discurso moral de fuente católica.

El objetivo es, desde la limpieza del juego democrático que permite la libre expresión de ideas entre todos los sujetos individuales o colectivos del sistema, condensar en unos pocos apartados algunas de las más relevantes deficiencias observadas —sean de consistencia formal interna, de fondo ideológico y moral o de contextualización—. El espíritu último es perfectamente compatible con el que la propia Iglesia Católica difundió desde el Concilio Vaticano II: hacer posible el diálogo entre los creyentes y el mundo moderno; y no se puede entablar diálogo bajo la condición de no recibir crítica alguna, por razones obvias. Y para que ese diálogo crítico no sea acerbo y bloquee episodios posteriores, nada mejor que actuar desde la «modestia epistemológica» que reclama Obiols para esta específica relación dialógica (2); interpretamos para nosotros ese concepto como la invitación a descabalgarnos de la confrontación dogmática, de la descalificación apriorística o del anecdótico aderezado con sal gorda. Pero, puesto que nadie debiera interpretar la modestia como autohumillación, la afirmación crítica tampoco debe diluirse en el remilgo expresivo ni en la ocultación de los elementos de fondo, forma y tono de los que se discrepe abiertamente. Estamos, como

sucede a menudo, en la búsqueda del difícil equilibrio entre los extremos de la descalificación o la autocensura; búsqueda a la que ninguna de las partes de cualquier debate de ideas debiera renunciar jamás para mantener vivo el diálogo democrático (3).

Simplificaciones

La más dolorosa de las simplificaciones observadas en el documento es la genérica o de fondo, que sólo puede aceptarse mediante su lectura íntegra; podría formularse así: todo el mal sociopolítico y moral en nuestra sociedad deriva del abandono de la moral católica tradicional. Pero no faltan fragmentos concretos que, con alguna matización mínima y de hecho irrelevante —obsérvese, p. e., el «a veces» del siguiente texto—, conducen de forma directa a esta tesis: «En tiempos pasados la moral católica era la base sobre la que se asentaba la normativa moral e incluso jurídica de nuestra sociedad española. (...) La situación ha cambiado. (...) Hay unos valores que pudieran servir de base ética de la convivencia en la sociedad española. (...) Desarraigados estos valores de su fundamento, que es Dios creador, se están vaciando de contenido según nos muestra la experiencia de los últimos años en Occidente, pierden vitalidad y, a veces, se vuelven contra el mismo hombre» (4). La simplificación no puede ser más clara: sin la moral católica, que pone a Dios como fundamento de los valores morales, éstos se vacían, se desvitalizan y, «a veces» (¿cuántas?), se vuelven contra el mismo hombre; luego, los españoles que vivíamos bajo aquella unidad moral-legal de inspiración católica, hemos entrado en la pendiente de la ruina moral. Dos breves cuestiones, entre muchas posibles: ¿acaso cuando dominaba aquel sistema moral-legal, sus valores no se volvían contra el hombre nunca, ni siquiera en los casos de penas de muerte, torturas y vejaciones? ¿Qué vitalidad y contenido tenía el valor de la igualdad —también cristiano— aplicado a la relación hombre-mujer, por ejemplo? Dramática simplifi-

cación de la historia reciente y descalificación simplista de cualquier moral autónoma.

Una simplificación sólo aparentemente menor es la que se produce al afirmar que vivimos «en un clima que favorece una tolerancia y permisividad totales» (5); primero, porque evidentemente no es cierto —basta mirar a las prisiones tristemente llenas de ciudadanos a quienes no se ha permitido *todo*—, y segundo, y gravemente importante, porque no se puede simplificar asociando tolerancia y permisividad como si fueran sinónimos: la tolerancia, cuando menos desde Locke en la antesala de la Ilustración, constituye uno de los fundamentos de los sistemas democráticos modernos, materializada en valores superiores de nuestro ordenamiento como la libertad y el pluralismo político y, muy concretamente, materializada en la libertad ideológica, religiosa y de culto (6). La permisividad podrá asociarse a la relajación, la inhibición o el pasotismo —contravalores también para la mayoría de morales laicas—, pero nunca —salvo por una simplificación intelectual rayana en la frivolidad— con la tolerancia, en cuya noción elemental figura la aceptación de las creencias y actitudes ajenas *sin perjuicio del mantenimiento de las propias* en su plenitud. No cabe duda de que la asociación de la tolerancia con la permisividad comporta un descrédito para la tolerancia que, *a sensu contrario*, no puede sino interpretarse como una defensa implícita de la intolerancia.

Generalizaciones

La generalización no deja de ser una forma de simplificación; pero merece destacarse como tal, porque en algunos momentos de la lectura resulta especialmente chocante su formulación abusiva. Por ejemplo, cuando, sin llegar a la universalidad absoluta, generaliza sobre el hecho de que «muchos sucumben a esta mentalidad difusa que rechaza cualquier norma moral como imposición arbitraria (...)

y también muchos exaltan una libertad omnímoda e indeterminada como criterio de actuación» (7). Desde luego no son todos; pero sí deben ser mayoría, a juzgar por el reiterado «muchos», cuantificador fuerte frente a «bastantes», «algunos» o «pocos». Pero en el fondo de la generalización cuantitativa, pesa negativamente el juicio de generalización *cualitativa* que se da en el salto del apartado primero al segundo del mismo párrafo, donde se pasa de la idea del descrédito que ha sufrido en la sociedad la moral católica a la caída para muchos de *toda* norma moral; en realidad, sólo resulta aceptable la inversión de la idea anterior como constatación de que muchos rechazamos la imposición arbitraria como norma moral, pero en absoluto la norma moral misma, si podemos dárnosla libre y responsablemente.

En un orden menos abstracto, constituyen también un exceso generalizador —con una sola restricción imprecisa: «en ciertos casos», para la verificación de prácticas de corrupción— las acusaciones «tan poco edificantes como el 'transfuguismo', el tráfico de influencias, la sospecha y la verificación, en ciertos casos, de prácticas de corrupción, el mal uso del gasto público o la discriminación por razones ideológicas» (8). Acusaciones graves contra la vida pública que, por venir de fuente cualificada como vienen, debieran matizarse y restringirse serenamente y no convertirlas en materia fácil para consumo de antidemócratas militantes. Las acusaciones culminan donde no debieran: en otra grave generalización de «amoralidad ambiental que destruye las convicciones morales más ele-

¿Acaso cuando dominaba aquel sistema moral-legal sus valores no se volvían nunca contra el hombre?

mentales» (9). Esta vez es «amoralidad ambiental», al principio del documento dice la Conferencia Episcopal que le «preocupa muy hondamente el deterioro moral de nuestro pueblo» (10): la gravedad de las calificaciones se torna catastrofismo generalizado al extenderlas masivamente e indiscriminadamente al «ambiente» y a «nuestro pueblo».

Equívocos

El más grave de los equívocos, a nuestro entender, es la insistencia en confundir la ley como norma potestativa con la ley como norma coactiva; ello es lo que se desprende del denso e interesante párrafo 49 donde se afirma la existencia de una «verdad irrenunciable de los valores y normas fundamentales» para la Iglesia, de tales características que «sería un error de graves consecuencias recortar, so capa de pluralismo o tolerancia, la moral cristiana diluyéndola en el marco de una hipotética 'ética civil', basada en valores y normas 'consensuados' por ser los dominantes en un determinado momento histórico» (11). Según esta irrenunciabilidad aparte alguna de los propios valores y normas fundamentales, en primer lugar —y lamentando el menosprecio intolerante que destila el 'so capa de pluralismo y tolerancia'— hubiera sido imposible la transición democrática española a la actual convivencia en paz y libertad que, precisamente, se basó en procesos de consenso y renunciaciones mutuas. En segundo lugar, todo el argumento cae si se considera que ninguna moral en tanto que tal puede ser afectada por ley democrática alguna, por el simple hecho de que se

mueven en órdenes de realidad distintos: mientras que las leyes sólo regulan la convivencia, la moral se refiere a la vivencia íntima y personal, nunca violable por definición en un contexto democrático. Los obispos pueden estar pensando en aquellas normas que permiten actuaciones incompatibles con los propios valores morales; se supone, por ejemplo, la despenalización de algunos supuestos de aborto. Ni que decir tiene que el equívoco entre permitir (o no paralizar) una actuación —ley como norma potestativa— y obligar a ella —ley como norma coactiva— salta a la vista. Es razonable pensar que si los autores del documento pudieran encontrar un solo ejemplo de obligación por ley para infringir una norma moral reconocida figuraría destacadamente como tal, dada su evidente habilidad argumental; no es así, y en tal caso sólo permiten que se deslice imperceptiblemente ese equívoco de fondo desde el que exigir implícitamente una fiel adecuación de las leyes de un Estado no confesional a su propia confesión moral y religiosa, como ellos mismos recuerdan de otros tiempos: «esto condujo, entre otras cosas, a identificar moral católica, norma jurídica y usos y costumbres normalmente admitidos» (12).

Otro equívoco, que aparece en diversos momentos, lo constituye el que se evidencia en estas palabras: «se dan en nuestra sociedad creencias y convicciones que reflejan, a la vez que acusan, el eclipse, la deformación o el embotamiento de la conciencia moral. Este embotamiento se traduce en una amoralidad práctica, socialmente reconocida y aceptada» (13). Parece una transición argumental débil la que lleva, por la indemostrada vía de la deformación y el embotamiento moral, ni más ni menos que a la amoralidad práctica reconocida y aceptada. El equívoco no es otro que el que se refleja en diversas fases del documento partiendo de una unicidad de validez moral —la católica— que permite confundir cualquier otra creencia y convicción con la mismísima amoralidad práctica.

No cabe duda que la asociación de la tolerancia con la permisividad comporta un descrédito para la tolerancia.

Condenas dogmáticas

Ya nos hemos referido a la primera condena, que se formula justo en la introducción del documento —párrafo 2— donde se habla sin tapujos del «deterioro moral de nuestro pueblo». Todo el capítulo II.C contiene un «análisis de algunas causas de esta situación» que es un verdadero compendio de sentencias rotundamente negativas para el hombre libre de nuestros días; véanse, si no, algunas como muestra: «la tolerancia se toma, en este contexto, no como el obligado respeto a la conciencia y las convicciones ajenas, sino como la indiferencia relativista que cotiza a la baja todo asomo de convicción personal o colectiva»; «se da también una corrupción de la idea y de la experiencia de la libertad concebida no como la capacidad de realizar la verdad del proyecto de Dios sobre el hombre y el mundo, sino como una fuerza autónoma de autoafirmación, no raramente insolidaria, en orden a lograr el propio bienestar egoísta»; «se desarraiga la persona humana de su naturaleza e incluso se contraponen a ambas, como si la persona y sus exigencias pudiesen entrar en pugna con la naturaleza humana y con los valores y leyes insertas en ella por el Creador»; «arrinconada, en fin, la idea de naturaleza y de creación, el hombre pierde, al mismo tiempo, la perspectiva del fin y sentido último de su vida»; «se difunde asimismo un modelo cultural laicista que arranca las raíces religiosas del corazón del hombre» (14). Desde la dogmática definición de la libertad humana hasta la condena al sinsentido vital, es difícil reunir tanta amargura de análisis sobre la situación presente; quizás por ello, algún obispo no tardara en distanciarse de los tonos negros y agresivos del documento y algún teólogo haya tenido que esforzarse en matizar tales afirmaciones descalificadoras de nuestra sociedad (15).

El dedo acusador no se oculta ni en los momentos de mayor suavidad de análisis y permite que aparezcan expresiones casi irre-

Acusaciones graves contra la vida pública, por venir de fuente cualificada como vienen, debieran matizarse y restringirse serenamente.

levantes que expresan, en su aparente inutilidad, un espíritu de sospecha desmoralizador. Por ejemplo, cuando hacia el fin del documento se señala con acierto que «en España se ha creado, en los últimos años, un marco jurídico para el ejercicio de la ciudadanía en libertad, igualdad y solidaridad. La convivencia de todos los españoles ha sido, en principio, un logro» (16). Nos preguntamos: ¿por qué ese inciso reticente de «en principio»? ¿Acaso creen sinceramente los obispos que la convivencia democrática de los españoles se desarrolla en sentido contrario al que puso en marcha la Constitución felizmente consensuada? Porque, ciertamente, cualquier lector puede comprender que para introducir el argumento que sigue —la necesidad de instancias intermedias entre Estado y ciudadanos— no hacía falta proyectar ninguna sombra de duda sobre el hecho universalmente admirado del grado de convivencia democrática obtenido saliendo de una dictadura con rémoras tan graves como el terrorismo a costas, faltos de hábitos y cultura democráticos y con contenidos pendientes por resolver, como el territorial, entre otros.

Contradicciones

El documento incurre, a nuestro entender, en algunas contradicciones sorprendentes; contradicciones que, por supuesto, no actúan como mecanismo interno de avance y superación, sino como simple yuxtaposición de afirmaciones que intentan tranquilizar retóricamente por un lado mientras amonestan moralmente de forma severa por otro.

Ninguna moral puede ser afectada por ley democrática alguna, por el simple hecho de que se mueven en órdenes de realidad distintos.

Ya al principio del documento, aquel «deterioro moral de nuestro pueblo» es casi inmediatamente seguido (17) por una admirablemente positiva descripción de «los valores importantes que emergen en la conciencia moral contemporánea como puede ser: la fuerte sensibilidad en favor de la dignidad y los derechos de la persona, la afirmación de la libertad como cualidad inalienable del hombre y de su actividad y la estima de las libertades individuales y colectivas, la aspiración a la paz y la convicción cada vez más arraigada de la inutilidad y del horror de la guerra, el pluralismo y la tolerancia entendidas como respeto a las convicciones ajenas y no imposición coactiva de creencias o formas de comportamiento, la repulsa de las desigualdades entre individuos, clases y naciones, la atención a los derechos de la mujer y el respeto a su dignidad o la preocupación por los desequilibrios ecológicos». Creo que todos los hombres y mujeres contemporáneos podemos reconocer en esa descripción un código moral básico verdaderamente asumido por mayorías crecientes de la población en la práctica diaria de su vida. Si esto es así, ¿cómo puede hablarse de «deterioro moral» o de «amoralidad ambiental»? La contradicción resulta clamorosa y no resuelta en el documento: los nuevos valores quedan *mencionados, pero no incorporados* al discurso, que prosigue por la vía tremendista inicialmente anunciada, exactamente igual a lo que sería lógico si no se hubiera escrito ni una palabra acerca de los nuevos valores.

Contradictorio resulta también que se cante aquí la tolerancia como un valor efectivo de

nuestro tiempo que evita imposiciones de creencias y comportamientos, y en otros puntos del documento se mencione despectivamente, como hemos visto, la misma tolerancia, o se la llegue a definir «en este contexto —la persuasión de que no hay verdades absolutas en tanto que factor sociocultural— (...) como la indiferencia relativista que cotiza a la baja todo asomo de convicción personal o colectiva» (18): o antes no era tal valor o ahora no es tal contravalor; lo imposible es mantener al mismo tiempo, referidas a la sociedad contemporánea, dos afirmaciones de ese calibre en claro sentido contrapuesto.

Entre otras contradicciones de menor relevancia, al menos una merece ser destacada: aquella en la que incurre el documento cuando, hacia el final (19), reconoce, con cita conciliar, «la labor de quienes, al servicio del hombre, se consagran al bien de la ‘res’ pública y aceptan el peso de las correspondientes responsabilidades»; prosigue, ya de propia mano, condenando como falta «de fundamento evangélico una actitud de permanente recelo, de crítica irresponsable y sistemática en este ámbito», el del ejercicio de la política. ¿Dónde salta la contradicción con tan ponderados juicios? No es en esta ocasión la contradicción lógica y flagrante entre dos definiciones formales, sino sobre todo una contradicción precisamente *moral*, porque el propio documento respira y se presenta como un ataque a la línea de flotación de la dignidad de los políticos; y esto no se dice a humo de pajas, sino con apoyos textuales nítidos, que nos permiten considerar el documento como un elemento más de ese «permanente recelo», por no hablar de «crítica irresponsable y sistemática». De entre los diversos testimonios, recordemos el ya citado de la acusación generalizada de transfuguismo, tráfico de influencias, sospecha y verificación en algunos casos de corrupción, mal uso del gasto público, discriminación por razones ideológicas, poder ejercido en clave de dominio y provecho propio o amiguismo. Sería un vano empeño intentar una lista de agravios contra los políticos que pudiera ex-

presar mejor una actitud de «permanente recelo»; pero entonces, claro está, más difícil debe ser, según ellos mismos, encontrarle fundamento evangélico o, para los demás, de simple moral cívica. En puntos dispersos del documento pueden leerse reiteradas expresiones de ese permanente recelo bajo acusación, siempre genérica, a los responsables de representar y gobernar a la sociedad, de «introducción abierta o subliminal de propaganda ideológica, 'oficial' o de la cultura del poder» (20), «intento de imponer una determinada concepción de la vida de signo laicista y permisivo» (21), «dirigismo cultural y moral de la vida social favorecido desde algunas instancias de poder, desde algunos importantes medios de comunicación, principalmente de naturaleza estatal» (22). A nadie se le oculta que todas estas acusaciones, en la medida en que fueran ciertas en su formulación indiscriminada y genérica, deberían dar lugar a una auténtica convulsión de la sociedad democrática; el procedimiento, salvo aventuras impensables e indeseables por parte de nadie, está permanentemente abierto en la actividad parlamentaria donde juega con intensidad el debate libre para el control de los gobiernos; abierto hasta la exacerbación, como ellos también reconocen y critican (23), en los medios de comunicación más plurales de la historia de este país y de nuestro mundo actual, pluralismo del que se beneficia también la propia estructura de la Iglesia católica; abierto en el pluralismo asociativo creciente en los órdenes religioso, cultural, social, de consumo, etc.; y finalmente y soberanamente abierto en un permanente proceso electoral donde todos los ciudadanos —también los fieles a la guía pastoral y moral de los obispos, como ellos recuerdan y parecen desear (24)— pueden optar en limpia confrontación para dirigir esta sociedad con los supuestos mejores criterios que dicen tener.

Conclusión

Una conclusión coherente debería ser necesariamente pesimista, después de consi-

derar las diversas discrepancias que nos ha suscitado la lectura crítica del documento; pesimista, se entiende, en orden al siempre deseable diálogo que una sociedad democrática debe mantener entre todos sus componentes individuales y colectivos. Porque es obvio que los puentes del diálogo se debilitan hasta poder quebrar fácilmente cuando se es objeto de severa amonestación desde una supuesta superioridad moral —«tenemos unas certezas» (25) o «la verdad irrenunciable de los valores y normas fundamentales de su ética (la de la Iglesia)» (26)— o cuando se oyen duras condenas globales y graves acusaciones indiscriminadas de deterioro moral y político.

En realidad, tan graves admoniciones y tan forzados argumentos acaban incurriendo, en el orden lógico, en el vicio denunciado desde antiguo: «*quod nimis probat, nihil probat*», es decir, lo que demuestra demasiado, no demuestra nada o el exceso de razón es una sinrazón. Y en el orden moral y político acaba produciendo un bloqueo en el supuesto adversario —que es casi todo el mundo, por otra parte—, bien sea por inhibición y temor ante la culpa que se le imputa, bien sea por honesta convicción intelectual de encontrarse ante una injusta, sectaria o inexpugnable muralla de dogmatismo estéril, ante la que lo mejor es limitarse a constatar la inutilidad de todo esfuerzo dialogante.

Sin embargo, no sería justo, en primer lugar, dejar de reconocer que en algunos momentos el documento se acerca a una leve autocrítica que lo resitúa transitoriamente —aunque con prácticamente nulo efecto

***¿Creen los obispos que la
convivencia democrática se
desarrolla en sentido contrario al
que puso en marcha la
Constitución?***

sobre el espíritu global del texto— en un terreno de disposición dialogante; al decir, por ejemplo, que «hay valores auténticos en los increyentes que no pueden ser relegados o desdeñados sin palmaria injusticia. Por eso la Iglesia reconoce también esos ideales y valores que, acaso por no haberlos cultivado debidamente en ciertos tramos de su historia, han emigrado de su seno y han terminado por alzarse contra ella. Desde esta actitud de aceptación y discernimiento, de reconocimiento de los valores positivos de una cultura no cristiana y de autocrítica por posibles olvidos de los mismos, la Iglesia debe insistir...» (27). Otro texto mínimamente esperanzador para un lector no creyente, pero amante del diálogo, se centra en la importancia de la fidelidad a la conciencia: «La fidelidad a la conciencia, rectamente formada, es el punto de partida y el lugar de encuentro donde los católicos y sus conciudadanos pueden ahondar en la verdad y resolver con acierto los numerosos problemas morales que afectan hoy día a los individuos y a la colectividad» (28). Pero estos fragmentos quedan aislados en el centro geográfico del largo discurso moral y no inspiran ni el encabezamiento, ni el fondo del cuerpo argumental, ni la conclusión del mismo: son, lamentablemente, excepcionales y, tal vez por eso mismo, ha merecido la pena destacarlos en nuestra conclusión. Lo cierto es que la búsqueda del diálogo entre Iglesia y mundo que reclamó el ya, al parecer, muy lejano Concilio Vaticano II y que, en momentos recientes, desde dentro y fuera de la Iglesia algunas voces cualificadas reclaman (29), no parece constituir ni el tono básico del docu-

El propio documento respira y se presenta como un ataque a la línea de flotación de la dignidad de los políticos.

mento, ni siquiera un objetivo difuminado en el horizonte de sus intenciones.

En segundo lugar, finalmente, tampoco sería justo lamentarse de una cerrazón de la Iglesia, cuando el documento tiene una autoría de alta representación, pero no necesariamente de total identificación ni con el conjunto de la Iglesia ni de la Iglesia española; aunque no debamos sobrepasar los límites de «lectura crítica» que nos habíamos marcado entrando en especulaciones sobre la representatividad real de la cúpula de la Iglesia española, tal vez debamos abirnos, para terminar, una puerta a la esperanza del diálogo con la confianza puesta en amplios sectores de creyentes que piensan en términos más caritativos que dogmáticos, más morales que moralistas, más cooperadores que doctrinarios, más esperanzados en el futuro de nuestra sociedad que nostálgicos de su pasado si se los compara con lo que parece pensar el nuevo órgano colegiado de sus obispos en España.

(1) En la portada interior de la edición oficial del documento aparece un subtítulo a pie de página que dice literalmente: «INSTRUCCION PASTORAL de la Conferencia Episcopal Española sobre la conciencia cristiana ante la actual situación moral de nuestra sociedad. (20.XI.90)» La referencia bibliográfica completa es: Conferencia Episcopal Española, «*La verdad os hará libres*» (Jn 8, 32), ed. EDICE, col. *Documentos de las Asambleas Plenarias del Episcopado Español*, n. 13, Madrid, 1990, 59 págs., ISBN 84-7141-237-3.

(2) Ver Reyes Mate, «Izquierda y Cristianismo», *El País*, 5 de enero de 1991, pág. 10.

(3) Aunque fuera del documento propiamente dicho, pero íntimamente vinculado a él en su proyección pública, el discurso inaugural del Secretario General de la Conferencia Episcopal, Angel Suquía, contenía elementos de abuso del lenguaje que contribuyen a enturbiar el clima de diálogo; por ejemplo, al referirse a las «reservas» que mantienen a la LOGSE, llega a hablar de la «violencia» que supuestamente se desprendería de tal normativa. O las «reservas» no son simplemente tales, sino que deberían formularse como «gravísimas denuncias» o el término «violencia, aunque no sea física» (sic), constituye una salida de tono

inaceptable. (La edición del discurso acompaña, sin ISBN propio, a la del texto ya citado). Una referencia de prensa (ver *El Mundo*, 29 de noviembre de 1990) que reproduce fragmentos de la conferencia-coloquio sobre el documento nos traslada peores descalificaciones dirigidas al sistema democrático, que no tomamos en consideración para ocuparnos sólo de lo que ha podido ser revisado por su autor antes de la edición.

(4) Párrafo 32, págs. 23 y 24 de «La verdad ...»

(5) Párrafo 9, pág. 9

(6) Artículos 1 y 16 de la Constitución española.

(7) Párrafo 13, pág. 10

(8) Párrafo 17, pág. 12

(9) Párrafo 17, pág. 13

(10) Párrafo 2, pág. 5

(11) Párrafo 49, pág. 42

(12) Párrafo 32, pág. 23

(13) Párrafo 6, pág. 8.

(14) Párrafos 22 a 24, págs. 18 y 19

(15) El obispo de la Seu d'Urgell, Martí Alanís, declaraba que «no comparto el tono agresivo del último documento episcopal»; «estoy de acuerdo con la letra, pero no con la música», entre otros distanciamientos claros del papel. Ver *Diario 16*, 29.11.90. Por otra parte, Rovira Bellso decía: «Pero el mundo moderno es nuestro mundo. No tenemos otro. Amamos a su gente. Por eso yo puedo denunciar las contradicciones de la modernidad, pero no puedo cargarme la sociedad moderna. En las viejas aulas de teología decíamos que 'la gracia supone la naturaleza, no la destruye'». Ver *La Vanguardia*, 22.12.90.

(16) Párrafo 63, pág. 51

(17) Párrafos 2 y 5, págs. 5 y 7

(18) Párrafo 22, pág. 18

(19) Párrafos 60 y 61, págs. 50 y 51

(20) Párrafo 15, pág. 11

(21) *Ibid.* D 22. *Ibid.*

(23) Párrafo 16, pág. 12, donde puede leerse: «los medios de comunicación social que, en muchos aspectos, están desempeñando un papel muy beneficioso en orden a una sociedad políticamente libre y moralmente sana con informaciones y juicios objetivos y con la denuncia de los abusos de poder...»; peor, entre otras cosas, (...) «han fomentado (...) la confrontación buscada por sí misma de las más diversas posiciones en todos los asuntos más fundamentales de la vida». Lo que, aunque bajo todo crítico por su parte, reafirma nuestra tesis de absoluta plenitud de la libre expresión en nuestro país.

(24) Párrafos 60 y siguientes, págs. 50 y 53, aunque remite, para el asunto específico de la participación de los católicos en la vida pública a otro documento episcopal monográfico.

(25) Párrafo 3, págs. 6

(26) Párrafo 49, pág. 42

(27) Párrafo 29, pág. 22

(28) Párrafo 39, pág. 33

(29) En el artículo citado de Reyes Mate —ver nota 2— se recogen algunas de estas propuestas, como las formuladas por Obiols, que en el VI Congreso del PSC llamó públicamente a los cristianos para que compartan la lucha por una sociedad más justa; o por Adam Schaff, que propone una confluencia estratégica de socialistas y cristianos para defender valores democráticos y humanizantes. O desde el lado cristiano, la propuesta de García Nieto, que planteaba la recuperación de una utopía realista desde las convicciones del cristianismo radical y del socialismo crítico.

E D I T O R I A L

PABLO IGLESIAS

ALCANCE Y LEGADO DE LA REVOLUCION FRANCESA

M.^a José Villaverde (comp.)

Roger Barny, Guy Chaussinand-Nogaret, Alan Forrest,
François Furet, Jacques Godechot, Jean M. Goulemot, Norman Hampson,
Manfred Kossok, Oruno D. Lara, Guy Lemarchand,
Ted Margadant, Claude Mazauric, Denis Richet,
Michel Vovelle.

214 págs.

1.600 ptas.

El coloquio internacional «Alcance y legado de la Revolución Francesa», organizado por la Fundación Pablo Iglesias y presidido en sus diferentes sesiones por Antonio Elorza, Pedro Ruiz Torres, Gonzalo Anes y Miguel Artola, reunió por primera vez a algunos de los más destacados representantes de las distintas corrientes interpretativas sobre la Revolución de 1789, cuyas ponencias e intervenciones se recogen en este volumen.

Pedidos:
EDITORIAL PABLO IGLESIAS
Monte Esquinza, 30 - 2.º
28010 Madrid

Forma de Pago:
Talón bancario o
Giro postal



ACTUALIDAD

4

LOS DESAFIOS A LAS NUEVAS DEMOCRACIAS DEL ESTE

El caso húngaro

Carmen GONZALEZ ENRIQUEZ

El derrumbe de los regímenes autoritarios del «socialismo real» de la Europa del Este y su sustitución por democracias parlamentarias pluripartidistas ha constituido, está constituyendo, un tipo totalmente nuevo de transición política desde la dictadura a la democracia.

Obviamente cada transición histórica es un caso diferente, puesto que cada país lo es, pero en el caso del bloque del Este existen notables peculiaridades comunes que a su vez lo alejan de las experiencias de otras transiciones, como la española, o las más recientes en América Latina.

Entre estas numerosas peculiaridades, hay una que, por decirlo así, resume o está en el

centro de la red de fenómenos sociales y políticos que están haciendo tan difícil la transición a la democracia en estos países, y es la inexistencia de una sociedad civil autónoma frente al Estado. Por sociedad civil no me refiero aquí sólo al conjunto de las organizaciones que pueden constituir la expresión de las diferencias de intereses o ideologías de la población, sino a las instituciones sociales y económicas que crean la posibilidad de una

Ningún régimen político consiguió destruir de forma tan eficaz y completa cualquier vestigio de independencia y autonomía personal o grupal.

independencia personal, material, frente al poder estatal.

La liquidación de esta sociedad civil fue la tarea de los primeros años de «construcción del socialismo» en los países europeos que quedaron bajo la órbita soviética tras la II Guerra Mundial. Nunca, ningún régimen político moderno, ni siquiera la Alemania hitleriana, consiguió destruir de forma tan eficaz y completa cualquier vestigio de independencia y autonomía personal o grupal.

Y la clave para obtener este control sobre la sociedad no era la represión política, aunque sin duda ésta era un elemento muy importante, sino la estatalización de toda actividad económica. El principal medio de disciplina política en manos del Partido único era su control sobre todos y cada uno de los puestos de trabajo existentes en el país. Si a esto se añade el hecho de que en aquel socialismo era legal y virtualmente imposible sobrevivir sin un puesto de trabajo, se explica por qué estos regímenes consiguieron vivir tanto tiempo sin ninguna forma de oposición interna, exceptuando las explosiones espontáneas de ira popular o la «disidencia» de algunos intelectuales.

Pero no se trata aquí de recordar las aberraciones que estos regímenes han cometido en nombre de la clase obrera y en aplicación de un pensamiento marxista totalitario. Se trata de explicar hasta qué punto *su labor sistemática de destrucción de las redes sociales y de las áreas de independencia económica está siendo ahora, y lo será por mucho*

tiempo, un obstáculo y una amenaza a la consolidación de un sistema de democracia parlamentaria.

La sociedad clientelística, nepotista y corporativa que crearon cuarenta años de «socialismo de Estado», con su correlato de atomización e individualismo social, se mantiene íntegramente en pie. *Los Estados ya no pertenecen a los partidos comunistas pero la vida económica sigue perteneciendo a los Estados, y mientras esto no cambie sustancialmente, la democracia seguirá siendo un ejercicio difícil.*

La destrucción que se llevó a cabo a finales de la década de los cuarenta y durante los años cincuenta, dirigida a liquidar cualquier resquicio de autonomía personal y social, sigue vigente, y los países del Este tardarán muchos años en reconstruir ese tejido social que fue tan sistemáticamente aplastado.

Conviene recordar algunos de los pasos de esa destrucción: la colectivización de la agricultura, la estatalización del comercio, la industria y los servicios, la centralización de los sindicatos, la liquidación de los colectivos profesionales, la migración y aculturación forzadas, el control de todas las instituciones financieras, el adoctrinamiento ideológico masivo, la supresión de las organizaciones populares independientes y la estabilización de los medios de comunicación y la vida cultural. A esto hay que añadir la represión en el terreno más propiamente político o estatal, como la liquidación de todos los partidos, la reducción del Parlamento a funciones protocolarias, la supresión de la independencia judicial y de las autonomías locales, etc.

Una norma básica de la democracia es que los conflictos de intereses puedan expresarse abiertamente. Sin embargo, para que esto ocurra no basta con que el derecho de huelga o de manifestación estén reconocidos y amparados. Es necesario también que los agentes sociales gocen de una cierta indepen-

dencia económica frente al Estado, porque si este requisito no se produce el conflicto difícilmente se planteará abiertamente.

Socialdemócratas, liberales y democristianos han llegado hace tiempo a una conclusión común, la de que no habrá democracia estable sin economía de mercado y que una de las más importantes tareas pendientes es la formación de una clase empresarial autónoma. Y no se refieren a gestores competentes, sino a propietarios privados, a «burgueses». Simplemente, la democracia es imposible en una economía estatizada.

Otra característica común a todas las transiciones actuales en la Europa del Este, y que las diferencia muy sustancialmente de otras transiciones del autoritarismo a la democracia, ha sido *el escaso papel jugado por la oposición exterior al régimen*. Exceptuando el caso polaco, en el que la presión de Solidaridad ha sido un elemento clave para producir el cambio de régimen, en todos los demás países la oposición política ha sido inexistente o de una eficacia tan pequeña que de ninguna forma puede considerarse causa del cambio político. De hecho, en la mayoría de estos países, los elementos de oposición organizada a los partidos comunistas han aparecido apenas unas semanas o pocos meses antes del derrumbe definitivo, y en algunos casos, como el búlgaro o el rumano, han aparecido después.

Cualquiera que recuerde la oposición al franquismo y sus manifestaciones en la calle en los años 70, puede comprender fácilmente que un régimen autoritario no se derriba porque se produzcan dos semanas seguidas de manifestaciones populares, como ocurrió en Praga o en Leipzig, y menos aún si se trata de sistemas de Partido-Estado y economía centralizada, en que el gobierno cuenta con muchos más recursos para contener la oposición.

Resulta «idealista» (como diría un marxista) y muy romántico suponer un papel de-

cisivo en estas transiciones a las demandas democratizadoras de las poblaciones de los países del Este. Cuando estas voluntades se expresaron en la calle o de forma organizada en mesas de negociación, el factor político esencial era la disolución de los lazos internos que mantenían unidos a los miembros del grupo dirigente. Y, por supuesto, la desaparición de la amenaza soviética.

La transición a la democracia en estos países no se ha producido como resultado de las presiones democratizadoras de la población en general o de segmentos especiales de la sociedad (exceptuando de nuevo a los obreros de la gran industria en Polonia), sino como fruto del derrumbe del sistema autoritario. Y este derrumbe tiene a su vez su origen en la crisis económica que ha agotado los mecanismos de reproducción de la alianza entre la burocracia estatal, la del Partido, y la de los dirigentes empresariales.

Esto no quiere decir que deba dudarse de la autenticidad del espíritu democrático de las poblaciones de estas nuevas democracias (al menos no más que del de cualquier nueva democracia), pero sí que el peligro de involuciones autoritarias es fuerte si continúa agravándose la crisis económica.

Todavía es pronto para evaluar en su justa medida qué consecuencias tendrá sobre las nuevas democracias esta peculiarísima forma de nacimiento. Pero ahora aparecen ya algunas evidentes, todas ellas obstáculos a la consolidación democrática. (En todo lo que sigue queda excluida la ex RDA cuyo

La sociedad ientelística, nepotista y corporativa que crearon cuarenta años de «socialismo de Estado» se mantiene íntegramente en pie.

proceso político es del todo diferente por razones evidentes).

La debilidad del sistema de partidos.

Podría decirse que ésta es una característica común a cualquier democracia joven y que por tanto no constituye una peculiaridad de estos países. Sin embargo hay una diferencia de grado muy importante entre el nivel de consolidación de los partidos políticos con el que comenzaron las democracias española, griega, portuguesa, chilena o argentina, por poner algunos ejemplos, y el que tienen aún ahora, a un año del cambio, los países del Este. Obviamente no me refiero aquí a la ex RDA, en la que los partidos de la Alemania occidental han ocupado el nuevo espacio político.

Los partidos políticos de las nuevas democracias del Este pueden dividirse en dos grandes grupos: los que se han formado *ex-novo* en los últimos años y los que ya existían en los años cuarenta pero fueron suprimidos o limitados al papel de comparsas durante la dictadura y que ahora renacen a la actividad. En ambos casos, los nuevos grupos políticos se han organizado o reorganizado con precipitación para ocupar el vacío de poder producido por el derrumbe del viejo sistema.

Todos ellos (excepto, claro está, los herederos de los partidos comunistas) se definen por su posición antagónica al pasado socialista y por su carencia de propuestas positivas y de programas. Esta es una de las consecuencias de la creencia de oposición política en el pasado a los regímenes comunistas y de

Otra característica común a todas las transiciones actuales en la Europa del Este es el escaso papel jugado por la oposición exterior al régimen.

la velocidad con que se han producido los cambios. Los «disidentes» del socialismo real se imaginaban en este mismo papel por muchos años y nunca se ocuparon de elaborar una política para el postcomunismo. El derrumbe del régimen «les cayó» encima dejándoles casi tan asombrados como a los observadores occidentales.

En la actualidad, tanto los partidos nuevos como los viejos renacidos se encuentran sumidos en profundas divisiones internas en todos los países. En los grupos nuevos, como Solidaridad, el Foro Cívico checo y su equivalente eslovaco, o la Alianza de Demócratas Libres y el Foro de Demócratas húngaros, conviven tendencias muy diferentes que van desde el populismo nacionalista hasta la socialdemocracia, pasando por la democracia cristiana y el liberalismo.

En los viejos grupos renacidos, como los antiguos partidos campesinos, cristianos o socialdemócratas, las luchas internas fraticidas y escandalosas son la moneda común. Estos grupos suelen tener una militancia ya envejecida y dan continuas muestras de no entender la nueva sociedad en que actúan ahora.

El caso de los viejos partidos socialdemócratas que ahora reaparecen resulta especialmente revelador sobre la complejidad de la situación política actual. La mayoría de los viejos partidos socialdemócratas fueron obligados a fusionarse con los partidos comunistas a finales de los años cuarenta. En otros casos simplemente se les obligó a disolverse igual que a los partidos «burgueses». De una u otra forma el resultado fue que desaparecieron de la vida política como tales partidos y que no volvieron a actuar, ni siquiera clandestinamente, hasta 1988-1990. (Otra cosa es que el pensamiento socialdemócrata estuviera presente en sectores reformistas de los partidos comunistas y de la oposición intelectual, como lo está aún, y que desde allí haya tenido un papel crucial en alguna de las transiciones).

Cuando los partidos socialdemócratas han reaparecido, recogiendo a los supervivientes de entre sus antiguos militantes, lo han hecho cargados de una justa ira contra los responsables de su existencia anulada durante décadas. Sin embargo, no han sido capaces de comprender en su justa medida hasta qué punto «el enemigo comunista» se había esfumado y han entrado en la vida política clamando contra un fantasma. El anticomunismo ha aparecido como una de las principales señas de identidad política de la Europa del Este.

Sienten tanto temor a ser confundidos con los sectores reformistas de los antiguos partidos comunistas (que en muchos casos se autoconsideran sinceramente socialdemócratas), que sus ataques se dirigen de modo irracional, sectario y virulento principalmente contra ellos, en lugar de enfrentarse a la nueva derecha, o de concentrar sus esfuerzos en confeccionar programas atractivos y realistas.

El escasísimo éxito electoral de los viejos partidos socialdemócratas en las elecciones que se han celebrado hasta ahora en la Europa del Este (excluyendo siempre a la ex RDA) debe entenderse como fruto de esta crisis de identidad y de imagen. Han querido demostrar que eran más anticomunistas que nadie y para ello han utilizado desde el discurso ultraliberal en lo económico hasta un sindicalismo anacrónico, creando una imagen sumamente confusa.

Sin embargo, la socialdemocracia es fuerte como tendencia dentro de grupos políticos con mucho mayor éxito electoral, como el Foro Cívico checoslovaco, la Alianza de Demócratas Libres húngara o la Solidaridad polaca, y en los nuevos partidos socialistas que recogen a los sectores liberales y reformistas de los antiguos comunistas.

Dada la inestabilidad de los sistemas de partidos actuales, y la necesidad sentida por muchos de contar con un partido socialdemócrata, es muy posible que estos sectores ahora

La transición a la democracia en estos países se ha producido como fruto del derrumbe del sistema autoritario.

dispersos lleguen a agruparse. Lo que resulta mucho más dudoso es que puedan hacerlo bajo el ala de los viejos partidos nominalmente socialdemócratas.

Una causa importante de la debilidad del sistema de partidos es *la falta de estructuras de representación de los intereses sectoriales*, que fueron destruidas o anuladas por la fiebre totalitaria del viejo régimen. El papel que cumplen en los países occidentales los sindicatos, las organizaciones empresariales, las asociaciones de vecinos, de consumidores, de profesionales y muchas otras, es recogido en Europa del Este directamente por los partidos políticos, a falta de estas organizaciones intermedias.

De esta forma los partidos están sometidos a una multiplicidad de presiones de intereses particulares, que en una democracia parlamentaria consolidada se expresarían en otras vías, y que en estos países amenazan continuamente la capacidad de dedicación de los partidos a elaborar políticas nacionales.

El recurso a la política simbólica: religión, nacionalismo, antisemitismo y xenofobia.

Grupos políticos nuevos o renacidos, organizados apresuradamente y que apenas iniciados a la vida política deben hacerse cargo de sus países en medio de una grave crisis económica y ante una población que, exceptuando de nuevo Polonia, ha participado muy escasamente en la transición y observa con escepticismo el proceso... ¿Es de extrañar que en estas difíciles circunstancias los partidos

Los partidos se definen por su posición antagónica al pasado socialista y por su carencia de propuestas positivas.

en busca de una identidad la construyan precisamente sobre lo más primitivo, visceral y manipulable de sus pueblos?

El renacimiento del nacionalismo en la Europa del Este tiene dos tipos de causas muy diferentes; uno es la existencia de problemas reales de importancia relacionados con cuestiones fronterizas y de minorías nacionales, problemas que fueron silenciados cuidadosamente bajo el ritual del «internacionalismo proletario» y «la solidaridad entre los pueblos» y que sólo ahora tienen la posibilidad de expresarse; el otro es la lógica política y electoral de estos débiles sistemas de partidos inmersos en una crisis económica para la que no conocen remedios.

Ninguno de los países de la Europa poscomunista tiene hoy las mismas fronteras que hace setenta años, y varios de ellos son países nuevos, como Checoslovaquia o Yugoslavia, surgidos por acuerdo de las potencias vencedoras en la I Guerra Mundial, tras la disolución del Imperio austrohúngaro. La región, en conjunto, ha estado históricamente aprisionada entre las fuerzas de tres grandes potencias que a menudo se han repartido sus territorios y han librado batallas sobre su suelo: el Imperio turco otomano al Sur, el germánico al Oeste y el ruso al Este.

Como resultado de estas continuas modificaciones de las fronteras nacionales y de los procesos de colonización de los territorios, en la actualidad muchos países tienen importantes minorías nacionales que se autoidentifican con otros Estados —y que son potencialmente un

canal para la expresión de reivindicaciones territoriales—, y en todos los países existen elementos «irredentistas» que no aceptan las actuales demarcaciones fronterizas.

Las más importantes minorías nacionales sin derecho a formar Estados federados propios son las siguientes:

- En Polonia, ucranianos al Este y alemanes en Silesia;
- en Checoslovaquia, alemanes, polacos, y húngaros (medio millón) en Eslovaquia;
- en Hungría, alemanes, eslovacos, eslovenos y rumanos;
- en Rumania, húngaros (dos millones) y alemanes;
- en Yugoslavia, húngaros (medio millón) y albaneses (1.800.000);
- en Bulgaria, turcos (un millón).

Además de éstos, hay más de dos millones de gitanos en la región, discriminados en todos los países, y un número indeterminado de judíos, que probablemente no llega a 200.000.

De todos estos grupos, el más numeroso, tres millones de personas, lo forman los húngaros que viven fuera de las fronteras de Hungría y de entre ellos la situación más grave y potencialmente explosiva es la de los húngaros de Transilvania (Rumania).

Las cuatro décadas de silencio sobre problemas nacionales impuesto por «la paz soviética» en la zona, la convivencia en el CAME y el Pacto de Varsovia, y el anti-nacionalismo militante de los partidos comunistas (excepto el rumano) no han servido para mejorar las relaciones entre estos países. Tanto el CAME como el Pacto no se percibían (no lo eran) como acuerdos de mutua ayuda sino como imposiciones a toda la zona desde la potencia colonial soviética. Por eso mismo su existencia no ha contribuido en nada a fomentar el conocimiento mutuo y la amistad entre estos países.

Ahora, como antes de la II Guerra Mundial, polacos, checos, húngaros, etc., se interesan por la cultura y el comercio de Europa Occidental (y ahora de Estados Unidos) y muy poco por los de sus vecinos. En ninguno de estos países se estudian los idiomas de otros países del Pacto (excepto el ruso que era de aprendizaje obligatorio), y así encontrar a un húngaro que hable checo es casi tan raro como encontrar a un español que hable árabe. *Los países del Este europeo han vivido mucho más aislados entre sí de lo que imaginábamos desde Occidente.* Ya antes de la integración de España en la CEE existía mucha más relación entre nuestro país y Francia, por ejemplo, que entre cualquier país del Pacto con cualquier otro de ellos, excepto con la URSS.

La zona en conjunto mira hacia afuera y los proyectos de cooperación interna que se están poniendo en pie entre los países más desarrollados (Polonia, Checoslovaquia y Hungría) están aún en mantillas y se encuentran con muchas dificultades. Se están rompiendo rápidamente las relaciones que mantenían forzosamente unidos a estos países y la característica principal de su situación internacional es ahora el aislamiento, cuando no el enfrentamiento.

La lógica del juego político interno es la segunda causa de este reavivamiento nacionalista. *La nueva clase política agita los sentimientos nacionalistas porque no es capaz de ofrecer soluciones a los agobiantes problemas de la vida diaria.* Los antiguos comunistas podían permitirse el lujo de no tratar estos temas, a pesar del deterioro de la situación económica, precisamente porque no tenían que enfrentarse a las urnas. Los nuevos grupos, sin embargo, se encuentran ante la difícil tarea de atraer votantes para programas políticos vagos o inexistentes, cuya plasmación real en el terreno económico no puede ser otra que carestía y paro.

Y cuando no pueden obtenerse éxitos en el terreno de las políticas «reales» es muy pro-

bable que se recurra a la política simbólica. Por política simbólica entiendo aquí toda aquella que no afecta en modo alguno a las condiciones materiales de vida de la población ni tampoco al marco jurídico que regula la vida política, sino al conjunto de representaciones colectivas e imágenes públicas que definen simbólicamente la identidad de una nación.

En el caso húngaro este proceso es muy claro: cuando los nuevos grupos políticos comenzaron su vida electoral, esto es, cuando tuvieron que presentarse ante la población y atraer sus preferencias, se encontraron en una situación «desoladora». El país estaba ya caminando hacia una economía de mercado, las libertades políticas ya habían sido devueltas a la población, la Constitución revisada para sancionar una democracia parlamentaria, las tropas soviéticas abandonando el país y Hungría desligándose del CAME y del Pacto de Varsovia. En definitiva, sus programas, que eran únicamente de liquidación del régimen comunista, estaban ya en gran parte realizados y ni siquiera podían arrogarse el mérito de que el cambio se hubiera producido gracias a sus esfuerzos. No habían sido ellos los protagonistas, sino el propio PSOH (Partido Socialista Obrero Húngaro, luego PSH).

De modo que se encontraron gritando contra el régimen que ya no existía, y sin ninguna preparación para afrontar los problemas que preocupaban realmente a los votantes: el deterioro de las condiciones de vida, la ruina de los servicios públicos, la miseria del 15% de la población, el pluriempleo

El escaso éxito electoral de los viejos partidos socialdemócratas debe entenderse como fruto de una crisis de identidad e imagen.

del 80% de los adultos, la deuda externa de dos mil dólares per cápita (20.000 millones de dólares). ¿Qué hacer entonces?

Los partidos acudieron al terreno que el PSOH había dejado libre, el de la reivindicación de los derechos de las minorías húngaras fuera de las fronteras, el de la afirmación de la «identidad nacional» frente a la Unión Soviética y los demás vecinos del Pacto, el de la exaltación de la historia nacional y de la fe religiosa. Hablar muy alto de «los auténticos valores cristianos y húngaros», utilizar la bandera nacional o sus colores en cualquier ocasión, competir en promesas de venganza contra «los comunistas que han arruinado el país» y provocar o permitir el renacimiento del antisemitismo, éstas han sido algunas de las fórmulas más claras de construcción de la identidad política de los nuevos partidos.

El nuevo gobierno húngaro constituido tras las elecciones de abril de 1990, demócratacristiano, liberal y populista, está aplicando un programa económico que es básicamente idéntico al que puso en marcha el último gobierno socialista. La deuda externa del país, el déficit del presupuesto estatal, la necesidad de atraer inversión extranjera y, en definitiva, la obligación de pactar con el Fondo Monetario Internacional, no permiten realizar otro programa.

El programa económico es el mismo y la élite que dirige el país, exceptuando los niveles más altos de la Administración central y los concejales y alcaldes elegidos en oc-

Ninguno de los países de la Europa poscomunista tiene hoy las mismas fronteras que hace setenta años.

tubre de 1990, es también la misma. Las posibilidades de maniobra sobre la realidad social y económica son muy escasas, y por ello se acude a la política simbólica.

Sin duda el caso húngaro es extremo porque en ningún otro país del bloque el partido gobernante avanzó tanto por sí mismo en la vía de la liberalización económica y de la democratización política. Sin embargo, es una característica común al bloque el hecho de que *los nuevos partidos no tienen recetas para solucionar la crisis económica que forma la principal preocupación de sus electores y que en definitiva constituye el motivo de que el régimen anterior falleciera.*

El antisemitismo moderno europeo ha sido tradicionalmente una válvula de escape a la frustración ante la impotencia en momentos de grave crisis económica y social y ahora vuelve a cumplir ese mismo papel. Los judíos de la Europa del Centro y del Este ya fueron diezmados en el periodo nazi y en la guerra, pero los que sobrevivieron se afiliaron en masa a los partidos comunistas que ofrecían una defensa contra la persecución racista, y generalmente han llegado a ocupar puestos relevantes y visibles en la élite cultural, científica y política de sus respectivos países.

En Hungría han sobrevivido unos 60.000 judíos (algo más del 0,5% de la población total) de los 500.000 que vivían en ella en 1940 (el 4% de la población de entonces). Prácticamente todos viven en Budapest y sólo un tercio mantiene relaciones con la Iglesia judía, pero tanto los religiosos como los no religiosos se encuentran perfectamente «asimilados» a la cultura húngara. Su presencia es notable en los medios de comunicación, en las ciencias sociales, en las actividades artísticas, y en algunos partidos, especialmente en la Alianza de Demócratas Libres.

Los judíos desaparecieron de la dirección del PSOH tras la rebelión de 1956, cuando la

nueva dirección del partido intentó crearse una imagen «nacional» y expulsó de los puestos más visibles a los «moscovitas», en su mayoría judíos. En realidad, la mayor parte de los que fundaron el partido comunista húngaro, en 1918, y lo dirigieron por muchos años, eran de origen judío y por ello, en la percepción popular, tanto el experimento sangriento de «la República de los Consejos» de 1919, como los años de terror estalinista de 1948 a 1956, se identifican como periodos de dominio judío.

Es necesario recordar ésto porque, si bien existe un antisemitismo popular que no necesita razones de ningún tipo, existe también otro intelectual y muy elaborado que esgrime razones históricas para «demostrar» que los judíos húngaros no han sido nunca lo bastante patriotas.

Antisemitismo y reafirmación de los «valores cristianos nacionales» son las dos caras de la misma moneda. ¿Contra quién o contra qué se «reafirman» los valores húngaros? (o los polacos, cuyo proceso en este aspecto es idéntico). Contra los comunistas ateos que pusieron el país gustosamente al servicio de la Unión Soviética y contra los liberales de la Alianza, acusados de ser el canal de penetración del capital «carroñero» internacional, especialmente capital judío procedente de los Estados Unidos. A ambos grupos se les acusa implícitamente de no-húngaros, esto es, de judíos.

El partido que ganó las elecciones generales en abril de 1990, el Foro Demócrata Húngaro, ha sido acusado en muchas ocasiones de antisemitismo. La dirección del partido rechaza categóricamente esta acusación, pero muy frecuentemente alguno de sus ideólogos, de sus ministros o de sus personalidades literarias realiza alguna declaración pública en la que deja patente que interpreta la historia y la realidad de su país en términos de confrontación entre los «auténticamente húngaros» y los otros.

Los países del Este europeo han vivido mucho más aislados entre sí de lo que imaginábamos desde Occidente.

Recientemente se han producido varios escándalos de este tipo, como las declaraciones hechas en el Parlamento por el ministro de Asuntos Exteriores, Jeszenszky, miembro del Foro, en las que aseguró que los partidos que forman la coalición gobernante (el Foro, los democristianos y el partido de los pequeños propietarios) son los únicos que representan los valores cristianos y nacionales, como opuestos a las ideas «marxistas, ateas, libre-pensadoras y antipatrióticas abrazadas por ciertos miembros de la oposición». Estas declaraciones supusieron el final del consenso y la cooperación interpartidaria en política exterior, una de las pocas áreas importantes en que gobierno y oposición estaban trabajando juntos.

Unas semanas después, uno de los intelectuales de más prestigio en el Foro, y uno de los poetas más conocidos en el país, Sándor Csoóri, publicó un artículo en la revista del Foro (*Hitel*) en el que afirmaba que el proceso de asimilación de los judíos a la cultura húngara se está realizando ahora al revés, es decir, que los judíos liberales están asimilando a la población húngara a sus formas de vida y sus valores.

La acusación sobre la «falta de hungaridad» y de «materialismo liberal» se escuchó también frecuentemente en la polémica sobre el retorno de la educación religiosa a los colegios. La oposición, liberales y socialistas, no estaba en contra de que se impartieran clases de religión en los colegios, pero sí de que estas enseñanzas formaran parte del *curriculum* puntuable y de que el Estado financiara a los profesores.

El nuevo gobierno húngaro está aplicando un programa económico básicamente idéntico al del último gobierno socialista.

Mientras la coalición gobernante se muestra muy preocupada por «la restauración moral» del país, y la liquidación de la herencia ideológica y ética del pasado socialista (la corrupción, el individualismo y el «materialismo»), y el Parlamento dedica gran parte de su tiempo a discutir cuestiones relacionadas con estos asuntos, la población manifiesta una absoluta indiferencia por todo ello. Según una encuesta realizada en junio de 1990 sólo un 8% de la población considera que el Gobierno deba ocuparse de la transformación de las normas morales de la sociedad húngara.

La apatía política y la obstrucción a la reforma económica

En las primeras elecciones locales húngaras celebradas en septiembre y octubre de 1990, la participación en los núcleos de más de 10.000 habitantes fue en la primera vuelta del 31% y del 27% en la segunda. En los municipios menores votó un 51%, porcentaje suficiente para no celebrar una segunda vuelta.

Por si ésta fuera poca descalificación al sistema de partidos, los resultados de las elecciones en los municipios pequeños (más del 90% del total) dieron el 80% de las alcaldías y el 70% de los puestos de concejal a candidatos independientes, muchos de ellos personas que ocupaban ya estos cargos en el pasado. Además, los partidos de la coalición gobernante, a sólo seis meses de las elecciones generales, han perdido en éstas en los municipios grandes a favor de la oposición liberal (la Alianza de Demócratas Libres y la Alianza de Jóvenes Demócratas).

La apatía política y la escasa vinculación de la población con el nuevo sistema pluripartidista es una de las más peligrosas consecuencias de esta peculiar forma de transición a la democracia. En Hungría, como en los demás países, la transición política ha venido acompañada de un empeoramiento general de las condiciones de vida y existe una tendencia muy fuerte a considerar este deterioro como consecuencia de la transición. La nueva clase política no quiso empañar la euforia de sus primeros pasos públicos explicando claramente al país la gravedad de la situación económica y está pagando ahora las consecuencias de su olvido.

La apatía y la abstención políticas son peligrosas doblemente: no sólo cuestionan la legitimidad del nuevo régimen aumentando el desconcierto y la confusión en el ámbito de los partidos, sino que añaden un elemento más de obstrucción al ya espinoso camino de la reforma económica. ¿Qué gobierno puede sentirse fuerte para tomar las medidas impopulares que conlleva esta reforma cuando se encuentra con tales resultados en las urnas? Por otra parte, si no se avanza en ese camino, la democracia política seguirá amenazada por la extensión de la pobreza y por la inexistencia de una sociedad civil independiente del Estado.

Hungría es el país del bloque que más ha avanzado en el camino de la liberalización económica y la aparición de una economía de mercado. Por ello su caso puede ser un ejemplo de las dificultades y soluciones con que van a encontrarse los demás.

Los socialistas húngaros comenzaron hace veinte años a intentar compaginar las virtudes del mercado, al que se suponía más capaz que la planificación estatal para ordenar la vida económica, con los requisitos ideológicos del régimen, especialmente la propiedad estatal de los medios de producción, el tabú del pleno empleo y la política salarial igualitaria y obrerista.

En 1968 se puso en marcha el Nuevo Mecanismo Económico (NME), cuyo objetivo era descentralizar las decisiones otorgando una mayor libertad a las empresas para la redacción de sus planes, e introducir mecanismos de mercado en la regulación económica a través de la liberalización de los precios. (Antes del NME, hasta 1967 todos los precios, tanto los del consumo privado como los de las empresas, se fijaban por el Gobierno, y el Plan Económico Nacional definía minuciosamente los planes de producción de cada rama, después desglosados por empresas).

El intento de crear una economía de mercado sin alterar su estatalización se ha mantenido a trompicones durante las dos últimas décadas. En 1972 se produjo un importante frenazo motivado en parte por las presiones soviéticas contra lo que parecía un excesivo relajamiento del control del Partido sobre la vida económica, y en parte por razones internas. En primer lugar, el mercantilismo resultaba incompatible con la filosofía igualitarista, ordenancista y obrerista en la que descansaba todo el lenguaje político del régimen. En segundo lugar, muchos gerentes empresariales temían el fracaso de sus empresas en condiciones de desregulación de los precios y no estaban interesados en la liberalización económica. Estos gerentes, a menudo de extracción obrera, se refugiaron en la ortodoxia leninista para combatir dentro del Partido a los economistas reformistas.

A pesar del frenazo en 1972, que se tradujo en una relativa re-centralización de las decisiones económicas, la política liberalizadora continuó adelante en los años siguientes y se aceleró en la década de los ochenta. Sometida cada tanto a las presiones de retorno al dogma por parte de los grupos que resultaban menos favorecidos, la descentralización se mantuvo.

La crónica de la vida económica húngara desde 1968 es la de la persecución de un sueño imposible, el de una economía que

contara con todas las ventajas del mercado y ninguno de sus inconvenientes.

La dificultad de introducir mecanismos de mercado provenía en parte de la concentración empresarial, una característica común a todas las economías socialistas y motivada por la lógica reglamentarista. Esta concentración empresarial significaba, y significa, que una parte muy importante de la actividad económica se regula en régimen de monopolio o de oligopolio, y que, por tanto, a pesar de la liberalización de los precios, no existe competencia mercantil.

Pero, más importante aún que esto, era la incapacidad política de las autoridades económicas para afrontar la quiebra de una empresa, siempre apoyada con nuevos créditos o nuevos subsidios a sus precios. En la práctica, ninguna empresa se sentía amenazada por más que arrojara años de balances deficitarios. *El entramado de relaciones políticas y personales que mantenían unidos e intercambiando posiciones a los dirigentes de las empresas y los del Estado, impedía efectivamente el diseño de políticas racionalizadoras en lo económico.*

El crecimiento de la deuda externa, desde 1.000 millones de dólares en 1970 a 9.000 millones en 1980 y 20.000 millones en 1990, es el fruto de esta incapacidad del sistema político para negarse al saqueo permanente del presupuesto estatal por parte de las empresas.

El nivel de vida de la población se mantuvo de la misma forma, acudiendo a los cré-

***Antisemitismo y reafirmación de los
«valores cristianos nacionales»
son las dos caras
de la misma moneda.***

ditos internacionales para alimentar el sistema productivo y subsidiar los precios. Este mecanismo, básicamente similar al que sostuvieron en los años setenta Rumania, Yugoslavia, la RDA o Polonia, comenzó a desmoronarse cuando las exportaciones al mercado de divisas fuertes (marco y dólar) dejaron de ser suficientes para pagar los intereses de la deuda creciente.

En 1981 surgió la alarma en los mercados financieros internacionales, acostumbrados a considerar pagadores fiables a los países socialistas, cuando Rumania se declaró insolvente, Polonia pidió una moratoria para el pago de la deuda y los demás países mostraron fuertes déficits en sus balanzas de pago. Hungría ingresó en 1982 en el Fondo Monetario Internacional y restableció su fiabilidad como deudor, pero el porcentaje de sus exportaciones que pudo dedicarse a la renovación industrial y tecnológica era y es tan pequeño que su atraso en este campo continuó empeorando.

En la década de los años ochenta la dirección económica húngara elaboró nuevas medidas para fomentar la implicación de los gerentes empresariales en la rentabilidad económica de sus empresas, con la esperanza de que ello mejorara la eficacia del sistema. En general puede decirse que estas medidas fracasaron, y la dirección económica se encontró en un punto muerto: la solución privatizadora de la propiedad empresarial, en la mente de todos, era políticamente inaceptable, incompatible con la esencia moral del régimen, y no podía ni siquiera plantearse abiertamente.

La apatía política y la escasa vinculación de la población con el nuevo sistema pluripartidista es una peligrosa consecuencia de la transición.

Ahora que han desaparecido las constricciones políticas que imponían la estatización económica, y los nuevos grupos políticos se pronuncian sin excepción por un sistema basado en la propiedad privada, la libertad empresarial y el libre mercado, *¿qué es lo que falta en Hungría para construir una economía de mercado?*

En los años ochenta el gobierno socialista introdujo ya cambios importantes en la legislación económica, liberalizando los precios al consumo y a la producción (en 1989 el 64% de los precios ya era libre), suprimiendo los topes por arriba a los salarios que antes se imponían para evitar la formación de grandes desigualdades de renta, y permitiendo el acceso directo de las empresas a la importación. Se legisló también para atraer capital extranjero permitiendo la salida del país del 90% de los beneficios y la creación de empresas privadas sin límite en el número de empleados. Además se creó un «Comité de Desregulación» para simplificar la normativa económica y eliminar las normas innecesarias provenientes de los años ordenancistas.

Los años ochenta fueron también los de la generalización de la «segunda economía», en la que se incluye tanto a las pequeñas empresas privadas (agricultura, comercio, hostelería, construcción y servicios personales) como a una variadísima gama de fuentes de ingresos que comparten su carácter de opacidad al fisco. Aunque no existen estimaciones fiables, se habla a menudo de que esta segunda economía supone entre el 20 y el 30% de los ingresos totales de la población, pero su distribución es muy irregular, con sectores muy importantes de la población excluidos de ella, que precisamente son los más empobrecidos, como los jubilados o los empleados administrativos de nivel bajo.

Algunos han considerado con optimismo que esta segunda economía puede ser la base de la formación de la nueva clase empresarial

que necesita el país. Sin embargo, en muchos aspectos esta economía privada es subsidiaria de la estatal y no resulta nada evidente que pudiera subsistir sin la segunda.

El nuevo gobierno democrático húngaro se ha encontrado un sistema económico estatizado en su 90% (en términos de empleo), con un déficit del presupuesto estatal de 350 millones de dólares, un déficit de la balanza de pagos de 1.500 millones, y una deuda exterior de 20.000 millones, cuyos intereses suponen otros 14.000 millones de dólares, para una población total de 10 millones de personas.

La reducción del déficit presupuestario, pactado con el FMI, ha supuesto la anulación de los subsidios a prácticamente todos los precios, excluida la leche y el pan, y ello ha ocasionado una inflación del 40% en 1990 que no se ha visto compensada con aumentos salariales de importancia. La población que vive bajo el nivel oficialmente considerado como de subsistencia no deja de crecer y se encuentra ya cerca del 25%. El paro está empezando a ser visible a causa del estancamiento del mercado de trabajo, que impide a los jóvenes encontrar su primer empleo.

La reducción de los gastos estatales en el sector de los servicios sociales, que empezó ya a principios de los ochenta, ha arruinado la calidad de estos servicios y tanto la sanidad como la educación o las infraestructuras se encuentran en niveles bajo mínimos.

A esto se han añadido en 1990 tres fenómenos que han venido a dificultar aún más la vida económica húngara. La sequía, que ha supuesto unas pérdidas para la agricultura de unos 770 millones de dólares, la crisis del Golfo pérsico y la disminución del aprovisionamiento de petróleo soviético, que han encarecido en unos 200 millones de dólares la factura petrolera del país, y la disolución efectiva del mercado del CAME, especialmente los problemas en el mercado de la

Hungría es el país que más ha avanzado en la liberalización económica y la aparición de una economía de mercado.

Unión Soviética que recoge el 50% de las exportaciones húngaras.

Todo ello configura un panorama desolador en el que las medidas para la creación de una economía de mercado deben ser continuamente pospuestas hasta la resolución de los problemas que amenazan de inmediato el estrangulamiento de todo el sistema. *En las condiciones actuales, el gobierno tiene que elegir entre avanzar en la mercantilización o asegurar a su población una mínima protección vital.* La economía húngara carece de los recursos necesarios para hacer ambas cosas a la vez.

Uno de los requisitos de la mercantilización, y a la vez del saneamiento del presupuesto estatal, es *la liquidación o reducción de las grandes empresas deficitarias.* En este punto el Gobierno se encuentra ante un frente común de oposición formado por los gerentes empresariales afectados, los bancos comerciales implicados en estas empresas y el sindicato obrero heredado del viejo régimen.

Por lo demás, el ambiente político no podría ser más negativo para este saneamiento: el gobierno carece de un plan económico realista sobre los sectores a impulsar para ocupar a los desempleados que se producirían, y la población, acostumbrada al paternalismo estatal, es muy contraria a soluciones de riesgo. Por último, y más importante, los obreros de la gran industria a reconvertir no han participado en modo alguno en el proceso de transición a la democracia y no se

La reducción de los gastos estables en el sector de los servicios sociales ha arruinado la calidad de estos servicios.

sienten vinculados a este sistema que les pide ahora sacrificios.

Los trabajadores no aceptan la necesidad de la reestructuración y ni siquiera se preocupan por argumentar en términos económicos sobre la eventual posibilidad de salvar sus puestos de trabajo. Se han educado en un sistema que les consideraba el centro del mundo y se niegan a pasar a otra posición. Los sindicatos son en la actualidad una fuerza conservadora y anti-mercado.

Si la reestructuración deja de ser tema de debate para convertirse en una política real, es de prever una fuerte oposición sindical alimentada por los sectores nostálgicos del viejo régimen, aún muy numerosos. En la situación actual de abstención electoral y apatía política, el gobierno no puede sentirse lo bastante fuerte para tomar medidas tan impopulares, que provocarían una oposición muy destabilizadora.

La privatización de la propiedad empresarial es otro de los requisitos para la creación de una economía de mercado. El objetivo declarado por el principal partido gobernante, el Foro Demócrata Húngaro, es la reducción del sector estatal al 40% de la actividad económica en 1995.

Paradójicamente, el primer paso necesario para proceder a la privatización de las empresas fue su «reestatalización» a través de la creación de una Agencia de la Propiedad Estatal. Este paso fue obligado para evitar la llamada «privatización espontánea» que es-

taban llevando a cabo numerosos gerentes empresariales vendiendo sus empresas a inversores extranjeros, repartiendo los beneficios de la venta entre los miembros del Consejo Empresarial y asegurándose un puesto de trabajo bajo el mando de los nuevos propietarios.

En una economía socialista los títulos de propiedad empresarial no son necesarios; las empresas son del Estado pero no tienen personalidad jurídica propia, y la propia personalidad jurídica del Estado es «nebulosa». Ni el Derecho civil ni el administrativo están desarrollados y ello crea fuertes conflictos cuando se introducen elementos de economía privada de mercado. La «privatización espontánea» fue consecuencia de este vacío legal, simultáneo al vacío de poder de los últimos meses de gobierno socialista.

Ahora la Agencia de la Propiedad Estatal gestiona uno por uno todos los procesos de venta y en noviembre de 1990 había privatizado 60 de las 2.000 empresas elegidas para ser privatizadas. De éstas 60 empresas muchas son las mismas que sufrieron la «privatización espontánea», cuyos procesos se han revisado, y en conjunto sólo una minoría ha pasado a ser enteramente de propiedad privada. Todos los nuevos propietarios son extranjeros, algunos de procedencia húngara.

La lentitud del proceso privatizador está relacionada con *la inexistencia de capital local*, ni familiar ni empresarial. Esto significa que *la privatización sólo es posible a través de la inversión extranjera*, lo cual supone una diferencia muy importante respecto a otros procesos privatizadores recientes, como el inglés. Podría pensarse, como hacen algunos grupos, en soluciones de tipo cooperativo o de reparto masivo de acciones entre la población. De hecho existe un movimiento de creciente importancia, el de los Consejos Obreros, que está reclamando la propiedad empresarial para los trabajadores.

Sin embargo, *no existe la menor garantía de que una salida de este tipo, «socializadora» de la propiedad empresarial, no significara aún mayores presiones sobre el Estado para el mantenimiento subsidiado de las empresas.* Además, las tendencias inflacionistas serían fuertísimas: nadie duda de que la primera medida de los empleados convertidos en accionistas sería subir el sueldo y a continuación subir el precio de sus productos para asegurar el sueldo del mes siguiente. En caricatura, ésta es una de las claves del proceso inflacionario yugoslavo.

El hecho de que la privatización signifique necesariamente la penetración de capital extranjero en cantidades importantes es causa a su vez de temores entre los grupos nacionalistas que forman la coalición de gobierno. «El renacer de los valores húngaros», sea eso lo que sea, no parece un objetivo compatible con la rentabilidad de un país que no puede sobrevivir sin la ayuda financiera y la inversión exterior.

El Foro Demócrata Húngaro se propone limitar la participación extranjera a un 30% de la actividad económica nacional, pero esta limitación es sin duda demasiado optimista. La inversión extranjera sólo se dirige hacia los sectores saneados, empresas que son ya rentables o que podrían serlo sin grandes operaciones de reestructuración, entre otras cosas porque no confían en la posibilidad de un saneamiento pacífico. Además los inversores extranjeros encuentran todavía frenos importantes a causa de las inseguridades jurídicas aún no resueltas, de las dificultades para actuar en la maraña actual de intereses políticos, personales y estatales, y de la pobreza de las infraestructuras, especialmente el teléfono.

La privatización resultaría más fácil si se produjera una *descentralización empresarial* que permitiera a los inversores enfrentarse a unidades económicas medianas en vez de los conglomerados actuales. Esta descentrali-

zación es además necesaria para la creación de una auténtica competencia de mercado, impedida como se ha dicho por el carácter monopolístico y oligopolístico de muchos sectores.

Los Consejos Obreros son la principal fuerza favorable a la descentralización empresarial, que reclaman a la vez que la autogestión. Los gerentes se oponen a este despiece de sus empresas, puesto que obviamente perderían en la descentralización gran parte de su área de poder y disminuirían sus oportunidades negociadoras con el eventual inversor extranjero. Los partidos parlamentarios, formalmente favorables a la descentralización, en la práctica no la apoyan por temor a que el caos sea su consecuencia a corto plazo.

Por último conviene recordar que la decisión de crear una economía de mercado es en Hungría, como en los demás países del Este, la consecuencia racional del diagnóstico efectuado por las élites políticas e intelectuales, y *no el resultado de una presión liberalizadora en lo económico.* Dicho de otra forma, 40 años de economía estatal han destruido las fuerzas sociales y culturales autónomas que sostenían la economía de mercado anterior a la II Guerra Mundial, y ahora no resulta nada evidente que existan grupos sociales importantes interesados personal y materialmente en la mercantilización de las relaciones económicas.

Este es un problema crucial porque si no existe una presión social sobre el gobierno para avanzar en la liberalización, y el hecho

Los obreros de la gran industria a reconvertir no han participado en la transición a la democracia.

es que no existe, las presiones en sentido contrario, esas sí evidentes, se impondrán indefectiblemente y *la creación de una economía moderna de mercado (no ya próspera) puede convertirse en una meta inalcanzable durante decenios.*

Existe un peligro real de que la liberalización económica en el Este se detenga en el punto en que comienzan los conflictos sociales, punto al que han llegado ya Polonia y Hungría: una estructura en la que un inmenso sector estatal que agrupa entre el 70 y el 90% del empleo, con muchas empresas no competitivas, convive con el sector privado formado por el pequeño comercio, el campesinado semi-independiente y la pequeña empresa de servicios o de construcción de viviendas. En

este modelo sigue faltando la sociedad civil independiente sin la cual no existe democracia estable.

La comunidad internacional y especialmente los países europeos ricos no pueden permanecer cruzados de brazos observando el proceso y limitando su ayuda económica a la cicatería actual. Un frenazo en la liberalización provocado por la extensión de la pobreza y de la conflictividad social no significaría una recuperación sustancial del nivel de vida, sino únicamente un alargamiento de la crisis. Y esta crisis implicaría, en la lógica política de estos sistemas, nuevas irrupciones de la demagogia populista y nacionalista, y, en definitiva, una amenaza para la democracia y para la paz en el corazón de Europa.



ACTUALIDAD

5

LOS COMUNISTAS ITALIANOS De Livorno a Rimini

Lucio COLLETTI

Paolo Spriano, en su *Historia del Partido Comunista Italiano*, obra de 1967, definía ya el congreso de Livorno de enero de 1921, el congreso de la escisión entre socialistas y comunistas, como un «hito» destinado a renovar continuamente polémicas historiográficas y políticas. Entonces había pasado medio siglo o poco menos. Hoy, a setenta años de distancia, las polémicas historiográficas parecen adormecidas, mientras que se despiertan las políticas. ¿De dónde partir para una reconstrucción de aquel hecho?

Creo que el punto de partida debe ser el discurso con que Turati saludó a los comunistas que se iban del PSI, que acompañó su salida. Se trata de un discurso muy bueno, muy profético, que puede resumirse en estos términos: os alejáis en favor de una experiencia que estará destinada a un dramático fracaso. Hace años, no recuerdo ya en qué circunstancia, le pregun-

taron a Umberto Terracini si Turati había tenido razón o no, y Terracini, muy honestamente, dijo que Turati había tenido razón y los comunistas no. Es significativo, porque Terracini, en el seno del primer grupo dirigente del partido comunista recién nacido, estaba alineado en las posiciones más extremas, hasta el punto de enfrentarse en el Komintern con Lenin. En el 21, la ruptura se

produce en torno a un eje central que es la democracia política: la socialdemocracia ve el elemento de diferencia del bolchevismo y del leninismo en el hecho de que se debe avanzar hacia el socialismo a través de la democracia política, no a través de atajos. Es destacable el hecho de que la socialdemocracia de que hablamos sigue siendo la clásica, la marxista: Kautsky y Turati eran marxistas. Es sólo en la segunda posguerra cuando la socialdemocracia abandona la herencia marxista y cambia sus fundamentos ideológicos. Es importante subrayarlo porque la polémica leninista ha influido tan profundamente que muchos, finalmente, han acabado por creer que la socialdemocracia —y hablamos sobre todo de la socialdemocracia histórica y fundamental, la alemana— ya no tenía nada que ver con el marxismo. Naturalmente, detrás del problema de la alternativa entre democracia y atajo revolucionario se oculta una diversidad de análisis: la socialdemocracia se había mantenido fiel al análisis clásico de Marx, por el cual el tránsito al socialismo podía darse sólo en los países de alto desarrollo capitalista, es decir en Occidente y, más precisamente, en Alemania; Lenin, en cambio, con la teoría del imperialismo y del eslabón más débil, había llegado a hacer aparecer como una consecuencia del análisis marxista el hecho de que la revolución socialista se hubiese producido en un país como la Rusia zarista, a pesar de ser profundamente atrasado. Subrayadas estas diferencias, debe decirse que la socialdemocracia de esa época es marxista, es decir que comparte con los bolcheviques el programa último, la propiedad pública de los medios de producción y, por lo tanto, la abolición de la propiedad privada de esos medios. Los socialdemócratas logran hacer compatible tal objetivo con los mecanismos de la democracia parlamentaria, porque comparten aún la tesis clásica del marxismo según la cual, a medida que el capitalismo se desarrolla, se desgastan los sectores intermedios, la pequeña y mediana empresa, y la sociedad se va polarizando, teniendo en un

extremo a un grupo de magnates de la industria y de las finanzas, y en el otro a una masa proletaria acrecentada por la proletarianización de los sectores medios. El proletariado se convierte en una mayoría tal como para expresar a través del respeto a los mecanismos democráticos una solución política y proletaria. Y naturalmente tiene peso el hecho de que, a pesar de todo lo que se ha dicho acerca del carácter democrático de la socialdemocracia alemana, ésta nunca ha concebido una teoría del partido similar a la planteada por Lenin en su *¿Qué hacer?*

—Veamos concretamente cuáles fueron los puntos discordantes entre socialdemócratas y comunistas

—El primer punto de conflicto es el de la democracia política: la socialdemocracia alemana había asimilado el marxismo con la democracia política, porque había recibido una fuerte influencia del viejo Engels, aquel que había llegado a un replanteamiento del marxismo juvenil, abriendo un espacio al reconocimiento de la democracia política. Tal autocritica se asienta en el hecho de que es esencial a la transformación socialista la conciencia política de la clase obrera y del proletariado. Esta conciencia política es incluso la condición para que se pueda tener una expresión democrática y no puede ser eludida ni pasada por alto mediante ningún atajo revolucionario.

—Este es el primer punto de ruptura. ¿Hay algún otro?

—El otro punto de ruptura donde, a juzgar por los hechos consumados, parece que la socialdemocracia tenía razón a pesar de todo, reside en el hecho de que era imposible hacer una revolución socialista en un país atrasado como la Rusia zarista, porque los fenómenos de burocratización extrema, de concentración de todos los poderes en manos de una minoría de dirigentes, son fenómenos que presuponen precisamente una sociedad atrasada. Sobre estos dos puntos

fundamentales, yo creo que un análisis histórico objetivo, no sectario, debe reconocer la validez de las objeciones que la socialdemocracia hizo en aquella época. El discurso de Turati fue, pues, profético, no sólo por sus virtudes personales, sino porque de algún modo estaban justamente fundadas las argumentaciones que él extraía de la base ideológica y cultural de que disponía, es decir la de la socialdemocracia alemana, un gran partido que tenía un programa máximo y lo recogía del marxismo. Los programas de los partidos estaban divididos entonces en un programa mínimo y en un programa máximo. El programa mínimo contenía reivindicaciones concernientes a la democracia que entonces se llamaba burguesa: la difusión del sufragio, el papel de los sindicatos, de la cooperación y así sucesivamente, hasta proponer una posible forma republicana del Estado; el programa máximo contenía, en cambio, los principios que se consideraban indispensables para realizar la transformación socialista de la sociedad. Digo esto porque querría extraer una conclusión importante, importante hoy por lo menos desde el punto de vista político inmediato: que el reformismo actual no tiene nada que ver con Turati ni con Kautsky, por la sencilla razón de que, habiendo salido completamente del cauce del marxismo en la segunda posguerra, reniega de los objetivos últimos tradicionales de la doctrina marxista: es decir, en esencia, la colectivización de los medios de producción. Esto no significa que dicho reformismo considere pacífica, no conflictiva, la coexistencia de democracia y capitalismo: reconoce, por el contrario, que entre democracia y capitalismo sigue encendida una conflictividad que, naturalmente, puede alcanzar un grado mayor o menor. Sólo que al mismo tiempo reconoce también que la economía capitalista es la organización más eficaz para producir riqueza.

—Esta opinión suya sobre el reformismo tiene seguramente algunos aspectos que interesan a la actual situación italiana.

—Esta ligada con la cuestión que ha surgido en las discusiones políticas recientes acerca del nuevo nombre adoptado por el Partido Comunista Italiano. En ese nombre se han anulado completamente la referencia al socialismo y el nuevo grupo dirigente comunista defiende esta opción con el argumento, a menudo afirmado también por autoridades externas, de que la crisis no afecta sólo al comunismo sino también a las socialdemocracias. No se puede poner en un mismo plano un fracaso de proposiciones mundiales, trágicas, que han suscitado varios millones de víctimas, como es el fracaso del comunismo soviético, y la llamada crisis de las socialdemocracias occidentales. Son dos crisis que no pueden compararse, porque las socialdemocracias occidentales pueden tener todas las dificultades que queramos, pero han construido el Estado social, el llamado Estado del bienestar, donde la clase obrera de los países europeos occidentales ha tenido la posibilidad de alcanzar grados de ascenso económico, civil y político que todos conocemos. Es evidente que el Estado social ha generado unos inconvenientes, sobre todo el desarrollo de formas asistenciales que han acabado por perjudicar el desarrollo económico. Estos inconvenientes, sin embargo, no son tan graves, en mi opinión, como para impulsar a una restauración del librecambismo salvaje; evidentemente, quien no quiera apostar del todo por los automatismos del mercado, que además de equilibrio produce desequilibrios, preservará algo de las estructuras, aunque sean revisadas y modificadas, del Estado social creado por las socialdemocracias europeas.

—Volvemos a la valoración que el futuro PDS hace de una crisis que se ha definido a menudo como mundial.

—Inicialmente Occhetto planteó la cuestión en estos términos: ha fracasado el «socialismo real» tanto como las socialdemocracias, así que es necesaria una tercera vía. Se ha vuelto a proponer así esa hipotética tercera vía, uno de cuyos protagonistas

había sido Occhetto cuando, bajo Berlinguer, había llegado a ser miembro de la dirección y, finalmente, de la secretaría del partido. Esta tercera vía era el modo del que se había servido el Partido Comunista Italiano para declarar su rechazo de principio a transformarse en un partido socialdemócrata. Aquí está el punto fundamental: el partido comunista, en su gran mayoría (frente del «no», moción Bassolino y parte preponderante de la moción Occhetto con la única exclusión, pues, del ala reformista de Giorgio Napolitano), expresa, precisamente en vísperas del congreso de Rimini, es decir el congreso de la muerte y renacimiento, su rechazo a convertirse en un partido socialdemócrata en el sentido de las grandes socialdemocracias europeas, y lo hace buscando pretextos, aduciendo como motivo el hecho de que si el «socialismo real» está afectado por la crisis, tampoco se salva de ella la experiencia de las socialdemocracias occidentales. En este rechazo se percibe muy bien la persistencia del elemento comunista originario. El partido comunista ha nacido como partido leninista, con la base de un acto de condena radical de las socialdemocracias occidentales, que entonces eran marxistas, y tal acto de condena se repite tácitamente hoy de alguna manera, con gran comodidad, porque tiene la apariencia de una transformación extrema que supera incluso la fase de las socialdemocracias. Detrás de tal apariencia, en realidad se mantiene un prejuicio antisocialdemócrata que ha constituido el hilo conductor del Partido Comunista Italiano desde el congreso de Livorno hasta la muerte de Berlinguer, así como hasta la secretaría Natta y la secretaría Occhetto. Paradójicamente, ahora que el partido comunista no defiende ya la reivindicación de una economía colectivista, las socialdemocracias, que antes eran acusadas y denigradas por ser demasiado de derecha y por administrar la sociedad capitalista-burguesa sin abolirla, hoy son acusadas de ser demasiado de izquierda, es decir, ligadas aún a viejos esquemas. En consecuencia, el partido nuevo, en su nombre, en su enseña,

no contiene ninguna alusión al socialismo, en tanto signo de otra etapa.

—Por lo que usted dice me parece inevitable, pues, que el reformismo de hoy conserve su dimensión socialista.

—Completando el discurso sobre el reformismo contemporáneo, debe decirse que todo el razonamiento de modo más o menos episódico por el nuevo grupo dirigente comunista, para justificar el abandono de la palabra socialista, se manifiesta en verdad como falso y fundado en el vacío, porque en realidad el reformismo moderno y, por lo tanto, la tradición socialdemócrata contemporánea, están connotados y calificados por otras cosas: en el plano de la teoría económica y sobre todo de la política económica, las socialdemocracias contemporáneas se mueven en el cauce de la tradición abierta por Keynes y, por lo que respecta en particular al socialismo italiano, el punto de referencia ya no es Turati, sino —y no es casual— el socialismo liberal de Rosselli, es decir una posición en virtud de la cual se encuentran unidos aquellos que en el siglo pasado parecían enemigos clásicos: es decir, el liberalismo por un lado y el socialismo por otro. Porque el socialismo, con su mayor sensibilidad por el mundo del trabajo y, por lo tanto, por las formas de justicia social que son compatibles con una economía de mercado, se configura como una expansión de las instancias liberales, en el sentido de que acoge finalmente aquel elemento integrador de la tradición liberal clásica que fue expresado por el *New Deal* rooseveltiano: que todas las otras libertades, al no haberse superado la dependencia de la necesidad, se convierten en ventajas relativas.

—Al eliminar cualquier referencia al socialismo en el nuevo nombre, los comunistas han logrado también eludir la obligación de dar al PSI una respuesta sensata y coherente a la propuesta de la unidad socialista. ¿Usted qué opina al respecto?

—Yo creo que Craxi tiene razón cuando insiste en la unidad socialista y la contrapone a las otras fórmulas como unidad de la izquierda o alternativa de izquierda y así sucesivamente. Creo, no obstante, que no ha explicado bien estas razones. ¿Por qué para mí es justo reivindicar la unidad socialista? La unidad socialista no implica, por cierto, un acto de subordinación del partido comunista o ex-comunista al Partido Socialista Italiano. Debería implicar algo mucho más sencillo y razonable: que un partido comunista, registrando la conclusión —por no decir el fracaso— de su propia experiencia (y de alguna manera es esto lo que registra cuando decide el cambio de nombre y de símbolo), no puede tener otra salida natural que la de convertirse en un partido socialdemócrata de la izquierda europea. Nosotros nos encontramos en este aspecto frente al extraño hecho de que, por un lado, el Partido Comunista Italiano pide entrar en la Internacional Socialista, compuesta fundamentalmente por partidos socialdemócratas, y, por otro, se niega a compartir el terreno ideológico y político que caracteriza a las socialdemocracias europeas. Esto significa la unidad socialista: prescindiendo de las formas organizativas, la recomposición unitaria de las izquierdas en Italia puede producirse sobre bases claras si éstas son socialdemócratas, de socialismo democrático y liberal. Como alternativa a este significado fundamental, cualquier otra forma de unidad de la izquierda caería en una repetición de la vieja táctica frentista.

—**En una reciente entrevista en L'Unità, usted ha subrayado la supervivencia en el seno del futuro PDS de un fuerte sentimiento anticapitalista.**

—Tomemos la moción del «no» (Natta, Ingrao, Cossutta, Tortorella, etc.). Reivindicando el mantenimiento de la tradición y del nombre comunista, evidentemente reivindica al mismo tiempo la instancia de una superación del sistema capitalista. Esta instancia

de la superación del capitalismo está presente también en la moción Bassolino. También dentro de la moción de Occhetto encontramos discursos que aluden, aunque sea en formas más sutiles y ocultas, a la exigencia de traspasar los límites del sistema capitalista. Entonces nos encontramos frente a un Partido Comunista Italiano que, en la mayor parte de las varillas que componen el abanico actual, reivindica, aunque lejana, una perspectiva de tipo anticapitalista, afirmando no obstante ser la única fuerza auténticamente reformista, pero negándose al mismo tiempo a llamarse socialdemócrata. La unidad con un partido comunista, aunque sea con el nombre cambiado, caracterizado por estas posiciones, volvería a tomar la forma de una unidad de la izquierda según los viejos módulos, es decir, según los módulos frentistas. Y esto es importante decirlo, porque una recomposición de la izquierda en Italia, que se produzca con un gran partido comunista alineado en una posición anticapitalista, da lugar a una «alianza» destinada al fracaso, porque la izquierda puede triunfar, en Italia o en las demás sociedades industriales avanzadas europeas, sólo a condición de que llegue a afirmarse en el centro, es decir de que conquiste también el consenso y la confianza de los sectores pequeño y medio burgueses, los llamados sectores intermedios que, frente a una perspectiva de superación del capitalismo, sabemos bien cómo se comportan: reaccionan tapándose la nariz, pero votando a la Democracia Cristiana a falta de algo mejor.

—**A setenta años de Livorno y después de los hechos de 1989, muchos esperaban que fuese más inmediata una recomposición de la izquierda. Usted, en cambio, parece plantear una situación aún inmutable y destinada a seguir igual.**

—Naturalmente todos nosotros, expectativas personales aparte, esperamos que de un momento a otro ocurra algo en la izquierda, porque nos resulta difícil imaginar que, aun

después de la tragedia y el derrumbe del comunismo soviético, el Partido Comunista Italiano, cualquiera que sea su nuevo nombre, pueda continuar siendo una fuerza que, más allá de las intenciones, acabe frenando la recomposición unitaria de la izquierda italiana. Con esto, por razones de claridad, no es que yo quiera librar de sus responsabilidades a los dirigentes del Partido Socialista Italiano.

Compruebo, no obstante, que persiste aún en el Partido Comunista Italiano un prejuicio maximalista y sectario que, sin duda, no facilita la recomposición de la izquierda en Italia.

Entrevista de Mauro Martini
Traducción: Mario Merlino



ANÁLISIS Y DEBATE
1

LATINOAMÉRICA Y EL FINAL DE LA GUERRA FRÍA

Jorge G. CASTAÑEDA

Suceda lo que suceda últimamente en China, la Unión Soviética y Europa del Este, el final de la Guerra Fría ya afecta en forma extraordinaria al resto del mundo. Obviamente, Europa del Este siente más que muchas regiones la transformación radical de las relaciones internacionales, pero las consecuencias a largo plazo en otras áreas del globo no son menos significativas. Esto es cierto, en particular, para el Tercer Mundo. Si alguien sufre el impacto de la naturaleza destructiva de la Guerra Fría son las naciones pobres y atrasadas de África, Asia y Latinoamérica. Durante casi medio siglo, estas naciones han servido de campo de batalla para la confrontación de superpoderes, «fría» o «templada», encendida sistemáticamente.

Es interminable la lista de conflictos Este-Oeste en el hemisferio sur desde que concluyó la II Guerra Mundial: empieza con las guerras anti-coloniales de los cincuenta y sesenta, y continúa en las luchas ideológicas de principios de los ochenta, de los arrozales en el sudeste

asiático a las selvas de Centroamérica; de los desfiladeros helados de Afganistán a los trópicos sofocantes de Africa Sudoccidental.

Si la reducción dramática de las tensiones entre superpoderes implica la eliminación virtual del riesgo de una guerra nuclear para estadounidenses, soviéticos y europeos, para los habitantes de las regiones más pobres del globo significa el mismo descanso de la amenaza de extinción, más un regalo: la esperanza de borrar uno de los principales factores que han exacerbado conflictos en su tierra por más de medio siglo.

En Latinoamérica, la conclusión de la Guerra Fría da un efecto mezclado. Hay un aspecto evidentemente positivo y hay implicaciones negativas. Un efecto favorable se relaciona con la política estadounidense hacia la región. Dejando a un lado la reciente invasión a Panamá, existen razones para creer que la situación internacional influirá decisivamente en la forma en que Estados Unidos aborda al hemisferio en general, y los problemas de cambio social, revolución y reforma en Latinoamérica.

Al reducir —y eventualmente eliminar— la realidad y la creencia de una amenaza soviética a su seguridad, la nueva relación entre superpoderes redefine los estreñimientos y los márgenes de la política estadounidense en Latinoamérica; se desvanece su apuntalamiento antisoviético, geopolítico, en el hemisferio.

En gran medida, el antisovietismo estadounidense es ya anacrónico, aun cuando las consecuencias de su eliminación no sean aún del todo evidentes. Nunca logró tanto apoyo fuera como domésticamente. Aun en el clímax de la Guerra Fría, Estados Unidos rara vez obtuvo el apoyo del resto del hemisferio —no digamos del mundo— cuando intervino en las cuestiones latinoamericanas. Su aproximación antisoviética en los asuntos del subcontinente obtuvo su respaldo pleno una sola vez: durante la crisis de los misiles en territorio cubano, cuando pareció indiscutible la amenaza soviética a su seguridad. Fue notoria la suspensión de relaciones diplomáticas y en muchos casos económicas de la mayoría de los países latinoamericanos en Cuba, sobre todo por su excepcionalidad, que respondía a poderosos impulsos locales, anticomunistas.

Prácticamente ninguna nación latinoamericana siguió a Estados Unidos en sus acciones contra Perú a finales de los sesenta, ni contra Chile a principios de los setenta, o contra Nicaragua después de 1981. En cuanto al resto del mundo, la retórica y la estrategia antisoviética de Washington en Latinoamérica se percibieron más como una forma de defender otros intereses que como base genuina de su política. Pero en materia doméstica, dado que existía apoyo para su involucramiento en la región, obtuvieron un respaldo importante de los sectores de la sociedad estadounidense convencidos de la existencia de una amenaza soviética «en su propio patio trasero».

En realidad, como sucede con cualquier fundamento ideológico para asuntos externos, la hostilidad estadounidense a la presencia o amenaza soviética en Latinoamérica tenía algunas bases, y fue también instrumento para aglutinar al electorado doméstico en favor de las políticas que buscaban otros objetivos.

El antisovietismo estadounidense nunca fue del todo cínico y deshonesto, ni tan altruista o válido como para intervenir en el área. Pero fue un ingrediente indispensable en su política hacia la región. Sin éste, son incomprensibles la bahía de Cochinos y la Alianza para el Progreso, el respaldo a las «dictaduras de seguridad nacional» en Brasil, Uruguay, Bolivia, Argentina y Chile durante los sesenta y principios de los setenta; los rescates sucesivos a la deuda mexicana multimillonaria en dólares; los contras en Nicaragua en los ochenta.

Si continúa la tendencia actual en las relaciones entre los superpoderes, es inevitable que se erosionen las motivaciones tradicionales y los pretextos consabidos para una intervención estadounidense. Es obvio que Estados Unidos continuará interviniendo en los asuntos latinoamericanos —Panamá es un claro ejemplo— y seguirá oponiéndose a ciertas formas de cambio social en el hemisferio. Pero no podrá hacerlo invocando temores geopolíticos o de seguridad hacia la Unión Soviética. La justificación ideológica acostumbrada por Washington para involucrarse militarmente en Latinoamérica, ya no está a la mano, no es creíble. Aun la reciente intromisión en Panamá difirió radicalmente de los casos previos de intromisión. La administración Bush en ningún momento justificó o explicó su acción con argumentos antisoviéticos, de Guerra Fría; ninguna de las razones ofrecidas por la Casa Blanca tuvo que ver con una rivalidad de superpoderes.

Este cambio positivo, que sin duda amplía el campo de acción de muchas naciones del hemisferio, conlleva también desventajas importantes. La más seria, quizá, se deriva directamente de la eliminación de la base antisoviética para la política estadounidense en el hemisferio. Gorbachov ha dejado a Estados Unidos sin adversario en una área donde el enemigo, aunque real sin duda, nunca estuvo tan presente ni fue tan avasallador como hizo creer Estados Unidos. En consecuencia, otros motivos sustitutos —la lucha contra las drogas, y en menor medida, el freno a la inmigración— empiezan a llenar el vacío ideológico rápidamente. El imperio maligno del Este (soviético/comunista) abre paso a la barriada maligna del Sur (productora de drogas/generadora de inmigrantes).

El sufrimiento de las drogas como faceta importante de la política estadounidense hacia la región, no comenzó con el deshielo de las relaciones Este-Oeste. La lucha contra las drogas ha jugado un papel importante en la política estadounidense hacia México, los países andinos y Cuba durante algunos años. Este papel fue claramente «intervencionista», y las drogas sirvieron como vehículo para la intromisión de Es-

tados Unidos en los asuntos internos de muchas naciones latinoamericanas. Al paso de los años, surgieron formas altamente entrometidas de cooperación, incluyendo el respaldo estadounidense a las autoridades colombianas —extensivo a la contra-insurgencia—; el establecimiento de una base de la DEA (Drug Enforcement Administration) en el valle del Alto Huallaga en las montañas peruanas; el envío de destacamentos militares a Bolivia en 1987 y, recientemente, el secuestro de un ciudadano mexicano en México para llevarlo a juicio dentro de Estados Unidos. Pero si bien las drogas son un asunto viejo en sus relaciones con Latinoamérica, a últimas fechas adquirieron importancia en las relaciones hemisféricas, por el advenimiento de las drogas como un asunto de política interna y la eliminación de otras justificaciones ideológicas para su política.

No es accidental que la invasión de Panamá se presente, al menos subliminalmente, como una acción antidrogas, esto es: su popularidad dentro de Estados Unidos se debe, en gran medida, a que se percibe a Noriega como narcotraficante. La primera intervención estadounidense en Latinoamérica sin la envoltura de la Guerra Fría, es también el primer intento de Estados Unidos por justificar el uso de la fuerza en el exterior en términos de lucha anti-narcóticos. Por supuesto, esta sustitución de la Unión Soviética por las drogas como amenaza a su seguridad no se limita a Panamá. La militarización creciente de la frontera con México, el intento de enviar portaviones a las aguas internacionales frente a la costa de Colombia (sin consultar a las autoridades colombianas) y el papel más amplio de las fuerzas armadas que patrullan las rutas de la droga en el Caribe, muestran que las drogas se han convertido en algo más que un tema en la agenda interamericana, y se vuelven un asunto hemisférico con peligrosas implicaciones para la soberanía latinoamericana, conforme Estados Unidos propone formas de cooperación más entrometidas.

La inmigración no ha logrado todavía esa condición, en parte por falta de consenso dentro de Estados Unidos, y porque su impacto emocional no pertenece todavía a la misma liga que las drogas. No obstante, es muy probable que el tema desarrolle importantes implicaciones de política exterior, conforme se hagan evidentes los efectos no planeados del Acta de Inmigración y Control de 1986 —notoria, masiva y continua entrada de extranjeros indocumentados— y se empiecen a sentir los efectos previsibles de los 10 años de estancamiento económico latinoamericano— desempleo extenso, caída de salarios y, como resultado, un éxodo masivo hacia el norte.

Mientras esto ocurre, existen muchas razones para temer que la inmigración ocupe un papel creciente en la política exterior estadounidense hacia los países que generan migración, en vez de ser un asunto interno con implicaciones esporádicas y secundarias para la política externa. Si la inmigración —legal o no, documentada o no— comienza a verse

como una amenaza importante para el bienestar, la seguridad e incluso la identidad nacional estadounidense, quizá los veremos tratar este asunto en la misma forma que las drogas. Las raíces del problema se buscarán de nuevo en el exterior —en este caso quizá más justificablemente— y las soluciones hipotéticas habrán de localizarse con más frecuencia en los países de origen.

A largo plazo, parece dudoso que estos sustitutos del antisovietismo estadounidense sean tan efectivos o tan nocivos a la soberanía y la libertad de acción latinoamericanas como su precursor. Las drogas y la inmigración son motivos ideológicos menos duraderos y universales, y abarcan menos que el anticomunismo. Los nuevos asuntos carecen del tipo de consenso doméstico sin el cual no pueden perdurar. Pero a corto plazo pueden generar más tensiones y ser más perniciosos para los intereses latinoamericanos que la tradicional ideología de Guerra Fría; están ligados más íntimamente a la política interna estadounidense; tocan con más crudeza los valores emocionales que los geopolíticos; se prestan a formas más entrometidas de cooperación; extraen lo peor de la conducta estadounidense internacional (arrogancia, autojustificación, omnipotencia) y subliman lo mejor (generosidad, multilateralidad y apego a los principios). Esta desafortunada tendencia puede agravarse si los sucesos terminan por confirmar la tesis de la «Fortaleza América». Muchos académicos en Latinoamérica y en otras partes han sugerido que conforme emerjan otros bloques regionales de comercio en Europa y Asia, y mientras Estados Unidos continúe perdiendo su fuerza relativa en la economía mundial, retornará a su esfera de influencia tradicional, Latinoamérica, en una especie de «aislamiento hemisférico». Entonces las drogas y la inmigración no serán sólo justificaciones para intervenir y coartar la soberanía latina, sino una fachada para una nueva expresión, puramente económica, de la Doctrina Monroe. Y aunque este punto de vista pueda ser exagerado o reflejar un grado excesivo de autoimportancia latinoamericana, está bastante extendido. Y puede que no sea del todo falso.

Latinoamérica puede verse afectada negativamente por la conclusión de la Guerra Fría de modo distinto. El final de la rivalidad de los superpoderes, vista por el mundo, implica la eliminación de un contrapeso en los asuntos internacionales, útil en el pasado a muchas naciones de Latinoamérica. Pocos gobiernos del continente se han atrevido de verdad a enfrentar un superpoder contra otro, como lo hacen con frecuencia los regímenes en otras partes del mundo —del Norte o del Sur—. La táctica india, china, egipcia, incluso francesa, de coquetear con un superpoder para congraciarse con el otro nunca fue por entero creíble en Latinoamérica, y se ha buscado únicamente en casos excepcionales o extremos. La compra de Migs soviéticos por los militares peruanos en los setenta, la venta de grano argentino a la Unión Soviética durante el embargo estadounidense en los ochenta, y otros pocos ejemplos significativos, agotan con rapidez la lista de precedentes al respecto.

No obstante, la importancia del contrapeso ha sido bastante evidente: el bloque soviético, la «opción japonesa» presente siempre como espejismo sin materializarse para Latinoamérica, o incluso Europa Occidental.

Durante los setenta y a principios de los ochenta, muchos gobiernos latinoamericanos cortejaron a Europa Occidental, en especial a sus partidos socialdemócratas, como posibles socios alternativos a los Estados Unidos. En particular, la crisis centroamericana aumentó la necesidad y la viabilidad de una participación de la Internacional Socialista en los asuntos del hemisferio. Es una paradoja trágica que al mismo tiempo que la Unión Soviética y el bloque socialista desaparecen como contrapeso efectivo, Europa Occidental retire gradualmente su escasa participación en Latinoamérica, precisamente por los sucesos de Europa Oriental. La evaporación del contrapeso europeo hará, inevitablemente, más significativo al soviético —nunca usado en su totalidad aunque siempre disponible—.

La idea generalizada de un disuasivo soviético para las ambiciones y rienda suelta estadounidense siempre estuvo presente en muchos líderes políticos latinoamericanos. Era evidente que la existencia del «otro lado» —un superpoder militar y quizá políticamente igual a Estados Unidos—, era un freno adecuado e incluso efectivo a la política de Estados Unidos, país que no podía hacer en Latinoamérica lo que quisiera, entre otras cosas porque estaba en juego la regla de las simetrías y de la acción —respuesta mundial, a pesar de la aceptación soviética tácita de la esfera de influencia estadounidense.

Si Estados Unidos intervenía descaradamente en Latinoamérica o ignoraba las reglas básicas de derecho o conducta internacional, decía la teoría, la Unión Soviética podría usar estas faltas contra Washington —quizá no en Latinoamérica pero sí en otras partes. La política de Ronald Reagan hacia Centroamérica mostró que ese punto de vista era ingenuo en extremo. Y las acciones de George Bush en Panamá, de la invasión en sí misma a las acciones tomadas contra las embajadas de Cuba y Nicaragua, por no mencionar aquellas contra la legación del Vaticano mientras estuvo ahí Manuel Antonio Noriega, demostraron que la disuasión soviética ya no funcionaba. No hubo razones para que Estados Unidos temiera represalias en algún lugar del mundo por violar toda norma concebible de protocolo, inmunidad o asilo diplomático.

A pesar de las consecuencias serias y potencialmente negativas de estas tendencias, la mayor preocupación que genera en Latinoamérica el final de la Guerra Fría es de naturaleza económica. Los gobiernos y élites, en especial aquellos que apostaron al financiamiento externo para la reestructuración doméstica en concordancia con los lineamientos del llamado mercado libre, temen que los sucesos en Europa Oriental reduzcan las posibilidades de obtener los recursos que necesitan. El pro-

blema tiene tres aspectos separados, pero se cuecen en uno solo: la percepción latinoamericana de que ahora más países compiten por el mismo pastel y que habrá menos para repartir. En primer lugar, los países mayores temen que los flujos de inversión y crédito privados se desvíen de la región y se dirijan a los nuevos capitalismos de Europa Oriental. Este fue claramente el fondo de los viajes a Europa y Asia que los presidentes Carlos Salinas de Gortari, de México, y Fernando Collor de Mello de Brasil, realizaron a mediados de 1990. Los líderes de la mayores economías del continente enfatizaron su preocupación de que, en palabras de Salinas, «la fascinación mundial por los eventos de Europa del Este no desvíe la atención ni los recursos de otros países.» Pero el motivo de los viajes fue, en gran parte, el temor de que los acontecimientos en Europa tuvieran precisamente esas implicaciones.

A corto plazo, y en términos agregados, esta preocupación específica no parece muy bien fundada. Aunque es indudable que algunas inversiones y créditos destinados originalmente a México y Brasil puedan acabar en Hungría, Polonia o Checoslovaquia, esa desviación en el goteo no se convertirá en una inundación de la noche a la mañana. Sólo en el caso de Alemania Oriental se harán sentir de inmediato flujos sustanciales de inversión extranjera, y no es claro que se hubieran canalizado a Latinoamérica en otras condiciones.

En cuanto a las expectativas razonables de crédito e inversión para las principales economías latinas, la pérdida neta por Europa Oriental deberá ser insignificante a corto plazo. Las anteriores economías socialistas no pueden absorber rápidamente grandes cantidades de dinero del exterior, los grandes bancos y corporaciones no se lanzarán a aventuras románticas, y de cualquier modo nunca estuvo disponible mucho dinero para Latinoamérica.

El miedo a quedar fuera de la jugada tiene más fundamento en cuanto a los flujos financieros oficiales y multilaterales. Es obvio que el Congreso estadounidense, el gobierno japonés y la Comunidad Económica Europea —en especial la República Federal Alemana—, están más interesados en canalizar los fondos de los contribuyentes, directa o indirectamente, a Europa Oriental que a Latinoamérica. Ejemplos concluyentes de esta disposición vienen a ser, entre otros, los paquetes de ayuda del Congreso estadounidense para Polonia y Hungría, la reducción de 10 a 4 millones de dólares en la ayuda japonesa a Latinoamérica en los próximos cinco años (los 6 mil millones de dólares restantes se redestinaron a Europa Oriental), y el establecimiento del Banco Europeo de Reconstrucción y Desarrollo.

El desvío de los flujos de ayuda gubernamental afecta principalmente a las naciones latinas que reciben ayuda, y excluye a las economías mayores como Brasil, México y Argentina, que obtienen de parte de Estados Unidos y Europa sólo asistencia marginal para el desarrollo (es re-

lativamente más importante la ayuda de Japón en este punto). La preocupación es mayor en las naciones latinas más pequeñas que tradicionalmente cuentan con ayuda estadounidense y que, en casos como Nicaragua o Panamá, la necesitan enormemente aunque sólo sea para compensar su destrucción previa, fraguada por Estados Unidos. Pero la otra faceta de este problema —los recursos del Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional (FMI)— afecta directamente a todo el hemisferio, y su impacto puede ser devastador en las economías mayores.

El Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional han sido siempre una parte importante en el financiamiento de Latinoamérica, pero nunca tan decisivamente como hoy. De hecho, los paquetes de restructuración de deuda más importantes de los últimos años, incluyendo los acuerdos recientes con Venezuela y México, se basan todos en otorgar préstamos multilaterales en vez de préstamos de balanza de pagos bancarios tradicionales. Es más, como este proceso lleva un tiempo operando, los pagos principales de deudas previas están por vencer, al terminarse los periodos de gracia. Dado que el Banco Mundial no retira sus pagos de capital, pero en teoría concede nuevos préstamos para mantener flujos positivos en sus deudores, se hacen necesarios nuevos préstamos importantes para Latinoamérica, tan sólo para no perder terreno, no se diga para compensar créditos bancarios comerciales perdidos. Los nuevos préstamos a Europa Oriental habrán de situar, inevitablemente, más presiones a las capacidades de estas agencias. Un incremento a los capitales del Banco Mundial y el FMI facilitarían las cosas, pero la competencia por mayor financiamiento, estimulada por este incremento, nulificaría su efecto en Latinoamérica.

Más allá de los aprietos financieros inmediatos que puedan resultar de los acontecimientos en lo que alguna vez se llamó el «bloque socialista», existe un efecto adicional que puede ser más intangible. Por ahora, hay un claro desvío de atención: Latinoamérica está menos que nunca bajo el reflector de los asuntos mundiales. Y la atención es decisiva, pues el tipo de financiamientos del exterior que intentan atraer gobiernos como el de Salinas en México, Collor de Brasil, Menem de Argentina y Carlos Andrés Pérez de Venezuela, es privado, diverso y, al menos en parte, de pequeña y mediana escala.

Las grandes corporaciones multinacionales o megabancos no harán decisiones repentinas basándose en encabezados de periódicos o en pura «atmósfera». Pero las firmas pequeñas o medias, o las grandes compañías sin experiencia en el extranjero actúan hasta cierto grado de acuerdo a la sensación general y a un clima superficialmente favorable para los negocios.

Por desgracia, el hemisferio está pasado de moda, quizá fuera de época. Y conforme pasa el tiempo sus precauciones pueden ser justificadas. Es paradójico que después de tantos años de preocuparse por la

excesiva intromisión estadounidense, Latinoamérica pueda sufrir por la indiferencia de Estados Unidos, aunada a la tradicional, relativa falta de interés del resto del mundo. Conforme se desvanece la motivación geopolítica de Estados Unidos hacia la región, su componente económico puede también encogerse. El hemisferio podría muy bien encarar un prospecto de «africanización» —condenado a los márgenes del flujo comercial y financiero mundial y, además, inevitablemente, al abandono y la irrelevancia. Cautivo en la hebra de una tensión contradictoria y perversa: entre las nuevas formas de intervención estadounidense en sus políticas internas y las nuevas expresiones de indiferencia estadounidense y mundial a sus necesidades.

Al margen de estas tendencias económicas e internacionales, el final de la confrontación de superpoderes dejó ya una marca inmediata y duradera en Latinoamérica. En cada nación del hemisferio tiene lugar una importante transformación política conforme los partidos, los movimientos y los regímenes de izquierda y centro-izquierda de la región se ajustan —o dejan de ajustarse— a los enormes cambios que tienen lugar en Europa Oriental, la Unión Soviética y el «bloque socialista» en general. Para la izquierda latina, estos cambios son aterradores a corto plazo: obsérvense las elecciones de Nicaragua y la forma en que lanzaron a las fuerzas regionales de la izquierda hacia una depresión colectiva. No obstante, si al menos una parte de esta izquierda prueba su capacidad de adaptarse a la nueva situación mundial, a largo plazo los acontecimientos en el «bloque socialista» pueden acabar siendo lo mejor que pudo pasar en muchos años.

La izquierda ortodoxa, tradicional en Latinoamérica, fue devastada por el colapso del «socialismo en una región» y por las reformas profundas llevadas a efecto por Mijail Gorbachov en la Unión Soviética. La «crisis» diezmó a los partidos comunistas tradicionales, y de por sí muchos de ellos se habían debilitado en años recientes. Pero la devastación no se limitó a la izquierda ortodoxa: de uno u otro modo ha ocurrido a todo lo ancho. Afectó con severidad a las organizaciones político-militares castristas que surgieron en Centroamérica después de finales de los setenta. Golpeó a los movimientos con tendencias socialdemócratas, ya fueran radicales (Brasil) o moderados (Chile y México), que emergieron en Latinoamérica en años recientes y que estaban mejor preparados que otros grupos para lo que ocurrió. Tocó incluso a los partidos socialdemócratas más conservadores (Venezuela, Costa Rica), aunque mucho menos que a ningún otro sector de la izquierda.

El paradigma socialista le era fundamental a la izquierda en Latinoamérica. Todas las críticas dirigidas por los partidos o los individuos de la izquierda en el hemisferio hacia el «socialismo realmente existente» durante los últimos treinta años —muchas profundamente sustanciales y sinceras— se formularon dentro del marco del paradigma socialista. Cuba misma se volvió parte de este paradigma, aunque originalmente

muchos izquierdistas la vieron como una alternativa o una revisión fundamental del socialismo existente en la Unión Soviética y Europa Oriental.

Cada partido, movimiento, gobierno e intelectual progresista añadía, restaba o «rectificaba» aquellos aspectos de la realidad soviética, y más tarde cubana, que requerían cambios. No obstante, había siempre una vinculación subyacente con la Unión Soviética, y luego con Cuba. Era la base para una alternativa: la matriz se ajustaría a las peculiaridades locales, una vez destinados los rasgos inaceptables o las omisiones decisivas que cada sector de la izquierda juzgaba relevante. Como tal, el fin del paradigma —su virtual disolución de la noche a la mañana en Europa del Este, su revisión en la Unión Soviética y su irrelevancia obsoleta en Cuba— significa la desaparición del punto de referencia izquierdista para concebir una alternativa al estado actual de Latinoamérica. Aun los impresionantes logros de la revolución cubana en educación y salud, y en la erradicación de la pobreza extrema en la isla —el aspecto más atractivo del experimento cubano—, se perciben como poco deseables, poco viables, o ambos, por ser muy costosos y demasiado estatistas. Se cuestiona con severidad la sola idea de una alternativa global, de cualquier tipo, al *statu quo*. Ahora, es imposible para la izquierda pensar fuera de los parámetros existentes de la realidad latinoamericana actual. Más aún, la idea misma de revolución que durante décadas fue axial para el pensamiento radical latinoamericano, ha perdido su significado. La crisis de la revolución no surge porque hayan cambiado las causas que fundamentaban su inevitabilidad y su pertinencia; ahora están más presentes y son más relevantes que nunca. Pero se desvaneció la idea de revolución porque su resultado se volvió poco atractivo, o inimaginable, y porque, después de las elecciones de 1990 en Nicaragua, también se hizo reversible.

La reversibilidad de experiencias teóricas decisivas para la izquierda —sobre todo la del gobierno de Unidad Popular dirigido por Salvador Allende en Chile de 1970 a 1973— pudo explicarse en última instancia, en términos de traición militar (Chile, 1973; Brasil, 1964), intervención estadounidense (Guatemala, 1954; Granada, 1983), o por los errores y la ingenuidad de la izquierda. Pero la derrota del Frente Sandinista en las elecciones de 1990 fue un rechazo de la gente misma, si bien sometida a coacción o incluso chantaje. Significó que el proceso revolucionario podía revertirse no sólo por la fuerza, sino libre y pacíficamente, con el consentimiento y aun el apoyo entusiasta de aquellos que lo pusieron en marcha.

Bajos estas nuevas condiciones, los revolucionarios no pueden sobrevivir. Pero sin revolucionarios la idea de revolución se evapora o está condenada a prosperar sólo bajo condiciones extremas, como aquellas del altiplano peruano. La gente no se muere, va a prisión, resiste la tortura, o dedica años de sus vidas a pelear por algo que no pueda ubi-

carse o pensarse en términos concretos y que no sea definitivo. Ahora que el FMLN en El Salvador gira hacia una solución negociada de la guerra civil, Sendero Luminoso bien puede ser la última organización revolucionaria en Latinoamérica, en gran medida porque su aislamiento del resto del hemisferio lo hace relativamente impermeable a la desaparición del paradigma revolucionario y al corolario de su permanencia. Este fin hipotético de la revolución no implica ningún tan llamado «fin de la historia», pero sí conlleva el fin de ciertas ideas de la historia.

Desde el siglo XIX, con el principio del pensamiento socialista y subsecuentemente marxista, la idea de un futuro diferente —e implícitamente mejor— fue una constante en los movimientos progresistas contra lo establecido. El futuro no habría de ser tan sólo algo más que el presente, sino un estado de existencia sustancialmente distinto, ontológicamente superior. De hecho, la noción de progreso fue central en esta enorme corriente de pensamiento, pero el progreso implícito no fue nunca lineal por naturaleza. Esta visión del mundo se entramaba a la perfección con las raíces u orígenes católicos de muchas partes de la izquierda latinoamericana, y se ensamblaba muy bien con las características particularmente repugnantes e inaceptables del presente eterno del hemisferio (mientras peor se viera el presente, más importante era la idea de un futuro cuantitativamente mejor).

La influencia católica, la noción marxista del progreso y la desesperanza del intelectual latino inmerso en un estado de cosas siempre deprimente, se conjugaron en el pensamiento contemporáneo de la izquierda latinoamericana: el futuro incluía la redención, la revancha y un encuentro final en que el bien triunfaría sobre el mal, el pobre sobre el rico, el indígena sobre el extraño. La desaparición del paradigma socialista en Latinoamérica la dejó, por así decirlo, sin futuro. Por ahora, la visión de un estado superior de cosas no es ya creíble y, en consecuencia, ya no es funcional. Lo único que queda es la lucha por un futuro que en esencia es extensión del presente.

La caída del paradigma va más allá de los sectores de la izquierda identificados directamente con la experiencia socialista. De hecho, el colapso de los modelos soviético, europeo oriental y cubano, desacreditaron los tópicos y políticas que fueron caros al progresista latinoamericano de centro-izquierda, siempre nacionalista, pero nunca expresamente socialista o «marxista-leninista». Esto es cierto, en particular, para un punto común a todo sector de la izquierda latinoamericana, desde el margen radical hasta el centro moderado: el papel del Estado en la política económica y social.

Si la Unión Soviética, Europa del Este y Cuba fueron fracasos, entonces las políticas que aplicaron, en especial en el campo de la economía, son claramente responsables de esos fracasos. Y entre estas políticas, para Latinoamérica fue relevante, sobre todo, el papel primordial

del Estado en la economía. Un Estado ampliamente propietario en el sector económico, subsidios a todo lo ancho, y al menos la pretensión de una red de seguridad social, fueron rasgos importantes del desarrollo latinoamericano de la posguerra, junto con una industrialización orientada a la sustitución de importaciones. Debido a sus propias contradicciones, pero también por asociación con el «socialismo en bloque», este modelo de desarrollo llegó a verse como algo particularmente pernicioso. Lógicamente, el hecho de que Europa del Este y la Unión Soviética abandonen el modelo económico de planeación central constituye un precedente —y una razón adicional— para reducir drásticamente el papel del Estado en la economía latinoamericana.

La izquierda moderada perdió ya parte de su paradigma, en favor de las políticas económicas conservadoras implantadas en las naciones latinoamericanas desde mediados de los ochenta. La crisis de la deuda y sus interminables renegociaciones, y el condicionamiento que acarrea cada nuevo acuerdo en función de las reformas económicas estructurales promovidas por el Banco Mundial y la comunidad financiera internacional, debilitaron dramáticamente al «Estado benefactor latinoamericano». Más aún, el advenimiento de la «revolución conservadora» de Ronald Reagan, que tuvo quizá más impacto fuera que internamente, significó que las políticas de libre mercado, las aproximaciones abiertas de comercio e inversión y una total dependencia hacia el sector privado, se consideraran la receta probada para el éxito económico en Latinoamérica. Esta creencia se implantó por la percepción de que habían funcionado en países como Estados Unidos y la Gran Bretaña de Margaret Thatcher, y eran responsables del exitoso desarrollo asiático —Corea del Sur, Taiwán, Hong Kong y Singapur—. Así, el cambio de un desarrollo económico subsidiado, protegido, hacia adentro, propiedad del Estado, a un modelo de «libre mercado», se abrió camino en Latinoamérica antes de seguir una tendencia mundial y al fracaso o agotamiento de aproximaciones previas, que a un análisis cuidadoso de su posible funcionamiento.

Los modelos existentes se asociaron a la izquierda y al fracaso, mientras la nueva alternativa, supuestamente moderna, se identificó con el éxito en otros países y con la derecha latinoamericana. No se consideró, simplemente, que en países como Brasil y México, el modelo previo de desarrollo no lo puso en práctica la izquierda, sino los militares en el primer caso, y la institución de un solo partido —el PRI— en el segundo. Tampoco se tomó en cuenta que «los tigres asiáticos» no siguieron para nada las políticas radicales de «libre mercado» —y mucho menos Japón— y que el alcance de los éxitos económicos de Ronald Reagan y Margaret Thatcher fuera relativo y discutible.

Al momento en que la Unión Soviética y Europa Oriental entraron a escena, el molde estaba forjado; los sucesos en esa parte del mundo confirmaron las ideas y certezas previas. Se asoció a la izquierda latinoame-

ricana —injustamente— a las políticas económicas fracasadas, descartadas del mundo socialista: la derecha se avocó a los mismos cambios operados en las naciones previamente socialistas. La izquierda se encontró así ante la imposibilidad de ganar. O se plantaba en sus afirmaciones —que no eran realmente suyas, pero a las que había sido lanzada— y defendía lo indefendible (una economía subsidiada, cerrada, manejada por el Estado, en un mundo donde la mera noción de tal cosa parecía totalmente obsoleta), o le daba vueltas y apoyaba el curso del libre mercado, aparentemente moderno, competitivo, y terminaba imitando —o asimilándose— a la derecha. La izquierda latinoamericana moderada se vio forzada de esta manera, como dice Régis Debray del socialismo europeo, a tener logros únicamente si ponía en práctica las políticas de sus adversarios, y se le condenó al fracaso cuando trató de aplicar su propio programa.

La caída del bloque oriental, dado el descrédito total de cualquier política asociada remotamente con esa parte del mundo, contribuyó a la impresión de que la izquierda estaba desprovista de alternativas políticas y teóricas. Esta impresión acabó por reflejar una realidad indispensable: conforme el éxito político se encadenó más a la política económica, y la viabilidad de esta última dependió en esencia del financiamiento externo, la izquierda en Latinoamérica fue incapaz de proponer una alternativa discernible, coherente y financiada adecuadamente. No porque el libre mercado estuviese funcionando de verdad en algún lugar de Latinoamérica; su única muestra era Chile, y ahí los resultados y sus métodos eran muy cuestionables. En teoría, esta alternativa tampoco era aplicable a todos los países al mismo tiempo, pues al igual que el modelo previo de sustitución de importaciones requería abundantes recursos del exterior, que bajo ninguna circunstancia estaban disponibles para todas las economías latinoamericanas al mismo tiempo. Pero el consenso en torno a las políticas de «libre mercado» no sentaba sus bases en éxitos reales; fue un fenómeno puramente ideológico, apoyado por el fracaso de políticas anteriores —en Latinoamérica, Europa Oriental y la Unión Soviética.

La única alternativa posible para la izquierda fue particularmente difícil de vender —si no imposible— en lo político. Era inevitable que estuviera llena de matices, claroscuros, en vez de soluciones simples, pegajosas, atractivas. Era, nada más y nada menos, que una política económica ajustada e intermedia, bajo circunstancias económicas y políticas distintas. Implicaba más disminución y menos servicio de la deuda —una diferencia de grado, pero con efectos cualitativamente distintos—. Proponía más gasto público y un sentido mucho mayor de justicia social dentro de los límites impuestos por la escasez de recursos; menos privatización y una administración contable más honesta por parte del sector económico controlado necesariamente por el Estado —una vez más, un matiz significativo, pero matiz al fin—, implicaba menor apertura al comercio y de naturaleza más selectiva, y de ninguna manera un retorno al

proteccionismo pleno que para empezar nunca existió realmente. Significaba un papel mayor y más importante del Estado en lo económico, pero un Estado diferente —democrático, honesto, responsable—, menos dependiente del sector privado, local o extranjero. Esta alternativa no planteaba una total estatización de la economía —lo cual nunca ha ocurrido en Latinoamérica, a excepción de Cuba— ni la eliminación o marginación del sector privado. Sí requería una relación totalmente nueva con éste, sin la provocación y la hostilidad de la izquierda tradicional ni los sistemáticos socavamientos, los chantajes y alcahueterías de la nueva derecha. Demandaba además un nuevo entendimiento con Estados Unidos, sin la antipatía de la izquierda ni la subordinación de la derecha.

Tal programa fue hipotéticamente viable sólo cuando se le identificó con una figura o partido político atractivo para el electorado por razones diversas —personales (Cárdenas en México), étnicas (Fujimori en Perú), o regionales (Brizola en Río de Janeiro)—. Aun así, una plataforma de este tipo pareció condenada al fracaso por la pobreza de los fondos disponibles del exterior; le faltaba el encanto necesario para obtener financiamiento externo. (No se toma en cuenta que los experimentos latinoamericanos conservadores de gran altura —Salinas, Collor, Menem— obtuvieron la aclamación y el aplauso en el extranjero, pero dinero no, a pesar de su conformidad con la moda). Por sí solo, el programa de la izquierda no podía ganar las elecciones o conducir una insurrección. No era más que la repetición actualizada del modelo de desarrollo latinoamericano tradicional, aplicado ahora en sociedades urbanas, ampliamente letradas, políticamente democráticas, circundadas por un mundo multipolar y una escasez de recursos externos. Es paradójico que la izquierda, conocida por su extremismo e improvisación en Latinoamérica, propusiera un curso nada espectacular, moderado y a largo plazo, que mejoraría los estándares de vida lenta y modestamente, en tanto la derecha, por tradición prudente, se convertía en vocero de una «revolución» de naturaleza conservadora, gestos dramáticos y soluciones radicales y rápidas.

El síndrome de culpa por asociación que plagó a la izquierda latina moderada por sus políticas económicas, es extensible a toda la izquierda latina en otros aspectos críticos, tales como la democratización. Esto se debe en gran medida a que importantes sectores de la población perciben un eslabón entre la izquierda local y Cuba, la Unión Soviética y Europa Oriental. Por supuesto, es fácil exagerar la importancia de esta impresión. Los problemas de la izquierda latinoamericana no son iguales a los de la izquierda socialista en Europa Oriental; Cuba, por ejemplo, nunca sufrió en el hemisferio la misma antipatía y rechazo que provocaba la Unión Soviética en muchas partes de Europa. Por tanto, es notorio que el factor decisivo en la derrota electoral de los sandinistas fue su identificación con la Unión Soviética, Cuba, o el socialismo en general, en contraposición a factores internos. Hay, en todo caso, ejemplos distintos igualmente significativos: los resultados de las elecciones del 15 de diciembre de 1989 en Brasil, no revelan un desgaste discernible en

el apoyo al candidato de la izquierda, Luis Inácio da Silva («Lula»), en función de los acontecimientos que ocurrían simultáneamente en Alemania Oriental, Checoslovaquia y Rumania. Pero aunque el eslabón causal sea menos directo y automático de lo que se pretende, para muchos sectores de la sociedad latinoamericana el fracaso del Este constituyó la caída definitiva de la izquierda en casa. El rechazo a los sandinistas en las urnas tiene este tinte fuera de Nicaragua.

De igual modo, la campaña electoral de 1989 en Chile tiene connotación análoga: los candidatos del ala derecha, en particular Hernán Buchi, trataron sistemáticamente de vincular a Patricio Alwyn, el demócrata cristiano, primero con la izquierda chilena (sobre todo con el partido comunista), y luego con las políticas fracasadas del socialismo europeo oriental. La campaña de Mario Vargas Llosa por la presidencia de Perú incluyó algunas alusiones familiares que vinculaban a la extrema izquierda peruana con las características autoritarias, antidemocráticas o totalitarias del bloque del Este, y a la izquierda moderada con las políticas estatistas, populistas, de las economías planificadas centralmente.

Quizá nunca fue tan directo el nexo entre la izquierda latinoamericana y la falta de democracia en Europa Oriental y la Unión Soviética como pretendieron la derecha y los Estados Unidos; pero sí tenía un grano de verdad. Cuba, y después Nicaragua, eran ese nexo. En la mayoría de los casos, y en cualquier país de Latinoamérica, las fuerzas de la izquierda estuvieron al frente de la lucha por la democracia contra las dictaduras militares, las oligarquías o los sistemas autoritarios unipartidistas *de facto*, durante los pasados 30 años. En ese sentido, la mayor parte de la izquierda fue democrática, al menos en cuanto a sus fines. Pero la cercanía de sus ligas con la Unión Soviética, y por encima de todo con Cuba y después con Nicaragua y el FMLN en El Salvador, hicieron sospechosas sus credenciales democráticas a los ojos de la derecha, los medios de comunicación y los Estados Unidos.

La falta de posturas claras ante las prácticas antidemocráticas que de hecho han ocurrido en Cuba, y en mucho menor grado en Nicaragua, así como la idea más abstracta de que con respecto a las elecciones su compromiso democrático era sólo epidérmico, hizo de este eslabón, originalmente tenue, algo bastante más fuerte a los ojos de muchos. Esto a su vez facilitó la identificación de la izquierda latinoamericana con los regímenes derrumbados de Europa Oriental. También allanó el camino para la acusación de irrelevancia: la izquierda latinoamericana se había vuelto obsoleta, ahora que la democracia y la economía de libre mercado habían ganado la Guerra Fría en el resto del mundo. Los intelectuales, los partidos o los gobiernos de izquierda en Latinoamérica estaban al lado de los derrotados; sus adversarios, del lado de los ganadores.

Para la izquierda latinoamericana, hasta cierto punto, el efecto más dañino de la conclusión de la Guerra Fría se ubica en esta sensación ge-

neralizada de derrota. Y al mismo tiempo, sus beneficios más importantes a largo plazo deberán buscarse cortando el cordón umbilical entre la izquierda y sus aliados en el mundo socialista, y en su desvinculación de cualquier práctica antidemocrática en el resto del mundo. A pesar de la confusión y la crisis que trajo la caída del bloque socialista, en combinación con la derrota del Frente Sandinista en las elecciones de febrero de 1990, el cortar con el pasado y el resto del globo abre perspectivas alentadoras para la izquierda latinoamericana.

Esta promesa es comprensible sólo si se sitúa en el contexto de las tendencias gemelas que caracterizaron la evolución del hemisferio en los últimos 10 años. Durante los ochenta y hasta principios de los noventa, Latinoamérica sufrió la más grave crisis social y económica desde la Depresión. Las cifras son bien conocidas y elocuentes: el ingreso *per cápita* disminuyó en todas partes con excepción de Colombia, Chile y la República Dominicana. El empleo se redujo en términos relativos y a veces absolutos, mientras que el gasto real en educación, vivienda y asistencia a la gente que subsiste en extrema pobreza se desplomó. Los pagos al servicio de la deuda para todo el continente alcanzaron la cifra de 40 mil millones de dólares al año, más de 400 mil millones de dólares para la década.

Latinoamérica se convirtió en exportadora neta de capitales en el momento justo en que la mecánica de su demografía anterior —tasas de mortalidad en descenso en los cincuenta y los sesenta junto a tasas crecientes de fertilidad que crearon en los sesenta y principios de los setenta un auge desmedido de infantes en el hemisferio— lanzó a millones de sus habitantes más jóvenes hacia un mercado de trabajo crónicamente débil.

Ha transcurrido casi medio siglo desde que el continente atravesó por tal periodo sostenido de privación social y económica. De no ser por las exportaciones de droga, la inmigración y la economía informal, reductora de salario pero absorbente de impactos, el resultado habría sido mucho más trágico.

Los efectos políticos de la «década perdida» fueron desactivados también por otra factor: el hemisferio experimentó su más importante y amplio proceso de democratización desde los treinta. Con excepción de los regímenes civiles o militares de Centroamérica respaldados por Estados Unidos, donde se efectuaban elecciones pero no tenían valor alguno, y de México, donde el cambio continuó ocurriendo a un ritmo lento hasta la frustración, los impulsos democratizadores en todos los campos de la esfera política barrieron a Latinoamérica. Esta tendencia rebasó la mera celebración de elecciones, e incluyó un renovado respeto a los derechos humanos en los países del cono sur con dictaduras previas, y una apertura de la prensa, los sindicatos y otros aspectos de la vida civil en Brasil y otras naciones.

Estas tendencias gemelas de la crisis y la democratización han dado luz a un panorama promisorio para la izquierda. Aunque esta última no siempre pudo mejorar las condiciones de vida de la mayoría de la gente cuando tuvo oportunidad de hacerlo, Latinoamérica tendió hacia la izquierda en tiempos de crisis social y económica severas. Y aunque sus credenciales democráticas no hayan sido impecables, siempre sufrió más que otros sectores políticos por la extensión de la regla autoritaria, y al paso del tiempo se benefició más en la expansión de las instituciones democráticas. La gran mayoría de rupturas del orden institucional se dirigieron contra la izquierda, en gran parte por la visión militar de que la permanencia de prácticas democráticas la favorecía.

El retorno a estas prácticas y el agostamiento social y económico que ha significado pérdida para dos terceras partes de la sociedad latinoamericana, podrían constituir el presagio de un viraje a la izquierda en la política del continente. Aunque las apariencias parecen indicar que ocurre lo opuesto —esto es, la elección o acceso al poder de regímenes que adoptan políticas conservadoras en México, Brasil, Perú, más la derrota de las fuerzas claramente identificadas con la izquierda en Nicaragua y Chile—, está tomando fuerza una tendencia más profunda. Para Brasil y México, el verdadero mar de cambios en su política es que, por primera vez en años, la izquierda adquiere una constitución de masas y un liderazgo carismático bien establecido. Más aún, en otras elecciones dentro del hemisferio, los contendientes más inclinados a la izquierda parecen ser los ganadores, aunque luego procedan a poner en práctica la plataforma conservadora de sus rivales.

Aquellos indicios que la izquierda latinoamericana, tomando de los clásicos marxistas, ubica tradicionalmente como las «condiciones objetivas» para un cambio en el hemisferio, son más favorables que nunca a sus propósitos. Las «condiciones subjetivas» pueden también volverse más alentadoras —a pesar de los efectos negativos de los sucesos de Europa Oriental y la Unión Soviética, precisamente como resultado de la influencia favorable del colapso socialista—. Esta influencia ya se ha hecho sentir en tres formas distintas para ciertos sectores de la izquierda latinoamericana: por la eliminación de sus «desventajas» soviético-cubanas, democráticas y antiestadounidenses.

La izquierda en Latinoamérica ha sido descargada finalmente de tres tareas arduas y muy poco manejables que la forzaban a continuar en el pasado. Ya no tiene que demostrar que no es pro-soviética o pro-cubana, y que su acceso al poder no colocará a la infortunada nación como satélite del bloque oriental. Tampoco tiene que seguir probando que Estados Unidos no la percibe como enemigo mortal, y que su mandato no acarreará ostracismo y embargos, créditos que se secan y «contras» que pululan en todo campo o selva. Por último, ha sido absuelta de la tarea de mostrar que no transformará toda nación que gobierne en un páramo autoritario —un *gulag* tropical, andino o meridional.

En pocas palabras, la izquierda latinoamericana tiene la oportunidad repentina de despojarse del estigma comunista. Esto es en parte cierto para los pocos partidos de izquierda esencialmente no comunistas, no obstante marxistas, leninistas, castristas o alguna combinación de las tres. Pero es sobre todo cierta para la izquierda o centro izquierda socialista o semisocialista sin ligas cercanas con Cuba, con el marxismo leninismo o con la lucha armada. Esta triple absolución no es, en la mayoría de los casos, algo creado por la propia izquierda. Es un efecto directo del fin de la Guerra Fría, y del colapso de la Unión Soviética como superpoder y punto de referencia importante de la hegemonía mundial —o al menos regional.

La acusación de que un gobierno de ala izquierda o centro izquierda transformará inmediatamente cualquier país en Estado cliente del Soviético ya no es creíble en ninguna parte de Latinoamérica. Y aunque el vínculo cubano se mantenga como factor —algunos sectores de la izquierda en ciertos países se siguen viendo como favorables a la hegemonía cubana —empieza a perder credibilidad rápidamente.

De igual forma, dado que el modelo antidemocrático de Europa Oriental y la Unión Soviética se ha reformado radicalmente, el espantapájaros de la «pesadilla totalitaria» cesó de funcionar, en cierto sentido, en la mayoría de las naciones latinoamericanas. Es muchos más difícil acusar a cualquier fuerza política del intento de implantar un sistema que ya no existe y cuyas desventajas son reconocidas por todos los países que lo crearon. A este respecto, las elecciones de Nicaragua constituyen un complemento esencial de este proceso. Prácticamente por primera vez, un régimen revolucionario en Latinoamérica deja el poder por la vía electoral pacífica. Los gobiernos de izquierda emanados de una revolución o incluso de elecciones, nunca abandonaron el poder —México, Cuba— o fueron forzados a salir por medios violentos, anticonstitucionales —Guatemala en 1954, Brasil en 1964, Chile en 1973, Granada en 1983. Las elecciones limpias puestas en marcha por los sandinistas, y su aceptación subsecuente de la derrota, no sólo ayudan a establecer su compromiso con el proceso democrático sino que contribuyen a mostrar que al menos una parte de la izquierda en Latinoamérica ha comprendido finalmente que la forma en que se obtiene el poder no está desconectada de lo que se hace con él. El cuestionamiento sistemático de las credenciales democráticas de los sandinistas puede no haber sido del todo justo u honesto; las elecciones celebradas en 1984, la amplitud concedida al diario de oposición *La Prensa* — aun bajo condiciones de guerra civil— y su tratamiento de prisioneros políticos, fueron, para los estándares latinoamericanos, honorables. Pero quedaba la sospecha, incluso entre los simpatizantes de los sandinistas y entre aquellos sensibles a su situación difícil, de que su compromiso con las elecciones era más táctico que estratégico, debido más a presiones externas y a consideraciones económicas que a su convicción. El hecho de aceptar su derrota en 1990 cierra este debate. Hoy los sandinistas han aceptado los mecanismos electorales

como el único camino legítimo al poder —tanto para conquistarlo como para retenerlo—. Sus razones para aceptarlo son menos importantes que el hecho de que el cambio haya ocurrido.

Por último, ahora que los Estados Unidos han dejado de ver una amenaza soviética tras cada revolucionario o reformador social latinoamericano, pierde validez la teoría de que un gobierno de izquierda necesariamente implica conflicto con su vecino del norte. Un gobierno de izquierda o centro izquierda puede percibirse como uno que acarrea caos económico y trastorno social, pero ya no es visto como un inevitable instigador de problemas para Estados Unidos.

Estados Unidos puede preferir otros regímenes —es probable que lo hará siempre— y aborrecer las políticas sociales o económicas de la izquierda, pero es cada vez más propenso a deponer la hostilidad abierta en estos asuntos.

De nuevo las elecciones de Nicaragua son un parteaguas. Mostraron en las urnas lo que muchos sospecharon antes con respecto a «los corazones y las mentes» de los latinoamericanos. Si el costo de una revolución o de una reforma drástica conlleva un conflicto sin cuartel con los Estados Unidos por un periodo indefinido, probablemente no valga la pena. Por primera vez en años, la izquierda puede argumentar que el costo ha disminuido, y que seguirá disminuyendo. Que esto sea suficiente para desactivar el punto de vista generalizado de que el poder de la izquierda produce una mutilación económica, es otro asunto. No pueden cancelarse todos los *handicaps* al mismo tiempo.

Dos casos confirman la importancia de la izquierda en el desvanecimiento de estos tres *handicaps*. Los dos países donde la izquierda o la centroizquierda es más fuerte que nunca —a pesar de sus inevitables problemas, divisiones y contradicciones— son precisamente aquellos donde la izquierda apenas nace y crece, completamente identificada con la democratización y totalmente desprovista de deudas, vínculos y compromisos emocionales con Cuba o la Unión Soviética: Brasil y México. Los nuevos partidos mexicano y brasileño de centro-izquierda establecieron su legitimidad democrática, nacional y «neutral» hacia Estados Unidos mucho antes de la revolución de Gorbachov en el Este: Cuauhtémoc Cárdenas obtuvo entre el 31 y el 40% de los votos en las elecciones presidenciales de México en 1988, dependiendo de las cifras en que uno crea; el Partido Trabalhista Brasileiro de Leonel Brizola (PTB), el Partido dos Trabalhadores (PT) y el Partido Democrático Brasileiro (PSDB) reunieron el 48% de los votos en las elecciones presidenciales brasileñas de 1989.

Grandes sectores de la Iglesia brasileña, junto con los sindicatos de trabajadores, y miríadas de intelectuales y artistas que conforman la nueva izquierda brasileña, participaron activamente en la lucha contra la dic-

tadura militar y la represión que emergieron del golpe de 1964. Guiaron la lucha por los derechos humanos, contra la tortura y la censura, y por la celebración de elecciones presidenciales directas. La nueva izquierda participó activamente en las elecciones de gubernaturas estatales y las alcaldías (*prefeituras*), ganando pero también perdiendo, y aceptó su derrota en ciudades claves. La firmeza de sus credenciales democráticas no se debe únicamente a los años que pasaron peleando contra el régimen autoritario que gobernó Brasil por dos décadas, sino también a su conducta en la política municipal y estatal durante los últimos años.

Los partidos de la nueva izquierda brasileña nunca establecieron ligas cercanas con el Partido Comunista, y siguieron un rumbo aparte incluso en las elecciones de 1989. Nunca fueron —y nunca se les consideró— un apoyo incondicional de Cuba, a pesar de los lazos cordiales que tanto Brizola como Lula establecieron con Cuba muchos años antes. Y no obstante su fuerte extracción nacionalista, los dos líderes de la izquierda brasileña nunca provocaron la ira de los Estados Unidos, aunque es obvio que a Estados Unidos no le hubiera gustado la elección de ninguno de ellos. Además, no hubo «temor ruso» en las primeras elecciones presidenciales brasileñas en un cuarto de siglo.

Un fenómeno virtualmente idéntico se desarrolló en México con Cárdenas. Desde que rompió en 1986 con el PRI, el partido en el poder, a pesar de sus antecedentes familiares y políticos —su padre Lázaro fue presidente de 1934 a 1940—, amplios sectores del pueblo mexicano lo identifican con una lucha por cambiar el autoritario sistema del país, de un solo partido. Obviamente ayudó el hecho de que Cárdenas nunca estableció lazos con la izquierda comunista y socialista en México, y que su relación con Cuba fuera tenue. (La independencia de Cárdenas con respecto a Cuba y la Unión Soviética nunca estuvo realmente en la agenda, en parte por el *status* de su padre como héroe nacional). La percepción extendida de que le robaron las elecciones de julio de 1988 reforzó sus credenciales dentro del país.

Más aún, los constantes viajes de Cárdenas a Estados Unidos, su voluntad para presentar su caso ante públicos estadounidenses, el recuerdo en México de cómo manejó su padre la confrontación con Estados Unidos al momento de la expropiación petrolera de 1938 —desactivando las tensiones sin retroceder—, contribuyen a hacer pensar que aunque Estados Unidos obviamente prefiere a Salinas, no llegará a extremos ni le hará la guerra a Cárdenas. El dicho popular en México de que Estados Unidos nunca permitiría un régimen de centro izquierda en el país, empezó a desintegrarse.

La coalición Lula-PT-PTB en Brasil y el fenómeno Cárdenas en México son los primeros ejemplos, en muchos años, de movimientos importantes de la izquierda que borran el estigma comunista soviético, antiestadounidense. Hay otros ejemplos, aunque no muchos, y no son con-

cluyentes: el renovado Partido Socialista en Chile, junto con el Partido para la Democracia o PPD, es quizá el más importante. En el caso de Chile, la larga tradición democrática, junto con la derrota del experimento de Allende y el subsecuente exilio de la mayoría de los socialistas chilenos, generó un efecto positivo: el deseo y los medios de cambiar las actitudes con respecto a los puntos claves de democracia, nexos con la Unión Soviética y Cuba, y relaciones con Estados Unidos. Además, las políticas económicas conservadoras de libre mercado de Augusto Pinochet indujeron a muchos izquierdistas, en especial dentro del Partido Socialista, a revisar su aproximación a la economía. Los socialistas chilenos no se resignaron a reproducir el legado económico de la dictadura, al que continúan considerando injusto, con frecuencia ineficaz y siempre con terribles costos sociales. Pero sí enfatizan la necesidad de una administración económica que funcione y un programa de modernización económica socialmente justo.

En este sentido, y por su especial situación, la izquierda chilena se ha puesto a la delantera de sus contrapartes brasileña y mexicana, sobre todo en el terreno económico. No obstante, los tres movimientos enfrentan dificultades similares. En Chile, la izquierda renovada tiene indispensables credenciales democráticas y ha adoptado una plataforma económica coherente y a tono con los tiempos —quizá demasiado—. Aún no es claro hasta qué grado las propuestas de la izquierda chilena son sustancialmente diferentes de los demás sectores del espectro político. Contrariamente, en México y Brasil la izquierda se distingue de otras fuerzas en los aspectos políticos y económicos. Políticamente, la alternativa es coherente, moderna, atractiva, pero en lo económico la situación se vuelve bastante más confusa. En las dos economías más grandes del hemisferio, la izquierda tiene aún que concebir una alternativa que conjugue las tres condiciones mínimas para el éxito: que sea de verdad distinta de las políticas existentes; que sea viable, realista y probada desde el punto de vista técnico; y que sea vendible políticamente, no muy compleja o matizada para ser entendible, ni muy vaga o confusa si quiere ser tomada en serio.

Para el electorado, los intelectuales y los partidos de izquierda y centro izquierda chileno, mexicano y brasileño, el colapso del mundo socialista está lejos de ser un desastre o una experiencia depresiva. Por más que no se les perdonen las consecuencias negativas que afectan a la izquierda latinoamericana como un todo, el final de la Guerra Fría consume su liberación de aquellas limitaciones que ellos ya habían eliminado en gran medida. Estos elementos de la izquierda en el hemisferio no son impermeables al síndrome de culpa por asociación, ni a la crítica de que las estrategias económicas que propugnan ya fueron abandonadas por los gobiernos y las políticas del resto del mundo. Pero dado que sus raíces no crecieron profundamente —o para nada— en la decepcionante tierra fértil del marxismo o socialismo latinoamericano, la revolución de 1989 en el Este es un acontecimiento bienvenido, no un retroceso.

Esta perspectiva se extenderá eventualmente al resto de la izquierda latinoamericana, aunque el proceso no sea simple. La ruptura creciente en Centroamérica, entre los gorbachovistas y los procubanos, es una expresión obvia de las dificultades que experimentan muchas organizaciones. El resultado del drama cubano será un factor decisivo para determinar cómo responderán a las transformaciones del mundo post Guerra Fría muchas organizaciones que aún mantienen lazos cercanos con Fidel Castro. Claramente, posiciones como la de Salvador Samayoa del FMLN salvadoreño muestran que al menos parte de la izquierda de su país se mueve en la ruta de la renovación. Samayoa escribió recientemente en el *Washington Post*:

«Las recientes elecciones en Nicaragua muestran la existencia de mejores caminos que la confrontación armada para resolver conflictos y fortalecer una democracia plural estable... El FMLN ha hecho importantes concesiones... enteramente consistentes con la política estadounidense: mejoras en los derechos humanos, elecciones libres y democracia plural. Todo esto estaría garantizado por mediación de las Naciones Unidas y por una supervisión internacional como la que llevó a celebrar elecciones libres, justas y pacíficas en Nicaragua.»

Es cierto, son sólo palabras, pero son importantes y comprometen al que las pronuncia. De igual modo, la lucha de los sandinistas en Nicaragua para convertirse en una oposición firme, leal y de principios, los forzarán a adoptar muchas prácticas que contribuirán a su democratización definitiva.

Por primera vez desde la II Guerra Mundial y el principio de la Guerra Fría, Latinoamérica encara la posibilidad de contender por el poder en un terreno relativamente nivelado, libre de las desventajas que la debilitaron durante el medio siglo que pasó. En un continente donde tres cuartas partes de la población son pobres y se han empobrecido más en la década pasada, la izquierda puede competir por fin en sus propios términos, y con su plataforma propia: democracia, soberanía, crecimiento económico y justicia social, todas encaminadas a mejorar a los millones de latinoamericanos excluidos de los beneficios de las bonanzas previas y los experimentos actuales. La izquierda puede ganar y recibir la posibilidad de probar que vale, o mostrarse como algo obsoleto e incompetente sin remedio. Pero al menos se le juzgará por méritos propios y no a través de las sombras anticomunistas y antisoviéticas distorsionadas y proyectadas a distancia.

El final de la Guerra Fría puede contribuir a la «africanización» de Latinoamérica, relegándola a los márgenes de la atención mundial y excluyéndola del curso principal de comercio, inversión y crédito internacionales. El peligro es real, y no hay casi nada que puedan hacer los pueblos o las autoridades del hemisferio para reducirlo o eliminarlo. Pero la transformación monumental de los asuntos internacionales puede ge-

nerar también un efecto duradero dentro de muchas naciones de Latinoamérica: la redención final de las fuerzas sociales y políticas situadas a la izquierda del espectro político. El final de la Guerra Fría puede lograr así lo que nada ni nadie antes: la «latinoamericanización» final de la izquierda latinoamericana y su enraizamiento definitivo en la tierra todavía yerma del hemisferio.

Traducción: Pedro Herrera

LETRA

INTERNACIONAL

NUMERO 20 (Invierno 90/91)

LUIS GOYTISOLO: Más allá del horizonte inmediato de la cultura

ADAM MICHNIK: El espectro del nacionalismo

ALFONSO GUERRA: Homenaje a Carlos Barral

YVONNE HORTET: «Cuánta vida ha pasado...»

JUAN MARSE: El editor, el poeta, el amigo

ESTHER TUSQUETS: Elogio del seductor

MARCOS-RICARDO BARNATAN: Las sedas suntuosas de la piedra molida.

J. J. ARMAS MARCELO: ¿Qué hubo, poeta?

AMITAV GHOSH: Un egipcio en Bagdad

MIGUEL ANGEL MOLINERO: El adiós a las armas no es posible

NORMAN MANEA: La muerte

HARRY MULISCH: En un principio era la luz

JOSE MARIA MARTIN SENOVILLA: Diálogo sobre el infinito

VICTOR WEISSKOPF: El origen del universo

MARTIN J. REES: La expansión del cosmos

MARIO VARGAS LLOSA: Carta de batalla por «Tirant lo Blanc»

MARIO MERLINO: Amor tirante es luna roja («...paraíso en carne mortal»)

JOSE ANGEL VALENTE: Cinco poemas

XAVIER GÜELL: La flauta mágica y el Réquiem

LIBUSE MONIKOVA: Mozart. Escenas de la historia de la piedad

JOSE A. FERRER BENIMELI: Mozart y su encuentro con la masonería

THOMAS STEINFELD: París. La vieja dama está pasada de moda

PETER SAGER: Glasgow. ¿Ciudad de la cultura europea?

Michael Ignatieff, Giulio Giorello, Rosa Pereda, Tzvetan Todorov:

Correspondencias

Suscripción anual: 1.600 ptas.

Forma de pago: Talón bancario o giro postal.

Redacción y Administración:

Monte Esquinza, 30. 28010 Madrid



LA GRAN DESILUSION

El eclipse del marxismo

Juan NUÑO

Más que cualquier otra doctrina, en el caso del marxismo se impone distinguir entre ideología y filosofía. Por un mínimo de coherencia interna, se entenderá por ideología la concepción política resultante de la aplicación de las grandes tesis marxistas a aquellas sociedades revolucionarias que en su día se reclamaron de un ideal socialista/comunista. Mientras que filosofía será la expresión libresca del pensamiento clásico que cubre desde Marx-Engels hasta Lenin-Trotsky, pasando por Lasalle, Kautsky, Bernstein *et alia*. Entre sí, las relaciones de ambos conceptos no son coextensivas: dentro de la filosofía marxista, la ideología comunista es un subconjunto preteneciente a la expresión política propia de países y movimientos oficialmente revolucionarios.

Sucede que tanto filosofía como ideología han colapsado, si por colapsar se entiende perder la vigencia tanto teórica como política e histórica que en un momento tuvieron. Sólo que, y de ahí la necesidad de distinguirlas, han colapsado en distintos tiempos y con diferentes consecuencias. Por ello, se manejará otra distinción: colapso no significa desaparición, destrucción, sino, si acaso, ocultamiento, que, como todos,

puede ser momentáneo. Convendría tener presente que, si se atiende a la marcha de las ideas, aquí también podría enunciarse una suerte de ley de conservación de la materia. Y si a ella se agrega la muy conocida leyenda del inevitable retorno de los fantasmas ideológicos, nada garantiza que no puedan reaparecer en cualquier momento del futuro, aun con rasgos notablemente alterados. El aristotelismo sufrió un eclipse de dieciséis siglos hasta resurgir en Occidente, bajo el disfraz de filosofía cristiana en la Sorbona, tras haber representado el papel de doctrina musulmana en la Córdoba de Averroes.

El colapso de la filosofía marxista es antiguo; data de diferentes momentos. La filosofía marxista totalista, convertida en *summa metaphysica*, que lo mismo explicaba la marcha de la historia (materialismo histórico) que el comportamiento de la naturaleza (materialismo dialéctico: *Diamat*), quedó desprestigiada casi en el momento mismo de su formulación, realizada más por Engels que por Marx y en todo caso codificada por los editores socialistas, en Berlín, de la MEGA (*Marx-Engles Gesamtausgabe*), primero, y luego por la Academia de Ciencias de la URSS.

Ni la ciencia de fines de siglo, eminentemente mecanicista, ni la ciencia física de principios del XX, que se estrena con la teoría de la relatividad, permiten hablar de unas supuestas leyes dialécticas. Mucho menos a partir de 1927, cuando las leyes de indeterminación de Heisenberg prueban que hasta el rígido determinismo en que se apoyaba la visión lineal y causalista de la filosofía marxista caía por tierra. Aun hay otro momento más significativo en el temprano eclipse de la filosofía marxista. Es el efecto que produjo el choque con las tesis revolucionarias del Círculo de Viena. El empirismo lógico y su maniquea distribución de las ciencias (que aún subsiste en la partición metodológica entre «ciencias duras» y «blandas») colocó inevitablemente al marxismo en el execrado rango de una metafísica, esto es, una teoría especulativa sin asidero ni en el campo físico-natural ni el dominio lógico-matemático, sino si acaso en el limbo de las creaciones metafóricas. La puntilla se la asestó la estricta metodología popperiana con su criterio de falsabilidad como recurso ineludible de clasificación y legitimación de las ciencias. Desde entonces, toda disciplina que no suministre sus propias posibilidades de contrastación y posible falsación no será tomada por producto científico digno de respeto. Ahí cayeron a la vez el psicoanálisis y el marxismo, por algo creaciones decimonónicas de remota raíz cabalística, según Arendt.

Con posterioridad, todo los intentos filosóficos por revitalizar al marxismo han pecado de dos graves defectos: o tienen que acudir al recurso del injerto para fundamentar un sistema filosófico digno de la etiqueta de «científico» o se limitan a practicar la inacabable faena heurística de descifrar una y otra vez los mismos textos consagrados. Así, puede sostenerse que, en los últimos cincuenta años, el marxismo o ha practicado la

simbiosis (con el existencialismo, con el psicoanálisis, con el estructuralismo) o se ha reducido a la hermenéutica de sí mismo. A eso se lo denomina aquí «colapso».

Pero el mundo parece estar más atento al otro, al colapso ideológico del marxismo. Lo que es comprensible, pues que un sistema filosófico se eclipse, además de apenas notarse, es algo que sólo interesa a media docena de estudiosos del tema. Pero si el colapso se produce en el área de la ideología, que afecta a los hechos políticos cotidianos y a la historia inmediata, hasta el llamado hombre de la calle lo siente y todos se interrogan sobre el fenómeno.

La primera observación sobre el derrumbe de la ideología marxista es que conviene tener presente que el marxismo se colapsa a través del socialismo real, en la variedad conocida como marxismo-leninismo.

En lo esencial, el leninismo significó, dentro del marxismo, por un lado, la suplementación de la teoría histórica y, por otro, una adaptación política muy determinada. La suplementación tiene que ver con la hipótesis del imperialismo como fase superior y sucesiva del capitalismo. No se trata de un agregado inocente, sino de una transformación profunda de la doctrina original marxista. El marxismo clásico había situado en el capitalismo el término de la evolución irracional e incontrolada de la historia. Tan pronto fuera superado el capitalismo por un socialismo planificado y racional comenzaría a correr la verdadera historia de la humanidad. Con Lenin sucedió lo que con San Agustín y los cristianos. Todavía los primeros predicadores, incluyendo a Pablo, decían que el Reino de Dios lo habrían de ver llegar los hijos de quienes les escuchaban; o cuando menos, lo hijos de sus hijos. Luego, dejó de fijarse una fecha tan próxima y ya en Agustín de Hipona surge la teoría de las dos ciudades (*civitas dei/civitas diaboli*) para justificar que la lucha sea larga y que, por ahora, no hay que esperar el advenimiento del Reino prometido. En nuestros días, los evangélicos y demás sectas que andan anunciando lo de «Cristo viene» pertenecen a la especie primitiva del cristianismo, la que hablaba en términos de una inminente liquidación de la historia. Prueba viviente de que ninguna doctrina muere del todo. Por su parte, Lenin percibió que el capitalismo aun habría de durar un tiempo y de ahí el desarrollo de la hipótesis del imperialismo, como una etapa más de la historia, algo así como el capítulo que se le había olvidado a Marx. Modificación teórica importante que tuvo su traducción práctica, de lo que los seguidores de Lenin, de Stalin a Jruschov, supieron aprovecharse.

Haber aceptado que el capitalismo puede continuar en forma de nuevas y más complejas fases de explotación es lo que llevó a intensificar la lucha de clases, ya que eso era índice de que sólo así se podía acelerar la descomposición del sistema enemigo. Pero además y sobre todo, si el capitalismo, en su expresión suprema o imperialista, es cada vez más fuerte y agresivo, menester será oponerle un Estado igualmente

fuerte y organizado; otra vez, el dualismo de las dos ciudades o imperios, el bueno y el malo. De ahí, la justificación, en primer lugar, de la existencia misma de la Unión Soviética, en oposición a las tesis de la revolución mundial (Trotski), en tanto primer Estado socialista aislado del resto del mundo, y en segundo término, la subordinación del resto de los movimientos revolucionarios a la causa soviética, que era la que llevaba el peso en la lucha final contra el imperialismo. Dentro de semejante esquema hay que situar y comprender las relaciones del comunismo soviético con los movimientos revolucionarios mundiales, desde el intento fallido de globalización trotskista hasta la Revolución China y los movimientos de liberación nacional de los países del Tercer Mundo. Todos habrían de organizarse piramidalmente, con la Unión Soviética al vértice, para así mejor enfrentarse al imperialismo, «fase superior del capitalismo». Esa misma organización rígidamente vertical y jerarquizada en la táctica internacional ayuda a entender el segundo y más importante cambio que introdujo el leninismo en el cuerpo de la doctrina marxista: el llamado «centralismo democrático», forma eufemista de designar la organización rígida y vertical de los partidos comunistas. Aun más: hasta Lenin, ni siquiera existía el Partido Comunista en cuanto tal, sino un Partido Socialdemócrata, derivado directamente del marxismo. Escindió, como se sabe, en aquellas dos fracciones, la menchevique o minoritaria, y la mayoritaria, bolchevique, se dejó llevar por ésta que preconizó la toma del poder directamente por el Partido y no como efecto de un gran levantamiento popular y, posteriormente, la implantación de la «dictadura del proletariado». Sólo que para llegar a tal estado lo primero que se hizo fue comenzar por implantar otra dictadura, la del Partido Comunista, y aún más específicamente, la del Comité Central, y ya con Stalin, la del Secretario General. A semejante reducción de los órganos legales del poder y a esa concentración de todo el poder en un vértice superior indiscutido y autoritario es a lo que se dio el nombre de «centralismo democrático», característico del leninismo. Donde puede apreciarse que cualquier intento de reestructuración (*perestroika*) tiene que ir dirigido de hecho contra las tesis básicas leninistas. Un partido que no sea ni el único ni el organizado piramidalmente ya no será un partido comunista-leninista. Esta es la variedad que ha entrado en crisis y que está colapsando a ojos vistas en los países del llamado socialismo real.

Esta última denominación obliga a otra distinción. Entiéndase por ‘socialismo real’ el existente en países con esquema político leninista en el poder. Esto es, la Unión Soviética y los países satélites de Europa Central, China continental, Corea del Norte, Vietnam, Camboya, Laos, Albania, más, en el continente africano, Etiopía, Angola y Mozambique, y en el americano, Cuba. Se supone que lo de ‘socialismo real’ es término que se opone a otro, que sólo sería «potencial», y aún a un tercero, que sería meramente «ideal», y que estaría representado por la socialdemocracia no-leninista (sistemas de gobierno escandinavos y de Europa meridional, en este momento: 1990). El ‘socialismo potencial’ lo representaron por un tiempo los partidos comunistas de los países no-co-

munistas, en particular, dos grandes organizaciones, el PC italiano y el francés. Se introduce la distinción para señalar que el colapso del marxismo-leninismo comenzó primero en la periferia, es decir, precisamente en esos representantes del 'socialismo potencial', propio de los partidos comunistas exteriores al ámbito de poder geopolítico soviético. En especial, el PC italiano había comenzado a dar muestras de *aggiornamento* o *perestroika avant la lettre*; luego siguieron otros, hasta el punto de constituir, en los años setenta, por iniciativa del PC español, el llamado «eurocomunismo», que propugnaba el abandono de la lucha de clases y la dictadura del proletariado. Por lo que el colapso, dentro del propio leninismo, también debe ser matizado. Porque primero se produce en la periferia (los partidos comunistas de Occidente), y sólo finalmente alcanza el corazón mismo del sistema. Con variaciones en semejante transformación. La más importante correspondió a la denominada «primavera de Praga»: en 1968 intentaron los checos una transformación del leninismo que fracasó por la intervención del leninismo central eurosoviético bajo la forma de una ocupación militar del país, seguida de la correspondiente represión de los reformistas. Lo que en la actualidad lleva a cabo Gorbachov en la Unión Soviética es lo que había comenzado Dubcek en Checoslovaquia hace veinte años.

Una cosa es comprobar el fenómeno del hundimiento del marxismo-leninismo, situándolo en su contexto histórico-geográfico, y otra, más especulativa, es tratar de indagar qué causas lo provocaron.

Con independencia de las circunstancias azarosas (personalidad de los dirigentes, momento histórico, tensiones internas), habría que comenzar por señalar la razón más profunda: el marxismo-leninismo cometió el error táctico de apostar todo el capital teórico a la carta práctica y material del éxito económico. Es aquello de que el comunismo quedaba reducido a la fórmula simplista de «electricidad más *soviets*» y se reducía a la elaboración de planes quinquenales rígidos o destinados a incrementar la industria pesada, agotándose en ello toda la posibilidad expresiva de una doctrina de pretensiones sociales y humanistas. Es posible que de no haber ocurrido la II Guerra Mundial el colapso hubiera sobrevenido antes; pero no tanto la guerra cuanto sus consecuencias geopolíticas (anexión de regiones y expansión en zonas de influencia) le permitió a la Unión Soviética recibir un segundo aliento para continuar con su plan leninista de industrialización forzada. Conviene recordar que prácticamente toda la industria alemana oriental y la checoslovaca fueron desmontadas y trasplantadas a la Unión Soviética, para no mencionar a los nuevos mercados cautivos de que dispuso durante los años de la llamada Guerra Fría. Como fuere, ha resultado evidentemente para fines de los ochenta que el sistema estaba llegando a su agotamiento más completo, a saber: incapacidad de mantener una economía basada en la casi exclusiva producción de maquinaria pesada y militar, pero no de precisión tecnológica, con la consiguiente carencia de artículos de primera necesidad, sobre todo en el orden agropecuario. Si a ello se agrega el desa-

rollo de un Estado fuertemente militarizado, esto es, dedicado, según los más ortodoxos principios del leninismo, a armarse cada vez más para la esperada confrontación final con el enemigo imperialista, se comprenderá que en la práctica haya terminado por colapsar. Por una muy importante razón de fondo, contenida en la propia doctrina leninista.

El leninismo le había corregido la plana al marxismo original. Según el marxismo clásico, el capitalismo poco menos que se derrumbaría solo a consecuencia del cúmulo de contradicciones generadas. De esa manera, un buen socialdemócrata, marxista puro, no tenía sino que ponerse a mirar o, todo lo más, que es lo que hicieron los socialdemócratas alemanes y franceses del principio de siglo, acelerar la caída mediante una profundización de esas contradicciones, que lograban mediante reclamos salariales, huelgas, sindicalismo fuerte. Pero la estrategia leninista iba a ser muy diferente. Puesto que comienza por reconocerle al capitalismo poder para perpetuarse en forma de imperialismo, y le otorga a éste una naturaleza agresiva, expansiva y todavía más organizada, sólo podrá ser derrotado mediante un enfrentamiento directo y total. Ya no se trata de sentarse a esperar a que se derrumbe el enemigo, sino de luchar directamente con él hasta derrotarlo. Tesis famosas y puramente leninistas del Ché Guevara y sus ofertas de múltiples Vietnams en todo el mundo.

Ahora bien, la URSS, en tanto avanzada leninista en el planteamiento de una batalla singular y a muerte entre los sistemas, ha estado rearmándose para el gran y definitivo enfrentamiento durante toda su existencia, en particular desde 1945, fin de la II Guerra Mundial y momento en que las tesis leninistas se le hicieron más patentes y manifiestas a Stalin, pues el mundo parecía haber quedado efectivamente reducido a dos bloques opuestos: sólo era cuestión de tiempo que se produjera la gran batalla, el Armagedón esperado. Pero el tiempo ha pasado y no sólo la Unión Soviética no le ha dado la batalla al imperialismo, sino que cuando lo pudo hacer, no la dio (caso de los cohetes en Cuba, en 1962), y cuando emprendió alguna batalla periférica, de desgaste (casos de Corea y Afganistán), los resultados fueron tan poco satisfactorios como los del imperialismo, por su parte, en Vietnam. Y sobre todo, porque de haber seguido con la línea leninista de enfrentamiento total, tendría que haber desarrollado una tecnología de la que en definitiva no son capaces por las mismas limitaciones de una política de industrialización limitada y unidimensional. En este sentido, hay que aceptar que la amenaza de la llamada «guerra de las galaxias» contribuyó definitivamente al colapso interno de la línea leninista. En efecto: para poder competir exitosamente en terreno tan avanzado la Unión Soviética hubiera necesitado poseer una industria informática de punta y unos recursos materiales de los que carece. De esta manera, hacia 1984 (fecha simbólica en lenguaje orwelliano) se vio claro (probablemente así lo hicieron quienes ahora en la Unión Soviética dirigen la reforma) que durante todo ese tiempo se había estado preparando, en una suerte de puja creciente, o pulso, para la gran

batalla, pero que le será imposible seguir subiendo la apuesta: no iban a estar en condiciones de aceptar el reto de un enfrentamiento tecnológico-bélico en el espacio exterior, que es lo que significaba la tal guerra de las galaxias. Tuvieron que renunciar al enfrentamiento final y, al hacerlo, renunciaron al leninismo, o cuando menos al objetivo impuesto de alcanzar al enemigo para algún día estar en condiciones de ganar la batalla decisiva.

Lo más curioso de todo es que ese abandono y consiguiente colapso han sobrevenido sin que el enemigo teórico (capitalismo/imperialismo) haya cambiado de naturaleza. No es que los soviéticos reformistas hayan llegado a la conclusión de que ya el enemigo ha dejado de ser tal y que, por lo tanto, no tiene mayor sentido continuar el enfrentamiento, sino que han reconocido que no están en condiciones de oponerse abiertamente con posibilidades de ganar. De ser en efecto así, ello significaría que no ha cambiado la estrategia, o visión a largo plazo, sino tan sólo la táctica momentánea. Hasta nuevo aviso, hay que suponer que la estrategia comunista sigue siendo la misma: triunfar en definitiva sobre el capitalismo; lo que ha cambiado, una vez más, es la forma de lograrlo. Que se acepten para eso técnicas y procedimientos tomados del enemigo mismo, tales como economía de mercado, pluralismo democrático y similares, tampoco debe de sorprender tanto, puesto que algunas de tales variaciones tácticas también fueron adoptadas en vida de Lenin, cuando éste se vio obligado a introducir la llamada Nueva Política Económica. Es apenas una aplicación del conocidísimo apotegma táctico leninista de los pasos atrás y adelante: sólo indica el empeño de continuar por el mismo camino, aunque sea al precio de retrasar el ritmo de la marcha. Está por ver si lo que de momento se presenta como un simple cambio táctico no se va a convertir con el paso del tiempo en una transformación más radical y definitiva. Puede ser que, a fuerza de aplazar la liquidación del capitalismo, los países que queden acogidos a un vago socialismo terminen por adaptarse al detestado sistema capitalista, por más que al principio y sólo nominalmente lo nieguen. También la Iglesia cristiana de los primeros tiempos se negaba a aceptar la realidad material de este mundo y los fieles practicaban el celibato mayoritariamente y se dedicaban a vivir en comunidades pobríssimas que todo lo compartían; con el tiempo, la Iglesia aceptó que este mundo demoníaco iba a durar más de lo previsto y llegó a integrarse tan bien en él que el Vaticano se convirtió en uno de los Estados fuertes de la Cristiandad, con ejército y bancos a su servicio. Ello no quiere decir, líbreles el Señor de semejante apostasía, que hayan renunciado definitivamente al Reino Celestial, sin que por ahora y mientras llega el anunciado fin de los siglos se arreglan bastante bien con éste de la tierra, por muy pecaminoso y deleznable que sea. El socialismo marxista puede subsistir nominalmente como tal y aun con sus símbolos intactos: la hoz y el martillo, representativos de un proletariado cada vez más lejano y romántico, la efigie sacralizada de Lenin en los muros, en los salones y en los sellos oficiales, pero también en los billetes y probablemente en las cartas de crédito que se emitan con el sistema capitalista.



Todo lo cual parece indicar que no habría que entender el colapso marxista como un derrumbamiento físico o histórico de una envergadura tal que vaya a ser inmediatamente seguido por una restauración de la dinastía de los Romanov o por la cristianización o catolización de todas las Rusias como esperarían los creyentes en las profecías de Fátima.

El abandono, más que hundimiento, el momentáneo eclipse de una determinada *praxis* ideológica, la leninista, pareciera más bien apuntar hacia la revisión a fondo de la teoría sobre la que se construyó dicha *praxis*. Esto es: con independencia de los fracasos reales de la sociedad soviética (penuria, mala distribución, burocratismo, corrupción), es lícito preguntar si ello no se deberá en el fondo a que la doctrina sobre la que dicha práctica se levantó es una doctrina esencialmente errada y negativa. O lo que equivale: a estas alturas, parece no haber mayor duda acerca del colapso del socialismo real y de sus prácticas políticas y económicas, pero ¿quiere ello decir que también ha fracasado el marxismo en tanto doctrina general y de trasfondo sobre la que apareció y se construyó ese socialismo real?

No necesariamente tiene que ser así. El marxismo como doctrina o filosofía política no es mejor ni peor que muchas otras del siglo XIX, donde surgiera y al que fielmente representa. Trátase de una filosofía racionalista, coherente y predictiva. Quizá en este último punto es en donde se encuentre su talón de Aquiles, ya que, en sus dos grandes predicciones, a saber, la pauperización progresiva e indetenible del proletariado y la descomposición interna del capitalismo arrastrado por la masa de sus insuperables contradicciones, es en donde resulta más evidente su fallo. No en los otros dos aspectos, que son los que le siguen confirmando el perfil de una filosofía respetable y organizada. Es una doctrina racionalista y coherente, quizá demasiado coherente para el gusto de los metodólogos falsacionistas. Conviene recordar en este punto que se han dado en el terreno de las ideas filosofías abiertamente irracionistas, como nazismo y fascismo, fundadas en vagas categorías de sangre, raza y patria. Y tampoco conviene perder de vista que ese capitalismo, que ahora se presenta tan triunfante que Mr. Fukuyama se ha permitido hablar de una victoria definitiva y consiguiente «final de la historia», es una doctrina social esencialmente incoherente, con un fuerte componente de irracionalidad ya que acepta que los motivos que guían a la humanidad son lucro y ganancia, inspirados en el más cerrado egoísmo, ínsito para siempre en el corazón humano. Incoherencia que es una consecuencia de su misma forma de operar, que no es otra que la exaltación de la competencia a través de las famosas leyes del mercado. Si su inspirador teórico más caracterizado, Adam Smith, se permitió hablar de una «mano invisible» que regula en definitiva los procesos económicos, no hay que aportar muchas más pruebas para establecer su incoherencia así como su débil racionalidad.

Para su mejor comprensión, el marxismo en tanto filosofía puede compararse con una doctrina paralela y coetánea suya, como lo fue el

positivismo, surgido también el XIX. El positivismo *era* una ideología coherente e inteligente que presentaba una cerrada explicación de la historia mediante un esquema lineal ascendente. Sin embargo, que se sepa, desde hace por lo menos medio siglo, si no más, nadie se declara en el mundo «positivista», ni en teoría política ni en metodología científica. ¿Por qué? No ciertamente porque fracasara en la práctica, al modo del actual fracaso marxista con el leninismo (en realidad, el positivismo sólo fue débilmente aplicado en Brasil), sino porque, en tanto filosofía, fue reemplazado por otra de alcance explicativo más potente: funcionalismo, estructuralismo y el propio marxismo. En consecuencia: una filosofía y hasta una ideología colapsan no *per se*, sino a través de sus aplicaciones y por ceder consiguientemente el paso a otras doctrinas de reemplazo. Es el procedimiento que se observa en los modelos científicos: hipótesis y aun teorías completas son abandonadas o limitadas en su poder explicativo cuando no pueden dar cabal cuenta de ciertos fenómenos y cuando otras hipótesis y teorías más potentes lo hacen.

Sólo que el marxismo viene a ser un caso especial por tratarse de una doctrina particularmente comprometida.

Con lo de «comprometida» no se quiere decir que, desde sus inicios, esto es, desde que fue enunciado como filosofía, tuviera pretensiones prácticas, no únicamente teóricas. Es aquello de la undécima Tesis sobre Feuerbach, en la que se pedía dejar de comprender al mundo para pasar a transformarlo. Es el predominio de la acción sobre la reflexión lo que le confiere el carácter de ideología comprometida. Lo que pasa es que semejante declaración de fe practicista no es ni original ni exclusiva del marxismo: es característica del romanticismo alemán, poco o nada racional y hartamente emotivo. Vuélvase a Goethe, enmendándole la plana al Cuarto Evangelio al decir: *Im Anfang war die Tat*. Y en un claro anticipo de Marx, el mismo Goethe dice en *Wilhelm Meister* que es menester «pensar para obrar y obrar para pensar». Que tampoco fue una exclusiva del marxismo lo prueba la filosofía pragmatista norteamericana, de James a Dewey.

Sin embargo, el marxismo entendió ese «compromiso» exclusivamente a través de la acción política. En donde, de nuevo, tampoco fue precisamente original: línea viejísima de la filosofía política occidental que arranca en Platón, ya que todo el imponente edificio de la filosofía platónica fue construido para justificar la educación de los auténticos gobernantes de la República perfecta que, por supuesto, habrían de ser los filósofos. Como quiera que hasta que los filósofos no sean los amos del poder, Platón no ve solución al viejo problema de una sociedad justa y equilibrada, era necesario prepararlos con los más refinados conocimientos. Prueba de que tampoco Platón se quedó en los textos es que, cuando le fue posible, intentó llevar a la práctica sus ideas mediante un experimento político en la corte de Dión, tirano de Siracusa. Que no le saliera bien el ensayo no debe extrañar y éste es otro precedente en el

que podría apoyarse el marxismo de hoy, cuando menos para derivar algún consuelo: también Platón «colapsó». Pero justamente no colapsa de igual modo la filosofía platónica en la parte correspondiente a su exposición teórica. Ahí están los textos de veinticinco siglos, en los que siguen alimentándose conceptualmente los hombres de pensamiento. Otro consuelo, no magro, para el marxismo: nada se opone a que sus textos también se cosifiquen y se eleven al panteón de las ideas occidentales.

Convendría aquí acudir de nuevo a las distinciones. Porque se tiene la tendencia a pensar que la única forma política de compromiso social que tomó históricamente el marxismo fue la representada por el bolchevismo leninista. No deja de ser un triunfo de la propaganda comunista, que ha logrado dar la impresión de haberse apoderado de la totalidad de la herencia marxista. Y no es así. El marxismo clásico sufrió más de una encarnación, sin que esté por lo mismo descartado que aun pueda experimentar algunas más. La primera y más persistente encarnación del marxismo es la representada por la socialdemocracia, tal y como se entendió a principios de siglo en Europa y aun como se entiende contemporáneamente en el mundo occidental. Hasta hace bien poco todos los símbolos de los partidos socialistas coincidían plenamente con los del PC: banderas rojas, hoz y martillo y aquel lema masónico «proletarios de todos los países: ¡uníos!» Inclusive hasta hace unos quince años el Partido Socialista francés en realidad se llamaba SFIO; es decir, «Sección Francesa de la Internacional Obrera». Y el de España aun sigue llamándose PSOE, «Partido Socialista Obrero Español». El recientemente fallecido Pertini pidió ser enterrado en su ley socialista de hombre de principio de siglo: envuelto en una bandera roja con la repetida y conmovedora inscripción que llama a la unión proletaria. Sólo que esa encarnación del marxismo hace tiempo que comenzó a sufrir mutaciones a la Internacional Socialista, de remoto origen marxista, pertenecen partidos que se reclaman de la socialdemocracia y ya no tienen ni el más mínimo asomo de recuerdo marxista, tales como Acción Democrática de Venezuela.

Por supuesto que la encarnación más discutida y conocida del marxismo es la bolchevique, pero hay que recordar a la otra, no sólo por haber sido la primera y quizá la más auténticamente marxista, sino porque la ironía de la historia o la astucia de la razón parece querer que sea ésta, la socialdemocrática, la que tenga más probabilidades de subsistir al finalizar el siglo. En cuanto al bolchevismo, ya vimos que su compromiso político asumió la forma de una violenta y minoritaria dictadura en nombre del proletariado, ejercida por un pequeño grupo de presión política, un partido jerárquicamente organizado y rígidamente encuadrado bajo una férrea dirección que, en un tiempo, se complacían en calificar de «monolítica». Es posible que sea ésta una de las razones materiales de su fracaso: excesiva rigidez, falta de flexibilidad operacional. La esclerosis del organismo había sido denunciada hacía tiempo, cobrando diversas denominaciones: *nomenklatura*, nueva clase, y otras

semejantes, que indicaban el endurecimiento de las estructuras de poder y su usufructo en beneficio de los pocos que las detentaban. Lo cual significa que buena parte de las rebeldías a las que ha asistido en los últimos tiempos (como es evidente en el caso rumano) en realidad estaban dirigidas contra la forma patológica, extrema y dictatorial, casi caricaturesca, que había adoptado el partido comunista en tales casos. Hecho importante por dejar abierta la puerta al reformismo en nombre de la pureza de la doctrina: no sería de extrañar que, al cabo de un tiempo, surjan grupos que se reclamen del verdadero marxismo o del verdadero leninismo para volver a intentar la experiencia política sin las fallas circunstanciales de las desviaciones cometidas. Se parecerán, de ser así, a esos *born-again Christians* y similares sectas que, en nombre de un regreso a las prístinas fuentes, extienden nuevas formas religiosas. O a los integristas del Islam que en definitiva se reclaman siempre de la más pura de las ortodoxias. En pocas palabras, el colapso del marxismo, tal y como se ha dado, bien pudiera anunciar la aparición de un integrismo marxista radical, aun más exigente y profundo. Como quien dice: se trata de triunfar allí donde los otros fracasaron por no ser auténticos.

De vuelta al eclipse. No sólo se produce por la rigidez del sistema minoritario implantado que, con el paso del tiempo, sufre la inevitable degradación de todo fenómeno sometido a la creciente entropía, sino que también es consecuencia del empobrecimiento ideológico del marxismo, incapaz de adaptación ante las realidades nuevas. No hay que olvidar que el marxismo imperante en las sociedades del socialismo real era un marxismo codificado sin variaciones, realizado a partir de unos textos medio filosóficos medio económicos del siglo pasado. Su equivalente en el campo de la ciencia sería algo así como si se quisiera interpretar el movimiento con textos de Aristóteles: se puede, pero difícilmente se va a ir más allá de una explicación analógica, simplista; sería imposible calcular la trayectoria, no de un cohete intercontinental, sino de una simple piedra. O como si se quisiera continuar explicando los ciclos periódicos de fecundación y fructificación del mundo vegetal mediante el mito de Perséfone, doncella raptada a los infiernos. Es una «explicación», pero con ella no va a ser posible conocer la composición celular de los granos. La comparación no es tan forzada como pudiera sonar: el marxismo clásico es en buena medida un mito; el mito de la humanidad liberándose de una desgracia, las cadenas de la explotación, y el mito del hombre individual tratando de liberarse de otra desgracia aun mayor, la alienación en que cayó al escindirse en dos realidades, entre sí extrañadas, sujeto y objeto. Tanto lucha de clases como alienación humana son mitos semejantes a los de la llanura del Leteo o la pérdida de la unidad sexual. Comienza por postular una lucha eterna entre unos y otros (entre poseedores y desposeídos) y por postularse la desgracia (¿por qué desgracia?) de la separación que experimenta el individuo ante sus productos, como si alguna mítica e imaginaria vez nunca hubieran estado separados. Y luego, a partir de tales mitos, se construyen las racionalizaciones encubridoras, esto es, la ideología, que los justifican y adaptan a un lenguaje

más al día. O lo que es igual: la filosofía de la historia, la teoría de la plusvalía y las leyes de la dialéctica.

Con semejante bagaje metafísico-mitológico difícilmente se van a construir centrales nucleares, se van a poner en órbita estaciones espaciales y, sobre todo, van a poderse resolver problemas de una economía cada vez más compleja y diversificada. La vieja y triste historia de los avatares de la genética en la Unión Soviética de Stalin lo confirma: el colapso del marxismo será muy antiguo, pero el aberrante caso de Zdanov y Lisenko ocurrió hace cuarenta años. Y así como los científicos soviéticos o alemanes (modelos Havemann) tuvieron que olvidarse del marxismo para hacer biología matemática y desarrollar cibernética y microfísica, ahora les ha llegado el turno a los políticos soviéticos y de otros países oficialmente socialistas de llegar a la misma conclusión: para hacer buena economía y manejar con éxito una sociedad plural, étnicamente diversa y agitada por múltiples nacionalismos, necesitan otros instrumentos más finos y no únicamente los viejos mitos marxistas.

Se llega al análisis de la composición definitiva del marxismo como filosofía no tanto por el denunciar a la ideología leninista que de ahí se derivara (o a la más suave y adaptativa de la socialdemocracia, cada vez menos dispuesta a reconocerse como «marxista»), sino por sospechar que podrá eclipsarse cuanto se quiera el componente ideológico de allí desprendido, pero no por ello tiene necesariamente que colapsar la filosofía original, el núcleo mitológico del marxismo originario. Como filosofía, va a permanecer entre los productos del hombre, tal y como han permanecido otras filosofías no menos míticas, como el agustinismo o el tomismo, entre las creencias cristianas, o el budismo o el mesianismo mosaico, entre otras creencias, monoteístas o no. O como ha permanecido el platonismo en la matemática de todos los tiempos, o el irracionalismo en la psicología contemporánea.

Para concluir con una nota, entre necrológica y esperanzada, que es como suele exigir la retórica de todo funeral: constatar de una u otra manera la desaparición, así sea momentánea, del marxismo es garantizarle a éste su ascensión al cielo de las creencias filosóficas, en donde ha de brillar junto a grandes sistemas metafísicos de la humanidad. Y quién quita: quizá de pronto alguien intente otra reencarnación.



EL ENIGMA DE LA DISGREGACION COMUNISTA

François FURET

Los dos caracteres más marcados de la disgregación del comunismo son la rapidez del fenómeno y su imprevisibilidad. Si hubiese sido más lenta, esta disgregación nos habría parecido menos espectacular. Si hubiera sido más previsible, no habría habido esta ruptura de nuestros hábitos de análisis y nuestros esquemas políticos.

Que haya sido repentina no quiere decir que haya acabado. La Unión Soviética sigue descomponiéndose ante nuestros ojos, e incluso en los países más completamente emancipados de su tiranía como Checoslovaquia, Hungría o Polonia, se ve claro cuán complicada va a ser la restauración, por ejemplo, de la propiedad privada o del reino de la Ley. Pero, sin embargo, todos nos damos perfecta cuenta, de que la historia del comunismo se ha roto en el año 1989 en un antes y un después, y que se ha franqueado un umbral decisivo: el que separa la reforma de un sistema de su descomposición. Por mucho que sea el talento de Gorbachov para adaptarse al acontecimiento, para parecer el jefe, la cascada de rupturas que ha sacudido el mundo comunista en 1989 no es el pro-

ducto de un proyecto, sino un encadenamiento de crisis que se asemejan, por su propio ritmo, a algo así como una catástrofe natural, independiente de los hombres en el poder, al menos de sus intenciones. Para comprenderlo se puede partir de un balance, aunque sumario, de lo que ha sucedido.

Lo que más ha chocado a la opinión es el alejamiento repentino, aunque llevado a cabo de forma fácil, de los partidos del Imperio soviético que habían estado sujetos al conjunto en los últimos tiempos, es decir, desde la II Guerra Mundial. De momento, únicamente los Estados bálticos, anexionados en 1940, eluden la regla (reclamando su emancipación) bajo el pretexto de que habían sido incorporados a la Unión Soviética y que su separación necesita, en consecuencia, un procedimiento especial. Pero, de hecho, Bulgaria, Hungría o Checoslovaquia estaban igual de sometidos a Moscú que ellos, ocupados por el ejército soviético: ya se había visto claramente en Praga en 1968 (igual que en Budapest, en 1956). Incluso existía una especie de consenso internacional acerca de este estado de hechos, ya que ni en 1956, ni en 1968, Occidente había contemplado la posibilidad de ayudar a los húngaros o a los checos. La intervención soviética consiguió apoyo sobre una especie de jurisprudencia internacional.

Ahora bien, este Imperio soviético en Europa se ha derrumbado como un castillo de naipes en pocos meses. Polonia, y después Hungría, habían abierto el camino de la emancipación, con un estilo que respetaba el *statu quo* internacional; pero la precipitación de los alemanes hacia la frontera que se había abierto entre Hungría y Austria en 1989 inauguró un fenómeno de una naturaleza distinta: la reconquista de una independencia completa frente al «protector» soviético, incluso al precio de una modificación radical en la relación de fuerzas entre los dos grandes que dominaban el planeta desde 1945. El caso de Alemania del Este es típico a este respecto. El conocimiento común de las cancillerías y de los especialistas siempre ha consistido en pensar, desde la guerra, que la Unión Soviética no abandonaría su dominio sobre la RDA más que aprovechando un chalaneo que le garantizara la superioridad militar en Europa; lo que hacía pensar que no abandonaría nunca, sin un precio imposible de pagar por el Oeste, esta carta decisiva en su juego internacional. Sin embargo, he aquí que, en octubre de 1989, la dejó sin ninguna contrapartida, ofreciendo en bandeja al canciller Kohl la ocasión de su vida, después de tantos años de haber predicado contra «los revanchistas de Bonn».

Otro aspecto de la misma historia: en unos cuantos meses la Unión Soviética ha pasado del estatuto de superpotencia a la situación del gran país enfermo de Europa. El tránsito no tiene en sí nada de inédito o de inverosímil, en la medida en que todas las potencias de la tierra son perecederas —incluidos los más formidables imperios—. Europa guarda el recuerdo del Imperio Otomano, que alimentó sus temores durante los

siglos XVI y XVII, antes de ser objeto de su conmiseración y de su codicia en el siglo XIX. Pero el vasto mosaico de pueblos bajo la dominación turca atravesó una interminable enfermedad de languidez que se tradujo en su desmembramiento final, después de la I Guerra Mundial, casi natural a fuerza de haber sido esperado. Aquí no hay ninguna semejanza: la Unión Soviética pasó, casi en un día, de la situación de gran potencia a la de un imperio en descomposición y de un país temido a un país compadecido. En este extraordinario cambio de opinión hay que hacer hincapié en la extinción de la razón histórica occidental que, atrapada en las redes del marxismo hegeliano, jamás ha sido capaz de sospechar de la dimensión de la mentira oficial en la Unión Soviética. Pero también se debe tener en cuenta otro elemento, a saber, que la disgregación de la «patria del socialismo» y de su Imperio se ha llevado a cabo aisladamente, sin que ningún gran acontecimiento externo venga a revelar su amplitud. Por el contrario: la única prueba exterior, la II Guerra Mundial, ha funcionado en sentido contrario, ya que hizo creer, al mismo tiempo, en la potencia organizada y en el carácter democrático de la Unión Soviética de Stalin.

En realidad, el fracaso del Imperio soviético es un fenómeno interno que no ha sido provocado, o alimentado, o revelado, ni por una agresión exterior, ni por una guerra perdida, ni por una revolución vecina. Vamos a ver: se han producido las tres cosas, pero no han tenido el papel protagonista en la evolución del conjunto. Ni la «guerra de las galaxias» de Reagan, ni la guerra —menos futurista— de Afganistán, ni las revoluciones de la Europa central y oriental están en el origen del derrumbamiento. Han podido acelerarlo un poco, cada uno a su manera, pero la crisis es anterior, ya que según la confesión de los soviéticos mismos, dirigentes y dirigidos, no es otra que la del *sistema social* instaurado por Lenin y Stalin. El fracaso del Imperio ha presentado la particularidad de que ha sido proclamada y —parcialmente al menos— consentida por los que fueron sus principales beneficiarios: los jefes del Partido Comunista de la Unión Soviética. Se ha visto claramente en el transcurso de este famoso otoño de 1989: ha sido necesario que Gorbachov hiciera comprender claramente a las opiniones públicas de Berlín Este o de Praga que el tiempo de las intervenciones militares soviéticas se había acabado para que los pueblos se levantasen contra sus gobiernos sojuzgados y desacreditados. Aquí puede resultar útil para la comprensión de lo que ha sucedido tan rápido en el año 1989 otra comparación. El Imperio napoleónico también cayó en unos pocos meses, a partir del otoño de 1813. También se trataba de un Imperio posrevolucionario, mitad fortificación, mitad tierra de misión, mantenido con mano de hierro por París, sin que, sin embargo, existiese la unidad política e ideológica que ha sido el sello de los partidos comunistas del siglo XX. Mosaico territorial desaparecido más rápidamente aún que la Europa soviética, pero de una forma completamente distinta: por la guerra y por la derrota. Aunque el escaso medio siglo de vida del Imperio moscovita se presenta como un periodo muy corto, a poco que se considere la formidable ilusión de unidad

ofrecida por este imperio y la ausencia de una derrota militar en la que el régimen se había jugado el resto. A diferencia del Imperio napoleónico, el Imperio soviético se ha derrotado a sí mismo. Su desaparición no es imputable a cualquier tipo de accidente ni a un factor extraño a su lógica interna. El principio de su fragilidad había sido depositado en su cuna y ha corroído despiadadamente, por espacio de unas cuantas décadas, la apariencia de fuerza que la victoria de 1945 había dado al mundo nacido de la Revolución de Octubre.

Aquí es donde este acontecimiento resulta único. Único en el sentido de que no hay un precedente comparable. Se le puede ver desde otro signo, negativo esta vez: de la experiencia histórica comunista no parece que subsista nada positivo o al menos utilizable. No queda ni una idea, ni una institución, ni una ley, ni un código. Los pueblos que salen de ella parecen obsesionados por una pura negación del régimen en el que han vivido, es decir, por la pasión de la restauración, restauración del Estado de derecho, restauración de la libertad, restauración de las elecciones, restauración de la propiedad privada, restauración del mercado. O más aún, cuando todo esto no puede ser restaurado, porque realmente no ha existido, no hay más remedio que imitar a la Europa democrática, verdadero punto de referencia de las revoluciones de la Europa central y modelo implícito de la izquierda postsajaroviana en la Unión Soviética. En cualquier caso, de las sociedades que fueron comunistas no surge nada que Occidente no conociera ya y con razón, ya que se trata de los principios liberales que éste había inventado y que Octubre de 1917 había pretendido «superar».

Por esto, la «tabla rasa» que descubre el fracaso del comunismo produce el vértigo del vacío. Nada que ver, aquí tampoco, con el final de la Revolución Francesa o con la caída del Imperio napoleónico. Napoleón, durante mucho tiempo, había sido ese conquistador insaciable, ese prestidigitador de la victoria, hasta la derrota que destruyó todos sus triunfos de jugador con suerte. Pero el día de su caída, dejó en Europa un amplio reguero de recuerdos, ideas e instituciones en los que incluso sus enemigos se inspiraron para vencerle. En Francia, había fundado el Estado de los siglos futuros. Por el contrario, el Imperio soviético ofrece este raro ejemplo en los tiempos modernos de haber sido una superpotencia sin haber encarnado jamás una civilización. No se sabrá jamás, es cierto, si ha sido tan poderoso como Occidente ha creído, debido a la capacidad de mentir sobre la que ha basado sus resultados. Pero el hecho es que ha agrupado alrededor suyo a espías, clientes y colonias, que se ha dotado de un arsenal militar y de una política extraña a las dimensiones del mundo. Ha tenido todos los atributos de la potencia internacional, que la han hecho ser respetada por el adversario, sin hablar de los del mesianismo ideológico, que le han hecho ser adorado por sus partidarios. Y sin embargo, su caída no deja nada en pie: ni instituciones, ni principios, ni costumbres, ni siquiera una historia. Al igual que los alemanes antes que ellos, los rusos son el segundo gran pueblo europeo incapaz de

dar un sentido a su siglo XX, y por ello siente incertidumbre sobre todo su pasado.

De este modo, lo que al final se descubre a nuestros asombrados ojos, no es ni un gran Estado desmembrado o reducido por haber remitido su destino a los azares de la guerra, ni un poder destruido por la revuelta de naciones o de pueblos a los que había esclavizado, sino la disgregación de un sistema social descompuesto menos por su extensión fuera de Rusia que por sus enfermedades crónicas intrínsecas. Pues, si bien es cierto que la crisis general de la Unión Soviética se ha manifestado también por la agitación e incluso el levantamiento de naciones oprimidas, en Asia y en Europa al mismo tiempo, lo que queda es que esta crisis también alcanza el corazón del Imperio. El problema está en Moscú antes de estar en Tachkent o en Praga. La vieja Rusia ha sido la matriz del comunismo; también ha sido el terreno por excelencia donde se han jugado su destino y su liquidación. Por lo tanto, es Gorbachov, y nadie más, quien ha dado la señal y ha abierto la posibilidad. Es en el corazón del Imperio (y en primer lugar bajo Andropov) donde se han asumido los riesgos de su reforma, que han resultado ser también los de su disolución.

Aquí retomo la idea de la que he partido: la estupefacción de Occidente ante el acontecimiento. El Imperio soviético desmembrado por las revueltas nacionales: estaríamos ante un repertorio conocido. La burocracia soviética destrozada por una revolución de las masas populares: el camino también estaría señalado. La segunda superpotencia puesta de rodillas por la primera: la hipótesis sería absolutamente lógica. Pero que el gusano estuviese en la fruta, que la decisión de modificar el sistema pudiese venir de la dirección del PC, que los primeros pasos de esta inmensa conmoción fueran dados por los que tenían el mayor interés en no correr ningún riesgo, era del todo improbable. Ahora bien, no está claro que para que se descompusiera, no solamente el Imperio, sino el sistema comunista, ha sido necesario que se disgregase previamente, o al menos que se desuniese en su centro, lo que relativiza el papel de las revoluciones antitotalitarias de la Europa centro-oriental, sin que nadie niegue su importancia.

Dos cosas que no tienen nada que ver han agravado rápidamente la situación en lugar de mejorarla. La primera, la más sencilla de observar, es el fin del terror policial. El sistema comunista se mantenía por el temor que inspiraba a todos —sujetos individuales y Estados sometidos—. Cuando los hombres y los Estados han dejado de tener miedo, también han dejado de obedecer. El segundo cambio ha afectado el orden de las creencias y es el más misterioso. En la Europa del Este, desde Varsovia a Budapest y a Praga, nadie cree ya en el marxismo-leninismo, incluidos los comunistas, tras la represión por Moscú de las tentativas revisionistas de 1956. El mismo fenómeno se ha producido en la Unión Soviética sin que se pueda conocer la cronología y ha alcanzado también a las élites



del régimen, igual que en la Europa central y oriental. En este desgarramiento de la conciencia comunista, momento capital de esta evolución, también surge la idea de reformar el sistema más que la de abolirlo. La primera es más probable, al menos en una primera fase, pero puede conducir demasiado deprisa a la segunda, como lo demuestran tantos ejemplos, individuales y colectivos. La ambigüedad del gorbachovismo es esa: ¿revisiónismo o salida del comunismo? Ahora bien, la dinámica de la revisión, en medio de una crisis tan profunda, ha llevado al resto de las fuerzas vivas hacia la destrucción. El poder más totalitario que ha aparecido en la historia se ha revelado de esta forma de una fragilidad extrema a partir del momento en que ha perdido dos grandes recursos, la creencia y el miedo. Se ha quebrado como el cristal, un poco por todas partes, y sobre todo en los Estados europeos sometidos desde la posguerra, en el momento en que se ha encontrado expuesto, sin sus armas, a las grandes pasiones que había creído vencer: el sentimiento nacional, el deseo de bienestar y la libertad. Escribo estas palabras sin un orden deliberado y el futuro mostrará cuál de estas pasiones, en cada uno de los países que salen del comunismo, vencerá. Lo cierto es que las tres conducen a estos países, incluida la Unión Soviética, hacia un repertorio de elementos comunes, ya que la crisis general y del Imperio soviético no es más que la señal de la crisis general del comunismo. De este repertorio quedan por analizar las dosis respectivas según los países, las situaciones y las tradiciones nacionales.

Se puede proceder a este inventario yendo desde la periferia hacia el centro, desde los países que han estado menos tiempo al yugo del comunismo hasta el corazón del sistema, allí donde este mismo fue inventado entre octubre de 1917 y la mitad de los años treinta y donde deja la herencia más dramática.

No es que se pueda considerar a los países de la Europa central y oriental, donde su implantación ha seguido más o menos la avanzada del Ejército Rojo hacia el Oeste, como un mero producto de exportación del citado Ejército, impuesto sólo por la fuerza. El poder de Tito, como todo el mundo sabe, no es gran cosa para los rusos. Además, Stalin siempre se ayudó de los partidos comunistas locales, todos sometidos a su voluntad, en la época todopoderosa, pero no obstante enfrentándose a situaciones distintas: el partido polaco, completamente reconstituido por Moscú durante la guerra, fue puesto en el poder por Stalin. El partido checo no era más independiente, pero incluía estratos más antiguos y, sobre todo, tuvo una actuación más activa y más autónoma en la conquista del poder en Praga en 1948. En todos los casos, la idea comunista no era en aquellos tiempos ésta en la que se ha convertido hoy. Entonces resultaba inseparable de un mensaje de emancipación. Había animado el Ejército Rojo que había pagado el más alto precio por desembarazar a Europa del nazismo; por sus sacrificios, recogió los colores de la libertad y de la democracia. Stalin ya no era el hombre de los procesos de Moscú, sino el de la toma de Berlín.

Para las generaciones posteriores a la guerra, pronto va a resultar tan difícil de comprender lo que fue, como imaginar que el fascismo pudiese encarnar una esperanza en los años veinte y treinta. Razón de más para insistir en ello. Además, la mayor parte de los países de esta Europa central y del Este —Polonia aparte— también tenían sus razones para acoger, sin hostilidad contra el comunismo, al gran hermano ruso.

Los checos se acordaban con amargura de Munich. Los húngaros y los rumanos tenían que hacer olvidar que habían estado en el lado malo durante la guerra. Los serbios, los croatas y los búlgaros amaban la idea de una solidaridad eslava. Ninguno de estos pueblos guardaban buenos recuerdos de Occidente: ni el Imperio austro-húngaro para unos, ni el periodo de entreguerras para unos y otros, eran recuerdos demasiado brillantes. Las dos guerras mundiales tuvieron en su origen este cúmulo de desgracias nacionales.

De este modo, el comunismo soviético encontró en esta Europa, en 1945, las condiciones favorables, independientemente de la mera relación de fuerzas militares a su favor. Incluso en esta parte de la Alemania ocupada por el Ejército Rojo, y que se iba a convertir en la RDA, había restos de una cultura obrera y de una tradición marxista que podían permitir arraigar el nuevo régimen en un abono de historia nacional con los aplausos de Occidente. Así pues, nada resultaría más inexacto que imaginar la fundación de los Estados que iban a convertirse en las «democracias populares» como el mero producto de la ocupación soviética. Esta, por supuesto, ha constituido el telón de fondo y también ha encarnado la opresión; sin embargo, se ha apoyado en la ideología comunista, las herencias históricas, las circunstancias de la época y los sentimientos desiguales pero siempre sustanciales.

Desde esta época desgraciada, la historia de estos países se ha convertido en una mezcla entre sus condiciones particulares de naciones históricas y las condiciones generales de la existencia social y política bajo el comunismo. En este aspecto, el comunismo stalinista y poststalinista se puede considerar como la última tentativa hasta la fecha para resolver la cuestión nacional en la Europa central y del Este por la imposición forzada de la dominación rusa. Pero esta tentativa, a la que el año 1989 ha puesto el punto final, ha presentado esta característica particular de tomar prestadas sus formas del marxismo-leninismo, lo que ha transformado su naturaleza misma.

Bien es cierto que, en un sentido, el Imperio soviético en la Europa del Este no ha sido más que el disfraz de la opresión rusa. La ideología universalista del sovietismo ha revestido un lenguaje de fraternidad, una relación de fuerza nacida de la I Guerra Mundial, prolongada por los acuerdos desiguales en el terreno económico y un alineamiento de los satélites en la política internacional de Moscú —siendo garantizado este conjunto por la presencia de fuertes guarniciones soviéticas por todas

partes—. Es evidente que la primera decadencia del Imperio, el conflicto de 1948 entre Stalin y Tito, fue más el producto de una voluntad de independencia de los comunistas yugoslavos que de su heterodoxia ideológica. Y toda la historia de las «democracias populares», con su poder de tutela, podría escribirse tomando como centro la cuestión nacional, igual que la historia de los pequeños pueblos europeos colonizados por su gigantesco vecino del Este con ocasión de una coyuntura excepcional. Esta no constituye más que un capítulo suplementario, el más trágico, de las interminables desgracias nacionales de esta parte de Europa; de estas naciones tan orgullosas de su pasado y tan poco seguras de su futuro, arrojadas entre las grandes potencias desde hace tanto tiempo, partícipes del mismo destino histórico, pero rivales entre ellas e, incluso, frecuentemente divididas en el interior de sí mismas. La opresión soviética «congeló» sus problemas de identidad colectiva sin hacerlos progresar ni un centímetro, sino quizá negativamente por la experiencia de una resistencia o, al menos, de una larga noche. El año pasado, las naciones del centro y del este de Europa se han vuelto a encontrar antes de la glaciación, pero cargadas de una experiencia común que las ha aproximado.

Porque la opresión que ha pesado sobre estos países no ha sido solamente la de Rusia. Es la del comunismo. Por más que los checos sean menos antirrusos que los polacos, o los búlgaros menos que los húngaros, a todos, indistintamente, se les ha impuesto por mediación de sus comunistas locales la doble penitencia de la economía estatalizada y el partido único, con la obligación de celebrar su desgracia en la misma lengua, como una conquista del pueblo trabajador. Jamás en la historia ningún pueblo sometido ha sido obligado a una identificación tan completa con la potencia dominante como las naciones de la Europa central y oriental. De golpe, también perdieron las señas de sus identidades respectivas, ocultadas por el discurso de la unidad del campo socialista. El viajero que pasaba de uno a otro de estos Estados comunistas podía olvidar un momento sus fronteras (cuidadosamente guardadas, sin embargo, incluso en los tiempos de su «fraternidad» más anunciada) a causa de sus rasgos comunes. Todos tenían la misma regulación económica, los principios filosóficos, el mismo régimen político. Todos, la misma economía lánguida, malos productos de consumo, un bajo nivel de vida, un partido comunista todopoderoso, un Estado policial. El universalismo emancipado del marxismo se transformaba ante nuestros ojos en una ideología de dominación imperialista más perfecta que la de ninguna potencia colonial en la historia del mundo.

Sin embargo, la historia de estos países satélites, entre el final de la guerra y 1989, está lejos de ser uniforme: continúa estando sometida a las tradiciones y a las diferentes fuerzas según los casos. Pero en todas partes vuelve a encontrar una variable funcional, a la que nadie se puede sustraer: nada menos que el grado de aceptabilidad por parte de Moscú de toda iniciativa local por poco importante que fuera. Stalin, en los buenos tiempos del sistema, no había tolerado no tener un control total

del partido yugoslavo. Breznev, menos poderoso, menos «legítimo», tuvo que aceptar la independencia del partido rumano, asegurando al menos el mantenimiento de su carácter totalitario. Mientras tanto, las crisis de 1956 en Polonia y en Hungría, la de la primavera de Praga en 1968, hicieron aparecer, independientemente de la particularidad de cada país, el dominio que les era común —y cuya sede estaba en Moscú. Mejor aún: las revueltas de 1956 tuvieron como condición previa ese temblor de tierra ideológico que fue la desestalinización en la Unión Soviética y el famoso discurso de Jruschov en el XX congreso del PCUS. Si el partido faro cuestionaba su pasado, ¿cómo no aprovecharon la ocasión los partidos hermanos? El giro de los acontecimientos hizo aparecer muy pronto los límites de dicha ocasión. No solamente no se trataba de salir del comunismo, sino que la corrección de los errores no debía sobrepasar el ámbito de Moscú: el revisionismo asumido solamente por los partidos comunistas era el único futuro del comunismo. La demostración volvió a hacerla Breznev en Praga en 1968, con el consentimiento general de las potencias occidentales.

La idea de salir del comunismo o, si se prefiere, la idea del radicalismo democrático, en aquella época estaba muy extendida entre las *intelligentsias* y las «opiniones públicas» de la Europa del Este. Además, existía también en la Unión Soviética en pequeños círculos. Pero parecía tan irreal, al contemplar la dependencia geopolítica de los países satélites frente a Moscú, que no se había planteado como tal: testimonio de la experiencia de Solidaridad, el movimiento más precoz y más audaz en el cuestionamiento del monopolio político del PC. Walesa y sus seguidores —de los cuales cierto número son antiguos «revisionistas»— sitúan deliberadamente su acción en el exterior del PC. Desde este momento, a través de ellos, la sociedad polaca, con la clase obrera a la cabeza, se organiza fuera de los comunistas y contra ellos Moscú sigue siendo la inevitable potencia dominante, y los hombres de Solidaridad son los bastante realistas como para tenerlos en cuenta. Pero Polonia, liberada del miedo, reconquista su lenguaje y no mantiene con la Unión Soviética y los hombres de Moscú en Varsovia más relaciones que a las que está sujeta. Cuando se producen los altercados de diciembre de 1981, el PC polaco no es más que un apéndice del ejército y de la policía, todavía bastante fuerte para hacer callar provisionalmente a la nación, pero que ya ha perdido toda la legitimidad e, incluso, toda apariencia de legitimidad.

En esta época, la idea comunista ha muerto en casi todas partes entre las opiniones públicas del Este europeo, tanto en su forma pura como en su maquillaje revisionista. Los regímenes comunistas sobreviven porque siempre sacan su fuerza de la potencia colonial y de que se identifican con el aparato del Estado local. Aquí y allá, en Hungría por ejemplo, hubo acuerdos tácitos de coexistencia con la sociedad civil. En otras partes, y este «otras partes» cubre la mayor parte de los casos —Rumania por supuesto, pero también Checoslovaquia, Polonia, Alemania

del Este—, el viejo terror policial se reduce cada vez más por la fuerza desnuda servida por la resignación de las poblaciones: nadie cree en cambios importantes en Moscú en un futuro previsible.

Ahora bien, *estos cambios se llevan a cabo*. Es la divina sorpresa de Moscú. Sorpresa, a decir verdad, que tarda unos cuantos años en tomar cuerpo, a medida que los pueblos, al igual que los expertos, se interrogan sobre el proyecto de Gorbachov. Pero, sorpresa divina cuando, a comienzos de 1989, se produjo el compromiso entre Jaruzelski y Solidaridad, seguido inmediatamente por un triunfo electoral de los candidatos de Solidaridad, al mismo tiempo que Hungría emprende, como quien no quiere la cosa, el desmantelamiento del telón de acero. El revisionismo de Gorbachov que se quiere en la Unión Soviética, fiel a los principios del leninismo, desemboca en lo que parece una autorización de salida concedida a los individuos y a los Estados del campo socialista. Por la puerta que Hungría deja abierta hacia Austria, los alemanes abandonan masivamente la RDA. Son los únicos que pueden reencontrar su patria abandonándola. Al término de las elecciones libres, con un poder repartido provisionalmente, los polacos salen del leninismo. Moscú acepta la nueva dinámica y enseguida Gorbachov indica a Honecker que el Ejército Rojo no intervendrá para salvar a sus clientes, incluida Alemania. Poco importa que creyese o no que se podría sustituir a los comunistas menos dogmáticos: también ha asumido el riesgo de ver disgregarse todo el Imperio en unas cuantas semanas. Lo que de hecho tuvo lugar.

El primer hecho de la disgregación del Imperio es por lo tanto la decisión, tomada en el Kremlin, de no defender ya a toda costa —incluida la fuerza militar— la cohesión e incluso la existencia: decisión que era considerada inverosímil por la opinión pública y los especialistas y que todavía mantiene una gran parte de su misterio. Lo cierto es que las «revoluciones» de la Europa central y oriental de finales de 1989 —Berlín, Praga, Bucarest— no cobran sentido más que con relación a esto. Además, nadie sabe qué papel han desempeñado los hombres de Gorbachov en su desencadenamiento, su curso y su resultado. Se sospecha que han manejado toda Bucarest. En Berlín, y en Praga más aún, la situación se les escapó rápidamente; pero esto no impide que en Alemania intentasen durante algunas semanas la «solución» Ugo Krentz.

Además, la intervención de las masas populares no tuvo lugar ni en Polonia —donde Solidaridad condujo el proceso de emancipación en su nombre—, ni en Hungría, donde el partido comunista húngaro mismo fue quien se hizo progresivamente el *hara-kiri* político, que todavía no estaba registrado en el repertorio de los partidos totalitarios. Finalmente, una última característica de esta liquidación de los regímenes de la Europa central y oriental tiende también a reducir, o al menos a relativizar, la importancia de lo que se ha dado en llamar las «revoluciones» populares: la ausencia de sangre derramada.

En este final de siglo tan pródigo en masacres cometidas en nombre de las ideologías, el final del Imperio comunista de Europa —excepción hecha en Rumania— se ha producido casi pacíficamente, dentro de un acuerdo casi general. Este acontecimiento gigantesco comenzó con una secuencia característica: miles de alemanes abandonan su patria comunista por su patria capitalista al volante de sus pequeños Trabant donde habían amontonado sus magros haberes. Este éxodo de una pequeña burguesía a la búsqueda de un futuro mejor para sus hijos evocaba más un desplazamiento de población hacia bienes menos escasos que una lucha heroica por la libertad o la muerte. Más tarde, esta misma escena de la lucha por la salida se vuelve a dar en Tirana por el canal de las embajadas extranjeras. Después de haber pasado las dos guerras mundiales, el nazismo y el comunismo, Europa parece haber consumido su pasión por la violencia sanguinaria, tanto en el Este como en el Oeste. La salida del comunismo prometía estar acompañada de terribles enfrentamientos y se ha hecho en la paz civil, sin que haya ido seguido de arreglos de cuentas o de depuraciones. La «revolución de terciopelo» en Praga o la transición democrática en Budapest han inaugurado nuevas formas de cambio radical de régimen.

Es cierto que este cambio radical no es del tipo de aquellos a los que nos tiene acostumbrados el repertorio revolucionario desde 1789. Porque ya no se trataba de inventar una sociedad todavía inédita en la historia, sobre las ruinas de la que se trastoca, sino por el contrario, de volver a la que precedió al régimen comunista: es decir, de restablecer la propiedad privada, la igualdad ante la ley, la garantía judicial de las libertades, la independencia de las Iglesias, elecciones libres, un gobierno constitucional. Ejercicio que se podría considerar más fácil, en la medida en que se trata no de improvisar lo nunca visto, sino de volver a lo conocido, beneficiándose al mismo tiempo, por imitación, de la historia de las democracias occidentales y, por rechazo, del fracaso comunista. Sin embargo, si las revoluciones anticomunistas han sido relativamente fáciles, la tarea que les espera no lo es.

Por dos razones que se encuentran la una en el pasado de estos países y la otra en su situación actual. Desde el siglo XIX, para no remontarnos más en el tiempo, los pueblos de la Europa central y oriental no se han llevado, en general, demasiado bien con la democracia. La herencia de la Revolución Francesa alimentó más el nacionalismo que los derechos del hombre. El antiguo régimen sobrevivió más o menos hasta la II Guerra Mundial apoyándose sobre unas vastas propiedades de fincas y los gobiernos fueron con frecuencia más autoritarios que liberales. Habría que matizar este panorama según los países y los Estados, partiendo de Checoslovaquia, por ejemplo, para llegar a Rumania; pero finalmente, para la mayor parte de ellos, este famoso pasado democrático que se intenta hoy restaurar es más bien una recuperación de los ideales de la *intelligentia* liberal que una vuelta a un estado social que hubiera existido plenamente.

Porque los cuarenta años de comunismo han creado una situación verdaderamente dramática. Es cierto que se han liquidado las viejas aristocracias terratenientes, pero ¡a qué precio! También han destruido todas las élites de estos países, morales, religiosas, intelectuales, económicas y políticas; han echado a los judíos que habían sobrevivido al genocidio hitleriano; han acabado con la vida de las ideas, desmoralizado a las poblaciones, arruinado la economía, revestido la tiranía con el vocabulario de la emancipación. Bajo cualquier aspecto que se examine hoy el balance de estas dictaduras comunistas, no se encuentran más que ruinas. No existe herencia de los antiguos regímenes comunistas. No dejan nada inédito en los materiales ofrecidos por la reconstrucción, ya que hay que volver a partir de los principios de la libertad democrática, que ellos se ingeniaron en liquidar bajo el pretexto de llevarlos a cabo. Restauración que toma sus ejemplos de Occidente, sobre la base de una negación pura y simple de la utopía asesina que la ha precedido. La operación es, por lo tanto, doblemente difícil. En principio, porque se trata de «restaurar» un estado social y político que no ha existido más que parcialmente y cuyo modelo está en otra parte. Pero más aún, porque lo que existía ha sido metódicamente destruido por las «revoluciones» comunistas de la postguerra, fatales, especialmente en todo lo que ha podido asemejarse a una iniciativa social. Por un lado, estas sociedades han sido «congeladas» por la tiranía burocrática de tal forma que, a la salida del túnel, se las ve reaparecer con sus rasgos debilitados de hace cincuenta años. Por otra parte, han sido tan profundamente heridas por su participación forzosa en la mentira totalitaria que tendrán muy difícil encontrar en ellas mismas el recurso moral de su renacimiento económico y político. La RDA tiene un hermano mayor en el que apoyarse. Pero, ¿y los otros? La «tabla rasa» ante la que se encuentran en todos los terrenos es tan amplia...

Para comprender la dimensión dramática del problema, hay que volver a la situación de la Unión Soviética. Ha sido en el corazón del Imperio, allí donde se inventó todo, donde el comunismo ofrece la situación más desesperada.

La forma en la que se ha descompuesto progresivamente sigue siendo todavía muy misteriosa: en todos los terrenos, la Unión Soviética es extraordinariamente opaca y en esto no es la excepción. Se ve claro bajo qué factores externos se ha llevado a cabo la gran reforma gorbachoviana: el coste de la potencia mundial y especialmente la carrera armamentística han acabado por extenuar la maltrecha economía soviética, a la que ha habido que restablecerle el tono. Quizá los historiadores digan algún día que la política de Reagan ha sido en este aspecto más eficaz que lo que se le reconoce generalmente en la prensa internacional. Pero queda que el deterioro interior de la Unión Soviética había alcanzado al final de la era Breznev un grado tal, que no solamente la potencia del país sino su salud física y moral, su suministro, sus condiciones de vida, la capacidad de las autoridades públicas para satisfacer las necesidades sociales elementales, eran cuestionadas. Hasta el punto que uno de los

muy raros observadores que había previsto la crisis general ha resultado ser un joven demógrafo, Emmanuel Todd, que había descubierto, en los años setenta, el alza de la tasa de mortandad infantil.

A partir de un diagnóstico que ahora se puede, si no cifrar con precisión, al menos imaginar a grandes rasgos, ¿qué ha querido hacer Gorbachov? La única respuesta segura que me parece que hay a esta interrogación universal es que no ha querido hacer lo que ha hecho. Es una respuesta que molesta a los ciudadanos del mundo occidental, más propensos que los rusos, los ucranianos, o los azerbaijanos a celebrar el genio del primer secretario del PCUS. En efecto, las opiniones públicas del Oeste prestan a su política una coherencia y un orden que provienen más bien de un deseo secreto que de la evidencia de los hechos. Porque, después de haber ofrecido la imagen por excelencia de una sociedad cuajada por un Estado totalitario, la Unión Soviética es hoy el teatro de una extraordinaria improvisación de la historia cuando nosotros querríamos más que nunca saber, o por lo menos adivinar, un poco qué se cuece en la olla de los sobrevivientes del comunismo. Gorbachov nos puede dar fácilmente la sensación de tener un cierto dominio de los acontecimientos ya que, después de todo, él los ha puesto en marcha en gran medida.

Esta historia queda por escribir, incluso simplemente por conocer, pues incluso en el momento en que se descompone, la Unión Soviética permanece rodeada de secreto. Ha comenzado como una clásica batalla de sucesión por el poder, ya que cada nuevo secretario general debe colocar a sus hombres al precio de una modificación o incluso de una crítica de la política de su predecesor. En este caso, Andropov no permaneció en el cargo el tiempo suficiente como para ofrecer un blanco a su sucesor; se encontró con el aparato de Breznev al que tenía que someter o eliminar para ser el amo y señor. Gorbachov ha hecho, pues, lo mismo que Jruschov: ha acumulado en sus manos el máximo de poder. Pero lo ha hecho de una forma inédita. Antes de él, el partido había constituido el único medio de poder. El secretario general, si llegaba el caso, podía volverse contra él, destruir el esqueleto para rehacerlo, como Stalin en los años treinta; pero nadie era el amo de la Unión Soviética sin tener la autoridad absoluta sobre el aparato comunista. Cuando Jruschov perdió su autoridad en 1964, cayó. Ahora bien, Gorbachov, para imponerse, ha tomado otro camino. No ha reconstruido el partido como instrumento para su reinado. Se ha apoyado en elementos externos del partido. En resumen, ha cambiado las reglas del juego.

En cuanto fue elegido secretario general en 1985, comenzó a movilizar a su favor las fuerzas exteriores del partido y al sistema político. Táctica que en el fondo no estaba muy lejos de la de Mao cuando lanzó a las masas contra el aparato del partido: se trataba al mismo tiempo de reinventar un entusiasmo comunista y de debilitar a los dirigentes comunistas rivales en el Buró político. Pero el asunto discurrió de otra forma.

La modesta apertura hacia la sociedad y la relativa suspensión del terror policial no ha dejado ver una superación del comunismo sino una exigencia de democracia, a la que Gorbachov ha cedido progresivamente, forzado por las circunstancias: amenazado con quedar en minoría en el partido como Jruschov, ha reanimado el Parlamento y ha tenido que apoyarse en fragmentos de opinión pública, tales como la *intelligentsia*. Pero por esto, al debilitar a sus adversarios, también se ha debilitado, destruyendo el origen de su legitimidad, ofreciendo un terreno nuevo a rivales imprevistos y suprimiendo, con el miedo, el principio de obediencia. Incluso el creciente desorden de la economía no tiene otra razón, en la medida en que es inseparable de la anarquía en el Estado: «Al suprimir el terror, también se ha suprimido la confianza», me decía recientemente un miembro del Parlamento soviético, sin embargo gorbachovista convencido. Frase terrible, pero frase profunda, que define bien el carácter frágil e híbrido del nuevo «presidente» de la Unión Soviética, demasiado comunista para lo que ha concedido de libertad.

No hay ninguna razón para suponer que Gorbachov haya sido un anti-comunista enmascarado, o incluso un mal comunista, de 1985 en adelante. Todo induce a creerle bajo palabra, cuando todos estos últimos años no cesa de predicar el renacimiento del comunismo. Pero las circunstancias han hecho añicos su proyecto y él ha seguido a las circunstancias sin tener un proyecto de recambio: esto es lo que da a su carrera política ese carácter a la vez decidido —ya que siempre elige el «lado bueno» de los acontecimientos— y totalmente incierto —pues nadie, y él menos que nadie, sabe a dónde va. Avanza, practica incluso la huida hacia adelante, pero sin objetivos. Formidable fuerza animada por la pasión de sobrevivir más que por la voluntad de dominar.

El comunismo ha muerto, con su ayuda, en la Europa central y del Este en 1985. Ahora bien, en febrero de 1990, él hace que se vote en el Comité Central del PCUS de forma casi unánime la medida que ha conducido a los países satélites por este camino: el final del monopolio político del partido, iniciativa, o reacción, típica de su estilo; para replicar a sus enemigos, a los que la situación proporciona argumentos fuertes, hace pasar una medida que les debilita a ellos, pero que también le debilita a él. Pues el monopolio político del partido es, para él más aún que para ellos, el secreto del poder absoluto. Al votar el fin sin duda los más conservadores del Comité Central aceptan una derrota capital. Pero Gorbachov asume el riesgo de una oposición futura infinitamente más fuerte que la suya. Se me puede decir que esperaba conjurar ese riesgo. En efecto, probablemente pensaría reagrupar en torno a él, con el grueso de los comunistas, un gran partido del Presidente que tendría a sus lados una derecha y una izquierda marginales; algo así como el Partido Revolucionario Institucional mexicano, guardián juicioso de una legitimidad revolucionaria perdida en la noche de los tiempos. Pero, precisamente, no le ha salido bien la jugada y por el contrario, ha abierto el camino al desarrollo de una fuerte corriente de oposición democrática, de la que su

De este modo, la patria del comunismo no escapa al fin del comunismo, pero lo vive a su manera, más lenta, más compleja y más profunda. La originalidad de la situación soviética contiene varios factores específicos, un inventario de los cuales, aunque breve, permite medir su alcance.

El primero es evidentemente la duración del régimen. Los países de la Europa central y oriental han tenido una experiencia relativamente corta en éste, una o dos generaciones, mientras que la Unión Soviética lo inventó y lo ha hecho vivir durante setenta años. Además, los primeros lo ilegitimaron muy pronto, unos cuantos años después de su puesta en práctica. Por el contrario, en el caso de la Unión Soviética, el comunismo tuvo como padres fundadores a dos figuras carismáticas: Lenin y Stalin, y a quien por su victoria sobre la Alemania nazi se rodeó de una gloria nacional y universal de la que supo hacer un formidable uso, en el interior y en el exterior. Por eso, el sistema se ha beneficiado de un arraigo social particular, del cual dan una idea los libros de Zinoviev, por ejemplo. Ha creado sus hábitos y sus conductas, por lo que el ciudadano soviético, privado de libertad política y de comodidad material, aprovechaba ciertas ventajas, como la de trabajar poco.

Pero por otro lado, el régimen siempre ha tenido como condiciones esenciales la mentira ideológica y el terror policial. Mediante la una, prohibía la comparación con Occidente; mediante el otro, hacía respetar esta prohibición. Ahora bien, esta pareja central del funcionamiento totalitario perdió su eficacia después de Stalin. Jruschov hizo entrar la verdad en la mitología soviética y comenzó a deshonorar el terror. A partir del momento en que la referencia a Occidente se convierte poco a poco en la obsesión común de la *nomenklatura* y de una oposición intelectual clandestina más o menos tolerada, ya no queda del comunismo más que lo que había destruido de la antigua identidad con el Oeste; es decir, nada, en el sentido pleno del término, una pura negación, una sistemática «tabla rasa». Se hizo añicos una sociedad hasta que tomó conciencia de sus recursos de reconstrucción a la occidental, cuando para ello no tiene otros a su disposición.

Esto es lo que ha dado a la política gorbachoviana este aspecto surrealista que exaspera a los ciudadanos soviéticos. El Presidente está completamente desnudo y hace como si estuviera vestido. Habla de reanimar la economía y la situación alimenticia no cesa de agravarse. Pretende reformar el régimen comunista y no tiene otras ideas que las que toma prestadas de la tradición occidental. Quiere dar una nueva juventud a la esperanza de Octubre de 1917 y todas sus acciones conspiran, a fin de cuentas, para extinguirla. Hace como si todavía gobernase su país, pero sólo le cree el Oeste, fiel a su constante credulidad en la Unión So-



viética. Los Estados bálticos reclaman su independencia, los pueblos más antiguamente sometidos por la Rusia de los zares han comenzado en la anarquía y en la sangre una descolonización tardía pero tanto más explosiva; Ucrania occidental manifiesta con fuerza su hostilidad hacia Moscú, la República de Rusia proclama la plena soberanía de su reciente legislación, contradictoria con la de la Unión —en resumen, es la Unión Soviética misma la que se encuentra cuestionada. Gorbachov preside en una disgregación general mientras Occidente quiere darle a toda costa un estatuto de reconstructor.

El comunismo soviético se muere de una descomposición interna, como para desmentir aún una última idea del marxismo, según la cual las sociedades sólo mueren cuando están preparados los elementos del relevo, formados en el seno del mundo antiguo. El hecho de que el comunismo soviético no deja prever nada de qué será la sociedad que le sucederá. El secreto de la especie de angustia que suscita su desaparición existe un poco en todas partes, incluidos sus adversarios. En efecto, si todo lo que cuenta en el mundo político (francés, por ejemplo) busca resolver el problema antes que comprenderlo, es que el Imperio edificado sobre una pretendida conformidad con las leyes de la historia no encarna más que el contrario exacto de esta pretensión: su futuro, incluso el más próximo, es rigurosamente imprevisible.

Traducción: Miguel Hernández



LIBROS

BALANCE Y PERSPECTIVAS DEL SOCIALISMO EN ESPAÑA

Miguel PORTA PERALES

José María Benegas,
La razón socialista.
Ed. Planeta.
Barcelona, 1990.

Tras ocho años de gobierno socialista es absolutamente lógico —y yo añadiría que recomendable— que algún dirigente se proponga valorar lo que dicho periodo de gobierno ha dado de sí. *La razón socialista*, de José María Benegas, es un libro que se propone hacer balance de la obra llevada a cabo por el socialismo en España durante los últimos ocho años de gobierno. Y la voz de Benegas —secretario de Organización del PSOE— es una de las más autorizadas del socialismo español. De ahí la importancia de este libro que, de una u otra manera, podemos considerar que nos ofrece la versión «oficial» del asunto tratado.

¿Cuál es el balance de los años de gestión socialista? José María Benegas se muestra rotundo: los ocho años de gobierno socialista han sido «cruciales en la historia de este país y en la historia del socialismo español», y en ellos el país ha sido «devuelto a la corriente principal de la historia». Y Benegas ofrece sus argumentos. Unos argumentos que nos son presentados como datos, es decir, como realidades contrastables. El «proyecto na-

cional» diseñado (y realizado) por los socialistas ha sido crucial para el país —afirma Benegas— por varias razones. Veamos algunas.

Políticamente se ha consolidado la democracia, se ha garantizado la continuidad de las instituciones democráticas, se ha solucionado el a veces llamado «problema militar» a través de una política militar nacional y racionalizadora, se han normalizado las relaciones entre las autonomías y el poder central (aunque Benegas reconozca que estas relaciones a veces «chirrían»), se ha desdramatizado el problema vasco gracias al gobierno de coalición entre socialistas vascos y PNV, se ha aislado a los violentos, se ha pasado a «estar» en Europa y a tener una política internacional digna de ese nombre sin vaivenes ni incoherencias, etc.

Económicamente —prosigue Benegas— el balance también es positivo, a pesar de la herencia recibida (de la catastrófica herencia recibida) y a pesar de las dificultades que se han tenido que superar. ¿Por qué un balance positivo en el plano económico? Por, entre otras, las siguientes razones: se ha saneado y reac-

tivado la economía huyendo de demagogias y populismos que a la larga son catastróficos, se han distribuido entre empresarios y trabajadores los efectos perversos producidos en el proceso de superación de la crisis, se han sentado las bases de un Estado del bienestar (sistema de pensiones no contributivas, igualdad de participación de todos los ciudadanos en la vida social, acceso a la educación y a la cultura, protección del medio ambiente, etc.), se ha crecido más rápidamente que el conjunto de la Comunidad Europea, etc.

Si los balances político y económico son positivos, otro tanto ocurre —concluye nuestro autor— con el balance cultural. Pese a lo limitado del presupuesto, y pese a algunos errores por «exceso», el secular aislamiento cultural español ha sido vencido. Se ha favorecido la información, la libre creatividad, el movimiento de las ideas, la oportunidad de llegar al público, etc.

Y la labor positiva de los ocho años de gobierno socialista tiene su telón de fondo: lo hecho, parece decirnos Benegas, «es el socialismo». Y ello es así porque, afirma nuestro autor, el «socialismo es un proceso, no una meta final», y el «esfuerzo por acabar con la explotación, reducir la desigualdad y crear una sociedad más humana es ya socialismo y no tiene

sentido preguntar cuándo vamos a empezar a hacer política socialista».

La razón socialista, y entrando ya en su valoración, es un libro fácil y difícil de valorar. Nos explicamos. Estamos ante un libro «fácil» de valorar por una doble razón: porque es sumamente fácil disparar contra el dirigente (y, evidentemente, el verbo «disparar» ha de entenderse en sentido metafórico) y afirmar que estamos ante un trabajo que no es más que pura y simple propaganda como corresponde esperar de un señor que ocupa el cargo que ocupa en el seno del PSOE; y porque, *sensu contrario*, es también sumamente fácil ofrecer flores al dirigente afirmando que estamos ante un trabajo clarividente y excepcional como corresponde a un dirigente que ocupa el cargo que ocupa en el seno del PSOE (y, mire usted, al poder hay que tratarle bien porque nunca se sabe lo que puede ocurrir). Pues bien, yo recomiendo a los lectores de este libro que guarden sus inclinaciones «cazadoras» y «florales» para otra ocasión más propicia. Por decirlo en otros términos: *La razón socialista* es un libro que hay que valorar sin ningún tipo de prejuicio ni de *parti pris*. Este, en fin, es un trabajo que merece y reclama una valoración fundamentada que sea capaz de «olvidar» el cargo que su autor ocupa en las filas del socialismo español.

Puestas así las cosas, y a modo de guión valorativo, conviene señalar que con los datos (con la realidad) en la mano el balance que José María Benegas hace de los ocho años de gobierno socialista es substancialmente correcto. Se puede ser todo lo crítico que se quiera con la labor del Gobierno —y quien quiera puede disparar contra el dirigente—, pero hay algunas cosas que resultan incontestables. Por ejemplo: que se ha consolidado el juego democrático, que España se ha insertado en Europa y ha dejado de ser un destino diplomático, que el crecimiento económico es un hecho palpable, que la redistribución (mayor o menor) es fácil de constatar (pensiones, sanidad, educación, etc.), que la renta de los ciudadanos de este país ha aumentado, que la desigualdad ha disminuido y las libertades se han consolidado, etc. Y quien no esté de acuerdo con esta valoración positiva tiene la obligación de aportar datos que la contradigan. Así de sencillo. Y de difícil.

Ahora bien, y como tampoco se trata de obsequiar con flores al dirigente, hay que señalar que José María Benegas es un poco parco cuando se trata de señalar los problemas pendientes. Ciertamente se nos dice que hay que mejorar unas infraestructuras insuficientes, que hay que culminar el papel que España debe desempeñar en el nuevo

orden político internacional, que hay que adecuar la cultura política del país a los tiempos que están por venir y que se necesita un partido socialista «renovado» (y me parece magnífico, dicho sea sin ironía, que el secretario de Organización hable de la necesidad de renovar el partido). ¿Por qué afirmamos que Benegas es un poco parco con los problemas o cuestiones pendientes? Porque, puestos a señalar, también se podría haber hecho hincapié en la importancia del desempleo, en la aparición de un nuevo tipo

de desigualdad (la famosa sociedad de los dos tercios), en los problemas de gestión de determinados servicios públicos, en algunos de los goznes que parecen «chirriar» (y el término es del propio Benegas) en el Estado de las Autonomías, etc.

En cualquier caso, y citando al autor, nadie puede negar que los ocho años de gobierno socialista han servido para construir una «España liberada ya de sus lacras seculares y dueña de sus destinos». Y, por continuar con una cita

del autor del libro —y la cita está especialmente recomendada para los más críticos de los críticos—, hay que considerar que la realidad acostumbra a ser muy terca y que, muy probablemente, se ha llevado a cabo «la única política de izquierda posible, y que cualquier otra política habría sido conservadora o desastrosa. O las dos cosas». ¿Que la realidad, por muy terca que sea, se puede transformar? Es cierto. Pero sin demagogias. Y, por supuesto, sin dormirse en los laureles. Que así sea. ■

LA PASION DE LA SOLIDARIDAD

Juan Ramón IRAETA

Reyes Mate,
Mística y Política.
Ed. Verbo Divino.
Estella, 1990.

El interés común, el bienestar general, el control democrático de la riqueza, todos estos objetivos socialistas están en horas bajas. Nadie parece apostar un duro por ellas y esta poca demanda hace desaparecer la oferta misma. Esos objetivos son en realidad pseudónimos o concreciones de ese gran valor ilustrado de la tradición socialista llamada solidaridad, el único quizás común a toda esa tradición desde la I Internacional naciente y unida. La caída del Muro de Berlín habrá sido la confirmación, paradójicamente en Oriente, de una muerte anunciada por toda una década, la de los ochenta en Occidente, que dio la espalda a ese valor de la solidaridad, una década en la que no sólo los líderes de opinión

mostraron la talla de sus omóplatos, sino también la sociedad en su conjunto que, a fuerza de un proceso ideológico de privatización de la razón por parte de sus miembros, se creyó invisible y, por consiguiente, inexistente como tal cuerpo social.

El libro de Reyes Mate relata esta década y estas aventuras de la razón que son verdaderas desventuras. En este sentido, *Mística y política* es la continuación natural de su anterior *Moderidad, religión, razón. Escritos desde la democracia* (Anthropos, 1986), aunque ahora el género sea menos periodístico o de intervención puntual y más de confrontación cultural. Este detalle merece subrayarse. Reyes Mate nunca ha practicado el



parapente intelectual, ese ocioso deporte de bajo vuelo y corta distancia basado en seguir la corriente del viento. Siempre ha apostado por valores, si no eternos que como filósofo de la historia sabe muy bien que no los hay, al menos asegurados en el orden de las razones. Esta sabiduría de la razón consecuente le ha exigido no escurrir el bulto ni las posibilidades cuando el viento no corría, al tiempo que presentarse voluntario a un debate abierto sobre esos valores cuestionados.

Lo interesante de su posición es la de presentarse bajo una cierta calidad de *outsider* o de intruso. Quizás no sea ajeno a ello su doble condición de filósofo, militante socialista, y de teólogo, cristiano comprometido; lo que, por de pronto, resulta ser ya una condición cuádruple. Asumirlas y no sentirse internamente desautorizado es su mérito. A los convencidos de que la militancia contradice o incluso excluye la razón y la filosofía, convendría bien la lectura de «La crítica (interesada) de la crítica (independiente)» (*El País*, 21/9/88), modélico ejercicio práctico de la metacrítica clásica. Respecto al cristiano comprometido, esta figura parece pertenecer hoy al acervo común, pero hace quince años Reyes Mate consideró oportuno escribir un ilustrativo «¿Pueden ser rojos los cristianos?» (*Mañana*, 1976). Eran otros tiempos. Tiempos efectiva-

mente de propagandistas, pues como él mismo ha señalado diez años más tarde, «la razón no ejerce de la misma manera en un contexto democrático que en otro, negador de las libertades públicas». Entonces y ahora su regla ha sido, por decirlo con las palabras de su prologuista José Jiménez Lozano, la de no «entregarse a la impiedad de la evasión o al encubrimiento».

Los siete artículos que componen el libro fueron publicados entre 1987 y 1989. Lo cierra el más antiguo de ellos, titulado «El destino del catolicismo liberal en España. Fracaso de un proyecto europeo», que profundiza en la distinción de José Antonio Maravall entre liberalismo católico y catolicismo liberal. El primero tiene raíz tradicional y coincide con la ortodoxia en el rechazo de principio del liberalismo; el segundo es de orientación romántica ya que su deseo de introducir la libertad en el cristianismo ponía en entredicho la identidad de la Iglesia: aquél pervive por su aceptación pragmática de las reglas de juego democráticas, en vista a salvar los intereses de la Iglesia; éste fracasa por la falta de una base social y su correspondiente cultura.

Así como hay un liberalismo católico, existe un liberalismo social. Reyes Mate le reconoce ser la respuesta más articulada a la crisis del socialismo y le detecta nada menos

que entre las líneas del *Programa 2000* y en los posicionamientos teóricos y políticos de Miguel Angel Quintanilla y Ramón Vargas-Machuca. Pero no por articulada la respuesta parece mejor fundada, ni la crisis más saturada. El liberalismo social es, a ojos de Reyes Mate, el efecto «de la fascinación que ejerce sobre el socialismo la cultura conservadora»; se entiende periclitada la propia cultura tradicional del socialismo y llena de futuro la cultura del liberalismo, que es, sin embargo, la cultura objeto de la crítica de la cultura clásica socialista. El fundamento filosófico o, al menos, metodológico parecen depositarlo en la doctrina del racionalismo crítico (K.H. Popper, H. Albert, H. Lenk) que, como su nombre indica, es el colmo del racionalismo, es decir, la conversión en mito político (la democracia como instancia reguladora de la emancipación y la felicidad) del principio legislador de la razón (que conoce sus límites y autorregula sus propias falsaciones). Es la reducción del socialismo a móvil político, a ejercicio del poder en aras del bienestar y, por tanto, sin alcance ético ni moral otro que el cálculo racional de la suma de intereses. Ahora bien, el socialismo (la política) no es entonces más que el ejercicio decisionista de una elección irracional o tecnocrática.

La teoría habermasiana de la acción comunicativa parece

concordar mejor con el socialismo liberal. Reyes Mate refleja sus cuentas con esta teoría en el primero y más extenso de los artículos, titulado «Solidaridad compasiva». Tras exponer el argumento general de la razón comunicativa, «verdadero bálsamo de Fierabrás de todos los males que aquejan a la modernidad», se llega a la convicción de una fundamentación intersubjetiva de la ética, sin la cual no hay filosofía política ilustrada. Y es esta intersubjetividad la que centra la posible solidaridad universal. Ahora bien, al modelo simétrico y presencial del consenso logrado por la pragmática universal de Habermas, Reyes Mate le echa en cara algunas viejas verdades: el carácter asimétrico de la realidad intersubjetiva; la obligación para toda solidaridad que se precie de su nombre de recoger la tradición histórica (el memorial) de los no presentes y por ello mismo a recordar. Los no presentes no son solamente los más o menos lejanos en el tiempo; son, en primer lugar, los no presentes en el festín y, en general, los vencidos —de ayer o de hoy. No en vano *Mística y política* es dedicada al filósofo y teólogo Johan Baptist Metz en su condición de «celoso guardián de la razón anamnética».

El título puede desconcertar, máxime visto el tratamiento del tema. Pero Reyes Mate hace suyo el lema de

Metz de que «el nuevo nombre de la cultura es la política», inscribiéndolo en el horizonte de la filosofía de la religión. Y aquí hay que subrayar lo de filosofía, es decir, lo de ser una argumentación pública y, en este sentido, secularizada. Este horizonte se torna la mediación o el elemento natural ineludible de la interpretación cultural del cristianismo. ¿Qué quiere decir esto? Para empezar significa rebasar el discurso religioso formulado exclusivamente en clave teológica. No se trata sólo de la teología de la muerte de Dios o secularizada; también y sobre todo es el cristianismo sin teología trascendental, es decir, libre de sus idealismos y abstracciones. Una teología asentada en la historia y en los pueblos. Es pues una teología crítica, pero no una teologización de la teoría crítica de Francfort. El interés público y no privado le viene por partida doble: el mensaje cristiano tiene unas exigencias universalistas, que ni se pueden privatizar ni idealizar; prioridad de la praxis eclesial, es decir, de la relación de la religión instituida con la sociedad, sobre la hipostasiada relación individual del hombre con Dios.

La recuperación de la anamnesis le viene a Metz del diálogo ecuménico con los judíos fortalecido a partir de la barbarie de Auschwitz. Reyes Mate lo refuerza con elementos que aquí sólo se

pueden desgranar: el W. Benjamín del *Fragmento teológico-político* y de las *Tesis sobre la filosofía de la historia*; el Hegel de la lucha por el reconocimiento y de la distinción entre Ilustración (subjetividad, autoconciencia) y Modernidad (conciencia de la escisión resultante) a cuya base está el litigio de la religión.

Lo novedoso de Reyes Mate es su estrategia de enfrentamiento al consenso resultante de la comunidad ideal de diálogo postulado por Habermas. Se distingue, por una parte, del individualismo ético del disentimiento de Javier Muguerza, que convierte la ética en el derecho a decir no y, por lo tanto, en un asunto de discurso; por otro, no llega al extremo del universalismo objetivo del diferendo de Lyotard que, al elevar este resabio del antiguo concepto marxista de contradicción en condición metafísica de la existencia humana, convierte todo contexto en obligación ética. Reyes Mate venía por el camino del medio y ha recogido los frutos de ambas orillas: del diferendo, la universal asimetría contextual de la intersubjetividad, del disentimiento, la lucha forzosamente subjetiva por el reconocimiento. Pero su engarce hace que la contestación del diferendo no se convierta en pesimismo metafísico, ni la voluntad de disentir en individualismo ético.

La sociedad abierta del renacimiento crítico y la comunidad de diálogo de la pragmática universal coinciden en cultivar esa metafísica de la presencia propia a las filosofías de la historia fundadas en la que Reyes Mate designa con el término de ontología del presente: éste es el fruto más logrado del pasado y la pauta del futuro. Sobre esta ecuación

se basan las categorías de progreso y evolución, de desarrollo indefinido tanto de los recursos de la naturaleza como de los logros e ingenios de la ciencia y la técnica. Pero uno se puede preguntar, como Kant, si la especie humana conoce un progreso moral o, como Freud y los Mitscherlich, si existe una idoneidad del hombre para la cultura. Re-

yes Mate no duda de ambas cosas, a la sola condición de que los hombres sean realmente hombres, es decir, logren su mayoría de edad también como sujetos morales. ¿Cómo? Compartiendo públicamente la memoria de la pasión de los hombres. Su nombre es solidaridad compasiva y su trazo el de la conjunción de la mística con la política. ■

CONTRA CUALQUIER TOTALITARISMO

Miguel PORTA PERALES

Fernando Savater,
Humanismo impenitente.
Ed. Anagrama.
Barcelona, 1990.

Fernando Savater —catedrático de Ética en la Universidad del País Vasco y colaborador habitual e inevitable de prensa— es una de las voces más críticas y lúcidas que hoy se pueden encontrar en el Estado español. Voz que raras veces calla. Voz que suele ir a contracorriente. Y es que Fernando Savater es de los que no perdonan: no perdonan el totalitarismo moral que con frecuencia se encuentra detrás de tantas cosas, no perdona la barbarie terrorista, no perdona a la hora de poner en evidencia los *tics* de toda índole (religiosos, políticos, morales, sociales, etc.) que ponen en peligro la autonomía y la dignidad del hombre. *Humanismo impenitente* es una buena muestra de este no perdonar del que hace gala nuestro autor.

Humanismo impenitente es un libro formado por un conjunto de ensayos —diez,

exactamente— donde se tratan temas diversos. En cualquier caso, hay una serie de hilos conductores que son los que, de una u otra manera, vertebran el libro: la reivindicación del humanismo, del individualismo y del pluralismo moral. Unas reivindicaciones que, como veremos, no son nada inocentes.

Frente a aquellos que pensaban (y aún piensan) que la libertad del hombre es una suerte de espejismo, una cosa poco menos que imposible de conseguir por culpa de unas estructuras (el famoso Sistema, con mayúscula) que todo lo predeterminan, Savater reivindica el humanismo y el individualismo. Un humanismo y un individualismo que hasta hace poco eran considerados como meras y simples trampas, como puras y duras coartadas que el Sistema y/o el Capital utilizaban para mejor integrar/explotar al hombre y

para conseguir la autoreproducción y autoregulación de todo el engranaje social, político y económico.

Para nuestro autor, en cambio, el individualismo («reclamar la soberanía efectiva de cada cual sobre sí mismo, radicalizar la libertad responsable de saberse y quererse individuo») y el humanismo (entendido como «predominio de la disposición activa sobre la contemplativa», «como interés en los asuntos humanos y disposición a participar en lo que es común», como «énfasis en los valores de la pluralidad y la búsqueda frente a los de la unanimidad y la certeza», y como el arte de vivir que tiene en cuenta «placeres» y «dolores») son una suerte de *conditio sine qua non* para alcanzar la razón, la libertad, la universalidad moral, la democracia y la autonomía y la independencia individuales. ¿Por qué la fe —y que Savater me perdone el término— en el humanismo e individualismo? Porque —afirma nuestro autor— humanismo e individualismo ofrecen los presupuestos de una ética autónoma sobre la que basar la moderna democracia de los derechos fundamentales de la persona. En resumidas cuentas, el individuo, librándose de la mentalidad colectivista, consigue realizar sus derechos fundamentales: autoafirmación, reconocimiento y salvaguarda de sí mismo.

Llegados a este punto alguien podrá decir que Savater más que un humanista impenitente es un insolidario y un egoísta impenitente. Pues no, este no es el caso. Y es que Savater no destierra la solidaridad, y su egoísmo es, en todo caso, racional. ¿Cómo se entiende esto? De la siguiente manera: la autoafirmación, el reconocimiento y la salvaguarda de uno mismo no implican el olvido del otro, sino más bien lo contrario: implican la autoafirmación, el reconocimiento y la salvaguarda sin exclusiones de todos los que comparten el mismo destino de ser individuos. ¿Por qué el reconocimiento de uno mismo ha de negar el de los otros? ¿Por qué no puede ser posible una suerte de imperativo neokantiano que, al modo de Savater, afirme «actúa de tal manera que la parte merezca ser convertida en todo»?

El humanismo y el individualismo que se nos postula tienen, por así decirlo, su traducción práctica en la afirmación del pluralismo moral. Cuando el totalitarismo político va a la baja (observen, si no, el destino de las diversas dictaduras que están cayendo) resurge otro totalitarismo mucho más refinado y sutil: el totalitarismo moral que va a la búsqueda de unanimidades, que busca conducir las ovejas por el recto camino que lleva a la «salvación». Pues bien, frente a este totalitarismo oral Savater

reivindica un pluralismo moral que arrincone a los pastores, fanáticos e iluminados que nos dicen lo que está bien y lo que está mal, lo que es bueno y los que es malo, lo que es aconsejable y lo que no lo es. En el fondo, la triple reivindicación de Savater (humanismo, individualismo, pluralismo moral) se reduce a una sola: la de la tolerancia. Una tolerancia que es a un tiempo positiva y negativa. Positiva, porque manifiesta una disposición positiva hacia la pluralidad; y negativa, porque manifiesta una disposición negativa a no tolerar que no se tolere.

Cuando aún se oyen las viejas y nuevas voces de los predicadores de siempre, cuando aún hay quien nos invita a llevar a cabo alguna que otra cruzada moral, cuando los pastores iluminados de ayer se disfrazan de no se sabe qué, cuando se quiere culpabilizar al individuo por los «pecados» que comete, un libro como *Humanismo impenitente* viene a demostrar que hay una serie de valores (autonomía, derecho a la diversidad, gozo del propio ser, egoísmo racional, pluralismo moral, tolerancia) que son absolutamente imprescindibles para vivir una existencia digna y racional. Y no sólo eso, sino que estos valores son necesarios para llegar a un pensamiento laico y no sometido. Una cosa, también, absolutamente imprescindible. ■



Revista de Occidente

Revista mensual fundada en 1923 por
José Ortega y Gasset

leer, pensar, saber

j. t. fraser • maría zambrano • umberto eco • james
buchanan • jean-françois lyotard • george steiner • julio
caro baroja • raymond carr • norbert elias • julio cortázar
• gianni vattimo • j. l. lópez aranguren • georg simmel •
georges duby • javier muguerza • naguib mahfuz • susan
sontag • mijail bajtin • ángel gonzález • jürgen habermas
• a. j. greimas • juan benet • richard rorty • paul ricoeur
• mario bunge • pierre bourdieu • isaiah berlin • michel
maffesoli • claude lévi-strauss • octavio paz • jean
baudrillard • iris murdoch • rafael alberti • jacques
derrida • ramón carande • robert darnton • rosa chacel

Edita. Fundación José Ortega y Gasset
Fortuny, 53. 28010 Madrid. Tel. 410 44 12

Distribuye: Comercial Atheneum
Rufino González, 26. 28037 Madrid. Tel. 754 20 62



Leviatán

Revista de hechos e ideas

C/. Monte Esquinza, 30
28010-MADRID

TARIFA ANUAL (4 números)

España	2.000 ptas.
* Europa.....	3.000 ptas.
* América.....	3.500 ptas. (U.S.\$ 35.00)

* Por correo aéreo

Nombre _____

Dirección _____

Ciudad _____ D. P. _____

Provincia _____

Suscripción a LEVIATAN números

FORMA DE PAGO: Adjunto talón.

Giro postal n.º

Nombre _____

Dirección _____

Ciudad _____ D. P. _____

Provincia _____

Suscripción a LEVIATAN números

Adjunto talón.

FORMA DE PAGO:

Giro postal n.º



Leviatán

Revista de hechos e ideas

C/. Monte Esquinza, 30
28010-MADRID

TARIFA ANUAL (4 números)

España 2.000 ptas.

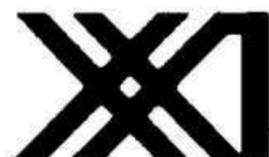
* Europa..... 3.000 ptas.

* América..... 3.500 ptas.
(U.S.\$ 35.00)

* Por correo aéreo

E D I T O R I A L

LABIO IGLESIAS



Siglo veintiuno
de España
Editores, sa

**GERALD A.
COHEN**

**LA TEORIA DE
LA HISTORIA
DE KARL MARX
UNA DEFENSA**

E D I T O R I A L
LABIO IGLESIAS



Siglo veintiuno
de España
Editores, sa

LA TEORIA DE LA HISTORIA DE KARL MARX
Gerald A. Cohen

405 págs.

2.000 ptas. (IVA)

La teoría de la historia de Karl Marx es un libro fundamental en la historia del pensamiento marxista y uno de los pocos textos absolutamente imprescindibles para el estudio de la obra de Marx. En primer lugar, supone una brusca ruptura con la tendencia dominante en lo que Perry Anderson llama el «marxismo occidental». Lejos de reinterpretar a Marx en términos próximos al idealismo, lejos de hacer hincapié en cuestiones de metodología o filosofía, Cohen trata de subrayar el aspecto esencialmente materialista de la obra de Marx, su creencia en el papel determinante del desarrollo de las fuerzas productivas y, subsiguientemente, del carácter de las relaciones de producción. Junto a esta vigorosa reafirmación del materialismo, su análisis se aleja de lo tradicional por desarrollarse en términos de extrema claridad, más próximos a la tradición de la filosofía analítica que a las habituales oscuridades de las posibles variantes de la dialéctica hegeliana. Y, por último, la justificación del razonamiento de Marx en términos de explicación funcional ha dado origen a una compleja y saludable polémica en las ciencias sociales y en el marxismo contemporáneo.

Pedidos:
Monte Esquinza, 30, 2.º dcha.
Tels. 410 46 96 y 410 47 98

Forma de pago: talón bancario
o giro postal



Precio de este ejemplar: 500 Ptas.